

**ESPERO LA NOCHE  
PARA SOÑARTE,  
REVOLUCIÓN**

---

COLECCIÓN CANIQUÍ

**NIVARIA TEJERA**

**ESPERO LA NOCHE  
PARA SOÑARTE,  
REVOLUCIÓN**

---

EDICIONES UNIVERSAL, Miami, Florida, 2002



Copyright © 2002 por Nivaria Tejera

Primera edición en francés:  
*J'ATTENDS LA NUIT POUR TE RÊVER, RÉVOLUTION*,  
1997, Edit. L'Harmattan, Paris.

Primera edición en español, 2002

EDICIONES UNIVERSAL  
P.O. Box 450353 (Shenandoah Station)  
Miami, FL 33245-0353. USA  
Tel: (305) 642-3234 Fax: (305) 642-7978  
e-mail: [ediciones@ediciones.com](mailto:ediciones@ediciones.com)  
<http://www.ediciones.com>

Library of Congress Catalog Card No.: 2002105726  
I.S.B.N.: 0-89729-972-8

Diseño de la cubierta: Luis García-Fresquet

Dibujo en la cubierta, «Otro itinerario para turistas» de Hanton

Foto del autor en la cubierta posterior: Antonio Assis

Todos los derechos  
son reservados. Ninguna parte de  
este libro puede ser reproducida o transmitida  
en ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico,  
incluyendo fotocopiadoras, grabadoras o sistemas computarizados,  
sin el permiso por escrito del autor, excepto en el caso de  
breves citas incorporadas en artículos críticos o en  
revistas. Para obtener información diríjase a  
Ediciones Universal.

---

*Espero la noche para soñarte, Revolución*

---

---

## PRÓLOGO

---

*E*ste libro que quiere desmadejar sombras de fantasmas. Con esta frase comienza la dedicatoria que Nivaria Tejera plasmó en la traducción francesa de mi ejemplar de *Espero la noche para soñarte, Revolución*.

Partiendo de un vértice en el que se compactan todas las fuerzas y designios, la prosa de Nivaria Tejera —y en particular la de este libro—, nos conduce a través de su propia e incesante espiral. Ondulan, en un movimiento ascendente, similar al de las trombas, los sucesos que van desprendiéndose de ese vértice. Cada anillo, permeado y permeable, es un recinto de reflexión que la autora ha concebido. La espiral puede ser Cuba y su vértice aquel 1 de enero de 1959. Mas, puede ser —y es también—, todo fallido intento de justicia envilecido luego, todo sueño frustrado, todo camino inevitable hacia dantescas pesadi-

llas, toda revolución que palidece y cae vencida después de su primer hombre ejecutado: cada noche y cada día del después.

Imaginemos ahora un tren en marcha que se desplaza sobre rieles extendidos a lo largo de una espiral sin fin. A un lado de su trazado está la noche: profunda y calma. Al otro, el día: brillante y enceguedor, tormentoso y confuso. Durante el viaje –sin aparente fin–, nosotros (los testigos de las noches y los días), debemos hacer que el tren avance, sin conocer a ciencias ciertas hacia dónde lo dirigimos y sin sospechar acaso que avanzar no significa en lo absoluto mejoría alguna en nuestra condición de viajeros.

Con el decursar de los años, en el transcurso del viaje, nuevos personajes han ido naciendo en los vagones. Habrá que aclarar en este punto que el tren sólo se detiene para que bajen de él los cadáveres de quienes no han sobrevivido al largo y extenuante viaje. Se detiene entonces, por breves instantes, muy a pesar de las enconadas discusiones. Porque quizás sea la vieja costumbre de dar sepultura al prójimo, uno de los pocos preceptos que los ocupantes del tren han conservado desde los tiempos inmemoriales en que sus ancestros pisaban tierra.

El tren ha recorrido ya muchos anillos, y ni aquellos quienes, como Nivaria, viajan en él desde su vórtice, ni quienes propiciaron jubilosos su marcha, recuerdan exactamente qué misteriosos propósitos los alentó al viaje. Nadie logra desentrañar el nudo gordiano de su funcionamiento; nadie atina tampoco a comunicar con su vecino en una lengua común. Todo se enreda y los pasajeros deben reunir fuerzas cada noche para enfrentarse al día, que es la parte de la espiral sometida a constantes tormentas y donde, a la luz del sol, se toman las decisiones. A veces, la maquinaria amenaza con descarrilarse, pero aún así quienes contemplan el espectáculo desde afuera, apos-

tados a ambos lados de la vía, la apuntalan para que no decaiga la expectación. Los del tren saben entonces que habrá viaje para largo.

Nivaria –como cada uno de nosotros– viaja a través de la espiral. Se ha sentado en lo que puede considerarse como la parte menos bulliciosa del tren. La luz del sol encandila sus ojos y los gritos de efímero entusiasmo y consecuente desengaño (interminables y cíclicos) tratan de impedir que separe, uno por uno, los hilos de la madeja.

Entonces, Nivaria espera a que la noche caiga sobre la estructura álgida del tren, la noche que la ha roído después de tanta andadura y tanto tiempo, la noche que va sumiéndonos en el sueño. Ha escrito: «Detrás de ese tren... iba quedando rezagada en su despampanante despotismo, algosa, esponjosa, flotando como un paisaje en la hojarasca, una revolución ideal». Y lo ha exclamado desde las primeras páginas de esta historia que quiere desafiar el secreto de cada anillo, encararse a la soledad a la que han sido condenados quienes habitan la espiral y pretenden desmadejar sus sombras.

Una historia en la que poesía y prosa, testimonio y ficción, novela y ensayo, se condensan y son fanal en vilo que esclarece todo en derredor, tras un intento de darle a las letras un nuevo sentido.

Un libro que Nivaria extiende hoy a cada lector que no se resigna a ser un mero fantasma de la historia.

William Navarrete  
París, 10 de febrero de 2002.

YO ESPERO la noche para soñarte, revolución.

En cada espacio de sombra más allá de los ojos,  
en la que estos se extienden a no dormir, tu sueño  
reaparece.

Y esta sombra proyecta la cámara refringente a  
un abismo mayor en el que los sentidos apresados se  
despojan de sus relieves diseminándolos, tanteando así  
un reposo al planeo de tu persecución.

Y la pesadilla de lo que fuera un sueño apunta  
con su discóbolo de Mirón y da de lleno en mi traza.

Y una avalancha de ceniza se cierne sobre ella.

---

¿CÓMO empezar este libro?

Siente un remolino dentro, fuera, alrededor de su cuerpo, en todo cuanto mira y oye y respira. En Creta y en otras islas cercanas hay remolinos como este tallados en las piedras. Al parecer, allí tenían un significado místico.

Ella —que ha sido tantas personas a la vez— se halla de repente convertida en la más pasiva y ajena bola de contradicciones conteniendo la tesis y la antítesis. A veces es una roca, a veces una dínamo. Loca y cuerda. Salta de esto a lo contrario, o a lo que no se asemeja ni a lo uno ni a lo otro, frente a la perspectiva de ese desmantelamiento de recuerdos. Resbalando por la cascada de tan antiguas sensaciones aparece como una espiga de trigo ante la hidra de cien cabezas. O uno de esos monstruos con millones de ojos. Encogida en la cama (se diría una semicorchea colgada entre esas horas trágicas de las dos a las cinco de la tarde), alicaída, sola, implacable también con su boca de Voltaire de dama socarrona, acechando los cuatro humores concentrados con agua de avispas viejas dejadas al

sereno... su propósito agazapado le hace creerse una de esas cajitas dementes que siempre contienen otra y otra ad infinitum.

Ha de forzarse en destaparlas una a una hasta llegar a la última que aprisiona el espacio que ahoga el remolino. Y que este se libere y pueda grabarse en toda esa masa del vacío.

Como en las piedras de Creta.

Y se pasea por la habitación deseando ser un pez, un escarabajo, una serpiente emplumada nacida para volar. Lo sabe bien: moverse, no moverse, todo eso es el Tao, ese dar vueltas en el cuarto para no pensar ni sentir, ese furor. Demasiado dolor ha de quedar atrás a partir de ahora: tantos años haciendo buenas obras en nombre de otros, errando, siendo justa, sacrificándose por los demás, todas esas cosas que no son sino proyecciones desecadoras del juego creador, pseudo evasiones para justificar el paso del tiempo, del tiempo de los otros, a través de compromisos protectores que sirven únicamente para afirmar el Poder.

Aquí anda ahora libre entre estas cuatro paredes libres. Sólo que ya París no es una fiesta ni New York una babel de hierro. Se acabó todo. Cuba, el sueño final de la revolución ya fue soñado. Se terminaron, pues, las ilusiones. Entonces, a olvidar la Historia. A recomenzar con las propias dimensiones y la locura particular. A ponerse a escuchar el ritmo de la tierra como los indios Pies Negros. A ser el pescador de salmón ajeno y acostarse a dormir cada noche llamándose Pérez o Dupont o Smith, qué más da. A dejar atrás hechos y nombres, todo ese hábito banal. ¿Qué es un nombre? Un pipe dream. A olvidarse de ser, pues, la criatura de circunstancia llena de limitaciones, de maldiciones y edificios babilónicos, de pru-

dencias seniles, de maldades y bondades raquíticas muriéndose de los bronquios en un mundo blanco y negro de distinciones y etiquetas.

B A S T A.

La Historia es una hartura.

Hay que ponerse a ser la hoja de ese árbol que va siempre a otra parte.

Oh árbol color de estaño.

Color de YA NO MÁS.

¿Cómo escribir este libro sin que sea una novela? ¿Y cómo no serlo si todo lo que dejó de ser real entra en el campo de la ficción?

Lo llevará adelante como una ficción puesto que las tramas y los personajes le aburren y que los problemas que le interesan de la escritura no caben en una estructura formal. Aparte de que las reglas están hechas para violarlas si ya no sirven, y que la realidad vivida sólo puede uno rememorarla como ficción para zafarla de su aplastante monotonía. Será la ficción desvelada por una cámara de espejos que el discóbolo de la pesadilla (de lo que fuera un sueño) ha ido extrayendo del remolino durante años. Los espejos dislocarán la realidad entre las luces y las sombras de cuanto, más allá de la anécdota de referencia, da lugar a su recreación y empeña la escritura.

Además, si escribir una novela es otra forma de investigar la realidad y adquirir conocimiento a la manera de Unamuno, tratará de diluir el apasionado testimonio en el ir-venir de las varias vidas que él intenta enlazar en ese vericuetto desolador en que se transforman las revoluciones.

Apretará, pues, el estilo hasta que el lenguaje salte a pedazos y para que salte a pedazos. A ver si el cosmos entra al fin

en la cabeza y suelta adentro sus estrellas y asimila así la locura de las galaxias, de los microcosmos marginados que saltan del vientre de una montaña o del vientre de los dioses navegando en cobras gigantescas.

Y que todo cambie un poco, ceda un poco. Y volver a respirar...

Porque sin respiración nos han ido dejando los hechos de la Historia, ajena al hombre y a su mitología, a las infinitas variedades de los entes que las confabulan.

Sin respiración la confusa trama que nos está tocando vivir.

Sin respiración la aprehensión que inspiran esas enormes columnas de humo que cubren las ciudades.

Sin respiración los campos de batalla de las ideologías.

Toda esa sangre que corre a través de la Historia inundándola, volviéndola negra, llena de tiburones.

Y de icebergs.

Y de horror.

DIFÍCIL PASO el de este viaje en tren.

Terrible angustia de abandonar una revolución, sus dogmas bien perfilados, y escalar sin titubeos el extramuros de su línea de conducta, de sus consignas incesantemente renovadas en vistas a no se sabe qué meta incógnita. Siempre oscilante meta bien calculada: hoy contra unos, mañana contra otros. Afilada línea de fuego esa meta que a priori y como in fraganti hacía de todos nosotros sus irremediables blancos. Tarde o temprano, sus condenados.

Detrás de ese tren, cuya carrera me avecinaba de un inextricable exilio que pondría coto al desesperado propósito de huir que me obsesionaba día a día, iba quedando rezagada en su

despampanante despotismo, algosa, esponjosa, flotando como un paisaje en la hojarasca, una revolución ideal.

Mi huida la reprobaba, si bien los intelectuales del país de mi destino continuaban defendiéndola a pesar del acorralamiento de Ché y su desaparición sospechosa. Él había osado (como yo ahora a unas semanas de intervalo) poner en tela de juicio este desolador socialismo que reniega la lucidez.

Pero la nebulosa de 40 grados de sol impedía la visibilidad a distancia de tantos errores graves. Y puesto que el intelecto necesita creer en una revolución-milagro, ninguna más al pelo que esta realización a la tropical. Los eternamente fallidos sueños, reavivados ahora. Aún en 1965.

Era preferible ignorar que uno sabía ya algo definitivo: es decir, que entregarse a una revolución es animar un fenómeno sin posibilidades de continuidad; que vivir a fondo ese acontecimiento extraordinario es irse rodeando de seres ajenos a cualquier empresa imaginativa. El hombre en el poder usurpa los fines que con tanto esfuerzo el artista se inventa hora a hora. Y los usurpa sólo para centrar más ese Poder que, desde sus círculos represivos, va estrechando los ámbitos secretos de una vocación.

Hasta el estrangulamiento.

¿Pero cómo creer mi alerta si los intelectuales ignoraban la experiencia de vivir una revolución desde el interior? Sus visitas efectistas a la isla, bien dirigidas, inspiraban al regreso sendas evocaciones periodísticas que la distancia volvía idílicas y dilataban el espejismo impidiéndoles afrontar la realidad en su espeluznante dimensión. Sus reservas tendenciosas e irrevocables parecían insinuar que adoptar la línea ideológica de una revolución —como si esta no fuera solamente traspaso, transi-



ción— es acarrear la imposibilidad de abandonarla en sus desvíos. Como los hábitos al monje. Como si ella fuera una religión colmadora de la fe insaciable que inspira a sus acólitos. Ni el agotamiento de un tal compromiso por razones que lo ponían en evidencia: es decir, un cambio de perspectiva inherente a mi vocación de escritor anulada de antemano por las normas en rigor: nada justificaba mi deserción, nada debilitaba su fanatismo. Era más fuerte el connubio utópico con el ideal que les sostenía. Aceptar mi rebeldía hubiera sido poner una vez más en tela de juicio sus siempre fallidas esperanzas revolucionarias, en entreverado desde los años stalinianos.

Y preferían seguir soñando con esta revolución a lo tropical.

ALREDEDOR DE este centro en que yo deambulaba sin afianzarme surgían, con la naturalidad y prontitud de los hongos, los catalogadores de series a empuñarme con la pregunta bien afilada entre los dientes:

—¿Cuándo te fuiste de allá?

Su anodina curiosidad me bloqueaba ya que, inherente a tal pregunta, se insinuaba, al sesgo, su recriminación. Y este bloqueo me impidió ofrecer a la prensa válidos argumentos sobre mi ruptura que explicaran los iresvenires de esa revolución, sus errores e indolencias múltiples, las contradicciones crecientes que sus propósitos del inicio auguraban definitivos: todos ellos causas y efectos que el máximo líder enarbolaba como estandartes en sus desquiciados discursos para justificar su instalación en el poder:

—...«cada dos años habría elecciones a fin de evitar la ambición de los aspirantes a rangos»...

—...«se acabaría con la inmunidad parlamentaria ya que el privilegio de la inmunidad es irritante...»

—...«se acabaría con las horribles prisiones de la dictadura anterior...»

—...«se crearía una existencia favorable a todos sin privilegios...»

—...«se acabaría con un ejército de esbirros al servicio de latifundistas e intereses extranjeros que sangran nuestra economía y someten las libertades de las clases humildes...»

...«etcétera etcétera etcétera...»

¡¡¡SÍ COMO NO!!!

Y se creó para dar pruebas un servicio de Seguridad Modelo, un G-2 = KGB.

Y se creó un C.D.R., multiplicado por miles de ojos míopes que vigilan cada movimiento del ciudadano, cada gesto o indicio de su vida íntima: siniestros Comités de Defensa de la Revolución por los que, como ha dicho con trasnochada arrogancia uno de sus jerifaltes, «Cuba está dispuesta a una guerra total»... ¡Y vaya guerra!... Ejemplo relevante (entre tantos otros, a cual más grave) la persecución a los homosexuales.

Y se creó una C.T.C. o Sindicato Único regido por una legislación que propulsa el no derecho a la huelga y hasta a la deportación si el obrero disminuye su ritmo de trabajo.

Y se creó una Reforma Agraria. Y una Asociación de pequeños agricultores que les compromete a aceptar la nacionalización de sus tierras...

Y se creó una Unión de Escritores y Artistas, un Instituto del Libro, una Casa de las Américas que disciplinan al artista,

que militarizan al artista, que mediatizan al artista bajo el eterno comprimido slogan de PATRIA O MUERTE, pulsión raquitizadora del ojo visionario que caracteriza al escritor, quien, obsesionado por estos organismos modeladores de su imaginación, se pone a confundir con un espía su bolígrafo entre punto y coma, entre guión y guión, su máquina entre tecla y tecla, la cinta que calca su texto, su propio pensamiento.

De este modo macabro fue levantando una muralla el Máximo Líder, como él mismo nos inculcó a través de los responsables de la Seguridad del Estado: «Nuestro deber es crear una muralla de cañas de azúcar para impedir la influencia de extranjeros que en su gran mayoría son agentes de la CIA». Y la muralla (de amargas cañas de azúcar) enmarañó la isla presionando cada cubano a ser o bien agente de la CIA o bien agente del G-2= KGB: es decir, indicadores a pesar suyo.

Y también procreó, como un desesperado anti-poder, los pacientes solitarios que con cuatro tablas y unos clavos construyen su piragua salvavidas y se aventuran por la noche en el mar Caribe aspirando acostar en Floridaland. Fallidos lancheos que las más de las veces acaban sus días en el goulag tropical.

Detrás de la muralla.

Y TE PONES a pensar que esto será así siempre. Y empiezas a recordar como un sueño tu adhesión forzada a aquella historia. ¿No sería todo eso una broma? No parecían reales todos esos años ni la voraz soberbia de elaborar un destino de luchas con las diez mil cosas que ello exige, como si uno fuera Lacoonte o Prometeo venciendo a medias cada vez, esperando ventitrés horas sobre venticuatro el águila que ha de venir a comerte el hígado porque sí, porque le dio la gana. Y sin saber

por qué, tener uno que trazarse esquemas incoherentes todos los días para sobrevivir, para que no lo eliminen, cuando al contrario tu cerebro tiende a una interpretación filosófica de la existencia hartado de tanta dialéctica dosificadora, babeando por todos los órganos la razón de esto, la razón de lo otro.

Hasta que un día se dice uno que ya está bien. Y vuelves a revivir aquellas tardes largas en los sillones oblicuos de la casona a la hora de tomar el café, desplazando el rigor simétrico del salón en volúmenes cubistas, abanicando el sol como si fueras a cambiar de sitio el fuego astral mientras oyes cantar a una soprano lejana en un idioma incomprensible.

Revivir, sí, otras dimensiones.

Porque recuperarse de ese pasado es como salir de un estado soporífero.

Es lento y doloroso.

Es como cambiar de piel.

¿Cómo y en qué instante ha de recomenzar todo a tomar forma libre en medio de la parálisis? Habría que volver a inventar un ritmo que te pusiera en común movimiento con el otro cotidiano, sacudirte con su calor y su frío, integrarte con su estímulo al peso y al color del cielo, al empedrado de las calles antiguas, a las corrientes secretas de los parques, a la indiferente autonomía de las gentes en los bulevares, a su olvido. Hasta que extraña y paulatinamente ceda el entumecimiento y con él esa densa persecución que cualquier contacto exterior engendra. Y de pronto zás, una llama errática, la chispa reanimadora.

Pero antes habría que romper eslabones.

Abrir puertas herrumbrosas.

Desalojar recintos.

Sólo te quedaba escribir. Extraer entre líneas tantas voces ahogadas. La represión se debatía en enormes impulsos tenta-

culares. ¿Escribir en ese estado de coma? La presión de las ideas anulan los espacios y las perspectivas, coartan el fluido incapaz de ordenar dentro y fuera tanta catástrofe acumulada por las intrigas, por las batallas inútiles. El ojo petrifica cuanto ve y sueña reproduciendo en calcomanía desvelos y más desvelos. Entre ellos todo alrededor se agolpa erizado, disperso.

Sin embargo, sólo te quedaba escribir.

Y eso era como arrancarse la piel, como quitarse la cáscara los frutos, como estar otra vez en la semilla y dejarse ir.

¿Se abrirían entonces las cuencas del aire?

PUESTO QUE la evidencia restrictiva de todas esas realidades había ido tomando en mí proporciones obsesivas de persecución (que se traducía por una toma de conciencia de repudio, desarticuladora de todo nuevo propósito en su rebeldía total) es evidente que, para liberarme de ella, tenía que haber expuesto públicamente mi posición contra esa pseudo-revolución acabada en más terrible dictadura; haber aclarado que para mí una revolución se acaba con su primer fusilamiento, ese primer acto de poder que involucró a los millones de habitantes de la isla: encarcelar, torturar y fusilar a todos los del régimen anterior —exactamente igual hizo el régimen al que sustituían— con sus mismas armas y en nombre de las mismas leyes.

Inaceptable esta justicia arbitraria, ya que fusilar es ostentar el poder, prolongarlo por su único instrumento psicológico: el terror, terror que deviene poder a la primera muerte. Sí, la muerte como consigna del SUPREMO PODER que ella establece.

En tanto que escritor este acto criminal, la complicidad que él exigía del pueblo, engendró mi primera angustia al interior de esa revolución, acto al que sucedieron otros no menos repul-

sivos a nivel de la comunicación, de la palabra, de la relación, de la vida privada: es decir, cuanto concierne a las más elementales adquisiciones individuales.

El amor a la vida (la ética, la estética que ese amor involucra) hacía estos actos inadmisibles.

LA TIERRA de exilio, no obstante, me imponía cierta reserva, a riesgo de exponerme al repudio intelectual. Y con el tiempo, la ceguera de su fanatismo triunfó implacable sobre la urgencia de mi denuncia. De tal modo que, año tras año, aquel fuego que me consumía se agazapó en las arterias reforzado por el bloqueo, arrasando, devastador, con todas mis fuentes.

Ocuparon su lugar inestabilidad y persecución.

De todas marcas y estilos.

Bacillus Leproe.

Así pululan los excesos ideológicos acoplando desconfianza, dudas, incredulidad política creciente, la una engendrando la otra por eliminación. Desaforado ritmo que aguza el desafío. Desafío que debilita el impulso vital.

No podía faltar la comparsa de latinos, los eternamente exiliados en París con becas— fantasmas, husmeando sobre mi postura desde que se apercebían de mi liberador distraído paseo por el Quartier Latin.

— Por qué estar aquí y no allá... argüían amonestadores.

¿Pero cómo evitar tales encuentros; además, por qué evitarlos? A muchos los había conocido antes de la revolución. Aquél era pintor constructivista o cinético o surrealista. Aquél otro, poeta o guitarrista. O simplemente soñador, promulgador de fiestas. O, sin más, latino en su amargura, predispuesto para todo azar, barca al garete a la caza del enjambre de abejas que lo siga al café a discutir de las futuras revoluciones que libera-

rán nuestro continente de tantas dictaduras. Enfermedad incurable esa discusión fantasmagórica. Desde que estos incautos redentores aparecían allá lejos, sus ojos inquisidores tejían una red imaginaria alrededor de mi cuerpo a la deriva.

Por tanto, si cuando uno ocupó cierto puesto cultural él sirvió para acercarlos a aquella revolución y creer juntos en ella, ahora, a pesar de mi razonadora frustración que renegaba de sus principios, todos seguían creyendo en la suya particular, aunque nunca llegue. O mejor así, ya que la palabra revolución (sagrada fuente de fanatismos) justificaba por sí sola sus infantiles discusiones en el bar, sus ausencias crónicas del país de origen, sus fiestas: toda esa bola mágica de la fascinación como excitante cotidiano. Y sea o no ya una revolución el estado de sitio en que se había convertido mi isla, hay que defender esa palabrita bien acomodada, acomodaticia, mullida o tullida, qué más da. A su sombra la creación como la no creación, la secreta ambición del futuro poder, el tiempo que pasa como un exorcismo: todo se encubre. La encubridora los apaña a coro.

Pero uno necesita el contacto afectivo de sus orígenes y se acerca a aquel amigo del amigo buscando el acento cariñoso de la lengua, el gesto familiar, el canto guitarroso, mientras ve su dedo armarse como una garra de uñas corvas...

...¿Pero chica, tú aquí? ¿desde cuando faltas de allá?...

¿Allá? ... Allá ( inútil decírselo) es la agonía cotidiana, la delación organizada, el horror. Silencio silencio silencio por respuesta. Y luego, ladinos, como una sustancia gelatinosa la espesísima verborrea, su delirio embaucador de nonadas en cadena, encadenadora.

Y tú que no pensabas evitar los encuentros empiezas a mirar a la otra acera. El Quartier Latin comienza a volverse un embudo constreñidor. El vacío va creciendo, decreciendo,

comprimiendo sus avenidas. Porque tu vida interior se resiste a ese supercotorreo marxista: que si las oligarquías, que si las estructuras, que si las superestructuras... todos bien engallados al rasgueado ritmo de sus guitarras, sus cuatros, sus maracas, olvidando que quien los desalojó de sus orígenes allá fue aquel pseudo revolucionario que no era poeta, ni constructivista, ni cinético, ni arpista, el mismo que, como ellos aquí, no paraba de enmadejar y desenmadejar las mismas estructuras y superestructuras que desembocaban, irremediabilmente, en oligarquías. En el nuevo dictador.

¿Escribías? A nadie le interesaba si escribías. Era más importante la curiosidad hacia tu comportamiento de repudio, hacia los motivos aparentes de tu presencia en París, motivos que ponían en entreverado el romanticismo revolucionario que los mantenía en su eterno exilio.

Entonces, para no oír rechinar su desgastada maquinaria, era mejor ignorarlos, dejar de lado los irreprochables saltimbanquis de la pesadilla... y afianzar con un paso y otro paso la meditación de aquel pasado, de este presente...

—Adelante, adelante con tu quehacer, cavilabas muy dentro, entre dientes, adelante sombra mía... que te espera la página blanca como otro cielo lapizlázuli...

¡Y el Quartier Latin, memorioso, resurgía!

LAS PALABRAS rodaban como piedras por los muros de esta soledad que al cabo de cinco años, devoradores, tomó forma y contenido. Desde su encandiladora atmósfera cubana, las peripecias de un hombre sin destino por las calles de La Habana revelaban los desastres de la dictadura batistiana en el alucinado lenguaje de Sonámbulo del Sol. Esta novela me

aparece hoy como un delirio premonitorio de la actual dictadura.

Pensando que el trabajo realizado desde mi puesto cultural al interior del régimen les comprometía a una cierta cortesía literaria conmigo (hallándome ahora en su medio europeo, y puesto que los conocía por sus periódicos viajes a la isla), me acerqué al que consideraba el genio del Ku-Klux-Klan-Boom, Julio Cortázar, a pedirle que prefaciara este libro que Maurice Nadeau, el amoroso descubridor de *Les lettres nouvelles*, incluía en su prestigiosa colección. De la carta con que respondió a vuelta de correo, inserto aquí un largo párrafo:

«Salvo por momentos, por episodios, nunca conseguí vivir desde dentro tu novela. Me pasó como en las óperas de Mozart que maravillan a todo el mundo y que yo escucho sin sentirme involucrado, ajeno a ese universo de voz y sonido. Creo que tu libro es muy bueno y que está lleno de poesía y de vida (dos cosas que son una pero que pocos saben aliar bien). Sin embargo me quedé fuera de él y casi todo el tiempo lo leí sin contacto. De ningún modo debe preocuparte esta reacción mía pues creo que yo salgo perdiendo más que tú —como Gide cuando rechazó a Proust—. ¿Pero qué culpa tenía Gide que sus gustos o sus ideas literarias le vedaran el acceso al mundo proustiano?»...

Saltaba a la vista la causa de su falta de ósmosis y el solapado repudio que la encubría: imposible proteger a un disidente de la dictadura ideal sin condenarse. ¿No eran ellos, los del boom en pleno, sus sabios camufladores, sus agentes secretos, su robusto sostén intelectual? A cambio de sus metódicas libaciones en las secretas fuentes de la revolución —a fin de propagar sus gérmenes en el resto del Continente y que pululen

en viscosas incubaciones— ¿no les ofrecía el Máximo Líder fabulosas estancias en lujosos hoteles, succulentos banquetes de langostas y otras licencias sibaritas a espaldas de la miseria colectiva, indiferentes a las diabólicas prisiones y sus depravadas torturas? A cambio de esos privilegios sus detonadoras trompetas internacionales propagaban su poder dentro del Poder, sin hacer eco de las dificultades interiores provocadas por el descontento creciente del que testimonian los desesperados éxodos masivos. He ahí, por lo claro, manifiesta, la deformación gigantista del granito de arena que el Máximo Líder les había exigido en el Discurso a los intelectuales desde el primer año del interminable reinado.

Evidentes, pues, las culebrinas razones del solapado repudio cortaziano.

Y cronopio «engagé» no prefació a cronopio desertor.

LOS AÑOS se sucedieron. Y con ellos los suicidios reales e imaginarios, las parálisis creativas, las huidas o fugas de quienes —como yo— ignoraron la frontera castradora de ese mundo y se deslizaron en el catascopio del infinito hacia estas Capitales del dolor que nos reúnen a sobrevivir contra la corriente.

Sus tránsitos por París, zarandeados de una frontera a otra, de uno a otro laberinto, dieron lugar a confidencias, tanteos, discusiones, correspondencias, relatos entrecortados y voraces: gritos en sordina de la soledad atrapadora que el suplicio de la reflexión despoja de la muerte al acecho. Polo norte del ser imposible de atrapar... Inhabitable zona como esa extremidad de la tierra —desequilibrada, inestable— donde sólo palpitan las tramposas resquebraduras del hielo.

Así, de la fusión de tantos estados –ignorados por el Estado–; de estos seres a la deriva... de sus fragmentos de memoria tocándose por los abismos... de esas sombras de verdugos, de sombras de víctimas... al decir de Nelly Sachs, que levantan como una compuerta su rostro vigilante cuando el horror de vivir los amenaza... de su arcoiris de mapa cuarteado... emerge la atmósfera de este libro.

Ahora mismo aquí, alrededor, empieza el otoño a despojar los árboles de hojarasca mientras camino lentamente hacia Montparnasse imaginando que acaso se oigan desde allí los barcos de Mesopotamia.

Podría de este modo comenzar este relato.  
O acabarlo.

ARRANCAR UN vómito al desquicio que provoca tanta identidad cubana, en medio de un continente archí conformado como es Europa, resulta poco menos que irrisorio. Aquí, donde uno hereda sin querer tantos legajos, tanta Historia, tanto monumento a los sabios, la identidad se nos despega. Uno quiere huir de ellos ahogado por esa inadaptación que la pseudo-identidad disimula en sus airosas protestas, porque nos han asegurado que la cultura son libros, no bienes. Pero el vómito se desprende cercándolo todo.

Deambular, encontrar un poeta, condenar juntos las injusticias del régimen opresor y darle así un sentido a la vida en contracorriente hacía, en otro tiempo, una parte del camino, diluía la angustia contenida. Pero eso era antes de que el dictador abriera en dos cada espalda. Nadie se ha salvado. Menos

aún el escritor, a quien se impone sembrar ideas en terreno ya labrado. ¿Y cómo es posible exigir a la mente que cambie de orientación sus sueños o la cadencia de su pensamiento? ¿A nombre de qué leyes reamoldar lo que es frágil? Y frágil es casi todo...

Nadie puede impedir, sin embargo, que yo vea la sombra de Marduk atravesar las calles, ni las visiones que esa ilusión representa como reales entre los signos alborotados del alfabeto imaginario, mientras la luz del sol se destruye como si fuera un cristal arcaico que encerrara abecedarios secretos...

Por eso, traspasemos los velos de maya, Marduk... No, Marduk, las sombras... Se agazapan, espían, se mezclan a la piel de la noche con toda malicia, hacen su camuflaje... Y aquí la estatua se desgranita en el parque donde vuelan las aves que emigran al sur... La estatua ha muerto, se oye decir en la ciudad... Pero tú esperas, ¿y cómo no habrías de esperar?... Poco a poco las luces se revelan y atraviesan la oscuridad con sus cuchillos... Tú no los ves porque estás contando las líneas de la acera siguiendo la trayectoria de una hormiga rumbo a su cueva... Así empieza la ceremonia... empezamos a celebrar el inefable acto de confrontación... He sido descubierta en mi metamorfosis y todo podría ser mal interpretado creyendo que usurpo una identidad divina... Mejor contempla la estatua en medio de la pirotecnia de la ciudad... ha abierto su boca y echa burbujitas en cada bocanada de aire... El cielo, ¿por qué no lo observas? Lo han rajado por el medio y se ve una hendidura negra que podría infectarse... temo por su salud... Ahora levanto los brazos queriendo atrapar algunos pájaros dando vueltas a mi alrededor... Mientras la multitud jadea, se estremece como

una serpiente una voz grita que este es el siglo veintiuno como símbolo de liberación ante la esclavitud de las definiciones... Este es el fin, murmuro a las burbujas de la estatua...Tú no sabes nada porque en este momento planeas una estrategia para ocultar tu polvera... Te sumerges en la cabina telefónica queriendo comunicar con la editorial pero responde el zoológico... Para disimular el error preguntar por Marduk... Y un rugido feroz te saca del error. Y también del sueño.

Heme aquí de nuevo atrapada por los trescientos mil sueños que se suceden en la vida de las criaturas. No porque están prevenidas o autorizadas sino porque están con la imaginación afilada, despierta, aún en medio de la aridez de los mecanismos infernales con tuerquitas de reloj, a fin de interpretar la peligrosa realidad que les oprime. Sobre todo cuando no se puede dialogar porque las palabras se traban en el aire soplón, espión, y uno va convirtiéndose en una sombra gris, en un punto del horizonte, igual que cuando se queda diciendo adiós con un pañuelito blanco mientras los trenes se alejan vertiginosamente.

Y es que en esos mecanismos todo es un neumeno si nos empeñamos en que lo sea. Lo que sobran son neumenos. Es la batalla de un vertebrado contra una ameba. Aunque no se ignora que una obra de escritor exige meditación, dudas, distancias, análisis, cultura digerida, riesgos, aceptación y no aceptación a la vez de cuanto se afronta, además de rebeldía contra cualquier estatismo, contra cualquier despotismo. Pero sobre todo un instinto libre que sostenga la fuerza creadora de la intuición, que a su vez mantiene alerta el pensamiento que conserva la especie.

No es problema de estética, sino que no podemos quedarnos sólo con los juegos de las apariencias, con la luz del sol

apretada en un puño. Y es lo único que va quedando. ¿Qué será de nosotros si se escapa? Ya no hay tinieblas babilónicas ni fuego de Gomorra. Sólo queda esta mitraica reminiscencia, esta rauda ruta de ruedas que rugen. El sol, la rueda hindú, el auroboros. El sol con sus dientecitos sacudiéndose la melena, dando saltos, solazándose, contemplando los fenómenos solares como el león, corriendo de este a oeste. Un inca dijo: si fuera el sol de verdad un dios no seguiría todos los días la misma ruta. Pero ése es su ejemplo: buscar como en la creación las múltiples vertientes, el otro lado, los infinitos espacios donde no existe la tierra que oculte.

PORQUE SEAMOS serios, no me digan que carece de extrañeza que cuanto acontece en ciertos poderes ha de obedecer a fines políticos, que aún la literatura ha de estar manipulada por sus simplones manejos y que quienes escapan a éstos se hallen confrontados a la muerte. Olímpica solución este negociado de la muerte! Pompas fúnebres de las repúblicas socialistas y sus dirigentes comercializados. Agencias de compra. Agencias de venta. Burocracia burocracia burocracia. Poetas, pensadores, intelectuales, artistas, estudiantes, obreros: todos al servicio del siniestro negocio secular. Y los que no bajan el lomo, fuera, condenados, expedidos, y una vez que abandonan el reino, bíblicamente renegados.

Y al renegado cualquier espacio de vida revelará su muerte, como un estigma de la otra muerte uniformada, condecorada, pontificada, que la distancia aureola. Alucinante farsa esta que los disfrazados del poder manipulan movilizandolos armas, cuerpos policiacos, intelectos esterilizados, satélites-vigías, loas e himnos encuadradores: estudio-trabajo-fusil (bis bis bis) estudio-trabajo-fusil, y discursos y más discursos que empiezan

y terminan con el ritornello «porque lo que aquí no se puede tolerar...»

Y en efecto nada se tolerará fuera de la influencia comunista cargada de credos, de íconos y pontífices del momento, presentes en los enormes estandartes de las procesiones congregadoras de masas en la plaza de concentración con la ampliadísima imaginería de san Marx, san Engels, san Lenin, mientras el dictador grita y los comités de defensa lo ovacionan y los invitados extranjeros aplauden satisfechos transpirando bajo la guayabera kaquí por la tan excitante digestión de langosta... Y del otro lado del trampolín el ahogo disimulado de la gran masa del pueblo sin masita de puerco, sin tamal, sin frijolititos negros. Masa sin zumo. Masa agonizante.

Pues se acabó todo para la Masa.

Todo está aclarado, allanado, sin vida. «El roncito, el cafecito, la masita de puerco, el tiempo libre y todo por la libre» eran frases, leyes naturales que conformaban el carácter de un país. Se bailaba en Regla, al otro lado de la bahía, donde se trasnochaba entre toques de santo si las sectas te aceptaban. Se evadía uno en Varadero por el placer de sus arenas blancas y no en función de un chato premio a la obediencia revolucionaria. Premio para qué si la guagua no marcha, si la libreta racionadora reduce los estómagos a la bilis, si cualquier capricho voluntarioso está expuesto a una feroz vigilancia y hasta condenado a prisión.

Y qué decir de la desesperación reprimida, del odio reprimido que te consume por dentro ya que a un hermano lo encerraron en un campo de trabajo y a un amigo se lo llevaron a Angola y al más imberbe lo ves ahí marchando un dos tres un dos tres, tristes payasos calzando enormes botas de cuero bajo el pesado sol tropical mientras los hongos le carcomen los

pies... y también le carcome la cabeza una idea fija, obsesiva, de estar viviendo al acecho, en enemigo.

Porque ya no hay discusión en Cuba. Desapareció el cubano dicharachero de zapatos blanco y negro para dejar paso al intervalo: todo el mundo alineado, en fila india... Sí, el marxismo por procuración ha atravesado los cuerpos y las mentes como una gruesa barra de acero inoxidable y los mantiene en vilo, a distancia: stalinificado acero que entrelaza uno a otro los cubanos a través del intervalo siniestro que sirve a la delación para alzar fronteras silenciosas.

Bloque gris, Cuba.

Cemento armado.

Búnker.

Guerra secreta.

Muerte.

El dilema es clarísimo: el exilio interior es masivo en su inmovilismo; el exterior, masivo en su desenfreno. Los componentes del segundo, aunque semimuertos, con sol y sombra o sin sol, con nieve, pero con sandwichs de jamón y pâté y un tomate con sal y un pincho de tortilla y un vinillo, y un tren electrónico que precipitándolos en el infinito sosiega tanto vértigo existencial: éxodo el suyo de fantasmas que se volatilizan en las distancias mimetizadoras de un lejano pasado en el que fueron por igual exiliados, renegados, marginalizados. ¿No habían huido de la isla cada vez que podían, relegados dentro de los paraísos erigidos por la dictadura anterior?

De una puerta a otra va, así, el renegado con su manuscrito, queriendo despertar la atención sin comprometer la carrera personal del eterno engagé con sus revelaciones negativas sobre el tabú de la revolución. ¿Cómo aceptar el dudoso ma-



nuscrito de un renegado? No es que estén pro ni contra de su escritura, pero acaso su contenido... Literatura nada más, ¡figúrense! No, que no puede ser, aunque se reconozca la calidad de su estilo... Ya el tiempo se encargará de descubrirlo... Hay que conservarse encajonado en el título apostólico que les otorga el privilegio farandulero, sin concesiones para nada que no sea el comercio acordado por la revolución, sabiendo como se sabe que, a quienes se les escapó, ella les borra del mapa. ¿Cómo adoptarlo sin arriesgar el rango de fidelidad al régimen que le distingue y protege como engagé? Aún si aceptara el manuscrito, ¿cómo disimular su estatuto de renegado? Ellos saben que nadie salió entero, y que ese medio cuerpo titubeante que le queda está pronto a sucumbir ante cualquier embestida de la crítica. Y si esto sucediera, ya está: entrampados, fuera los privilegios que les otorga el «engagement».

De modo que a mirar y dejar.

La historia del renegado es la de una batalla interior, la más antigua de la Historia.

Y no es nada saludable verse reflejado en ese espejo negro.

ES ASÍ que se han ido imponiendo, actualizadas en la palabra revolución, las mismas leyes imperiales de aquellos tiempos de claustros empotrados de piedras, tiempos de cal y canto en las murallas y puentes levadizos. ¿Son otras formas? No, no: son otras fuerzas, son otras herencias sutiles que se diluyen en actos personales de posesión minimizada. Y girando en torno al eje herrumbroso esa revolución engendra un plano limitado: se basta tanto a sí misma que se destruye para mejor recrearse en los roídos resortes de su centro. Pero el giro es tan vertiginoso que la rotación se desvanece...

Planificar es la palabrita clave del revolucionado. Y planificar significa amputar, arrasar bajo el yugo de esa cruz retorcida hoz-martillo, arcaica elección simbólica para quien tiene que trabajar manualmente, duramente, explotadamente, hoz-martillo con los que se cercena un brazo y otro y las dos piernas y con los que se desclava la espalda... ¡que ya ni puede mirar al cielo! Con la hoz-martillo ha levantado el dictador el granítico mausoleo que protege su miedo.

Sin embargo, tantas cosas lo exponen al peligro. El Máximo Líder se sabe pequeño Máximo de un país de mínima extensión. Astuto conspirador él midió su espacio en Occidente y se inventó una revolución a la tropical, vociferando, valiéndose de la maquinación de los vehementes, aunque el invento acabó, como el de todas las revoluciones, oprimiendo, vitalizado por el aliento de tantos desaparecidos o de los que, con sus planes inocentes, contrariaban sus consignas y debían huir después de respaldar con ellos su prestigio. Aunque el astuto había ya calculado la única solución para su triunfo, es decir: militarizar la isla a fin de entramparla con su solapada estrategia de camaleón a fin de crear un foco de tensión en Latinoamérica: ante cualquier amenaza exterior, la isla se cobijaría en el mar, en su castradora protección.

¡Estrategia de camaleón! Ahí está vigilando día y noche el rostro del dictador; cada esquina, cada cartel, cada edificio asoma ese rostro de frente pequeña que la calvicie agranda, ese rostro de nariz larga, lisa, husmeadora, ese rostro de ojos de saltamontes colgados tan hacia adentro que sólo quedan ya en su lugar dos rayas de mirada miope, agazapada (aún cuando soslaya el pueblo desde su pedestal de la plaza de concentración queriendo abarcar todo de todos). Y su visión es a tal punto miope que necesita el chivato uniformado detrás de cada

persiana de cada ventana de cada CDR de cada casa ¡PARA ESPIAR!

Es el espiado espiando.

Porque el Máximo Líder (pequeño Máximo) se sabe espiado también: satélites amigos y enemigos otean la isla por si acaso alguien insinúa la más ligera desviación.

¿Desviacionismo?, ni a un lado ni a otro.

O conformista sumiso o destronado traidor.

Y entonces fuera faustos, condecoraciones, banquetes de langostas, mansiones lujosas, séquitos neronianos y otra yerbas aromáticas. Unica divisa: el conformismo del subyugado... Sí, he ahí la cara o cruz-miniatura del famoso poder revolucionario tropical con el que, lánguidamente, soñaban los intelectuales del mundo.

Así las cosas, es utópico concebir en la isla del rastrero dúo castrista otra vida que no esté ligada a los fetiches del belicismo latente. A imagen y semejanza del fascismo español, cada hombre debe ser mitad monje y mitad soldado.

Mitad poeta y mitad soldado.

Danzador, arquitecto, médico, músico, y soldado.

Grotesca y trágica solución medieval del miedo al poderoso.

Realidad cronométrica que ha desmembrado la isla desvinculándola del trópico.

Pero aunque el dictador se empeñe en raquitizarla, como si se hubiera detenido el tiempo, la isla –perihelio, constelación– escapará con el mar al encierro.

Sí: por ese mar azulísimo a ras de cielo y por ese cielo a ras de mar, apenas si se distinguen las cabriolas del tiburón...

Entre ambos el sol devuelve todo en un horizonte plano, extendido, que se desliza por un volumen pertinaz hacia un linde inexistente en el que hasta la mirada se extravía.

Larva de carcoma carcomiendo su poder en la piedra molar de una rampa infinita, veamos al dictador flotando... ¡flotando como un gusanito de arroz blanco!

EL MES de mayo de 1965 abandono, pues, desde ese viciado campo de concentración que es cada legación cubana, la embajada de Roma, donde otros mini-líderes no me dejaban cumplir con la labor cultural de mi revolución, la que había reemplazado –pero no sucedido– a mi real vocación (imposible, catastrófico relevo). Y me traslado a París.

En efecto, el comportamiento de mis colegas era la negación misma del nuevo hombre anunciado seis años antes como divisa revolucionaria, y el giro de la esfera burocrática no delineaba innovación alguna en las concavidades de innumerables armarios repletos de resoluciones y decretos trasnochados, cables urgentes en vilo, propagandas embusteras rocambulescamente repartida a lo largo de tenebrosos pasillos archivigilados por numerosos agregados a la embajada que pululaban fuera de ella en organismos paralelos domesticados, camuflados por el P.C. Pero en concreto, nada relevante, ni traza del hombre ejemplar que el régimen formulaba, proclamaba, encumbraba sólo delatores fantoches, carcamanes, astutos supervivientes de fantasmagóricas Sierras Maestras que el Partido enviaba en misión ejecutiva, decían –yo los apodaba los Abilios, porque así se llamaba el más ridículo de ellos–: espías de cuanto se movía alrededor, sustituyéndose mañana tarde y noche ante un

enorme libro de contable, anotando los registros de su endeble imaginación. Cancerberos revolucionarios, ¡claro!

Y ella vuelve desde Roma a París porque hasta aquí había venido también huyendo, por los años 54, de la dictadura anterior. La una se denominaba Democracia; la otra Revolución. La una promulgaba resolver los conflictos del individuo; la otra prometía preservarlo de ellos. Entonces ya sabía algo del hombre. Ahora se atreve a afirmar que sus conflictos son políticamente irresolubles, ya que la dictadura revolucionaria es más irrespirable que la que enmascara la democracia. Y con esta arrasante convicción, abandona el país.

¿Qué acumulación de hechos ha ido llevando a uno a perder toda confianza en que pueda existir un entendimiento entre hombres estructurados en masa y dependientes de un poder que corrompe cuanto toca, trama, planea, emprende, reforma, regulariza, osando desde su providencia estatuir en áridas Constituciones el libre albedrío de cada cual?

Se diría que en los países latinoamericanos los cuadrilleros tomaron palabra y mando antes de que comenzáramos a analizar la estrategia de nuestra condición geográfica, su naciente tradición de conquistadores y conquistados dejando de lado el privilegio de la plácida vida que nos ofrecía su descubrimiento reducida al provecho de mangonear, mandurruchear, cucharetear su Historia, diseccionándola como a un ave, desraizándola como a una planta, exprimiendo su jugo como al más succulento de los frutos. Y ya desmochada, reducida al osambre, apropiársela como un objeto personal. Objeto isótropo cada dictadura.

Descolorida calcomanía de la dictadura sucediéndose sin fin. Como si fuera una sola. Siempre la misma.

Al primer contacto con la revolución en el poder, al abordar personas emplazadas, ambientes motores, empresas o proyectos en gestación, había recibido la nebulosa sensación de que cuanto me rodeaba carecía de peso específico, de incisividad, de impulso creador, de aventura real, de universalidad. La sensación confusa que nos deja esa ecuación insoluble que el oscurantismo va instalando (a pesar de sus estridencias patriotas) y que ya entonces parecía un embarazoso silencio, una dimensión de extrañeza anuladora. Desde que uno afrontaba ciertos espacios, ciertos círculos, un fluido fétido se desprendía de ellos como un espeso bloque de cemento. Las relaciones, los diálogos y cuanto deriva de ellos estarán ya mediatizados por un truculento tejemaneje en la sombra que yo sentía embaucador. Aún entre amigos... como si todos hicieran piruetas con su intelecto en torno al dirigente, piruetas más o menos briosas pero sin pensamiento rebelde. De modo que, apoyándose en esa taimada confusión, el dictador iba comprometiéndonos con su poder.

Regresaba uno de otro exilio al país en revolución y se encontraba a todos, poetas e intelectuales, masificados, estructurados, dispuestos a un asalto y una defensa imaginarios, atrincherados en aquel gran cerco de tramoya como al interior de un Cero pulposo que rodaba ciego.

Era como si al unísono hubieran olvidado el enigma de ser, la continuidad del poema...

EXISTEN PUES monstruos capaces de tejer esas telarañas-dogmas en embalaje histórico. Con ayuda de la fuerza bruta (violencia disfrazada de represión, decretos floridos de leyes, oropeles de brigadas-papagayos encubridoras) sus ideas se transforman poco a poco en doctrinas que a su vez engendran sectas, cofradías, entre cuyos tentaculares rituales el aguante del dictador va arraigando tentáculos que las oprime, y las sectas, involuntariamente, propicias a tramar su propia opresión.

Y constata uno que la adhesión incondicional del pueblo a una ideología no es otra cosa que un estado primario de lactancia, una deformada ligadura para justificar sus temores. Condicionado por ellos, es arrastrado por la aureola de cualquier acontecimiento heroico como el perro arrastra al ciego.

Y de este embrollo histórico surgen dirigentes y dirigidos, dominantes y dominados.

#### Dominantes y dominados.

El Yo dominador alzándose cada vez más para aminorar el yo dominado, desde un entendimiento uniforme y liso, sujeto a una disciplina avasalladora de arenas movedizas que van usurpando niveles a su terreno, allí donde la vida funciona en armonía con los conflictos. Agazapado entre estrategias, argucias, proezas y destrezas que el poder que él se arroga convierte en el poder que otorga, el gran Yo manipulará sus mecánicas castradoras al apoyo de taimados enmascarados que, improvisando una meteórica circunstancia, lo elevarán al rango de Líder, ascenso que la euforia apremiante de las sectas asociará muy presto al de Máximo: pseudo deificación inocente que las deifica.

Y ya está en marcha el reino de dominadores-dominados. gelatinoso espejo en el que cada cual aparenta incrustarse en función de... (no importa qué), impulsado, claro está, por la grasa sonora de los discursos-tentáculos que en su microscópica esgrima va envolviendo todo de un lúgubre cotidiano camuflado de insidiosa delación, de truculenta persecución.

Y llegan a plegar el sol, cuán tropical sea, a la sombra.  
A su sombra.

Ahora bien, ¿cómo juzgar a este jerarca victimario-víctima, privado de la más elemental rebeldía a un poder que él va trocando en soberbia defensiva para ocultar su miedo que la violencia disfraza? ¿Cómo examinar el comportamiento de esta minoría dirigente, su vehemente culto a la personalidad, su vedetismo, sus falsos conceptos bien afincados en la humanidad sufriente, su implacable, insaciable voluntad de gobernar en nombre de la nación, en nombre de la patria, de la economía, de estructuras y superestructuras arrasadoras de la urgente necesidad que tiene el hombre de vivir en ese continuo presente a que le condena la perspectiva de la muerte?

Funesto es, catastrófico pretender el cambio social de un país valiéndose únicamente de análisis económicos o especulando con el vocablo nación —que no es otra cosa que comarca—; con el ampuloso vocablo patria —que no es otra cosa que límite—; con las palabritas patriotismo, valor, sacrificio, que no son otra cosa que atropello a la dignidad; sin olvidar el pomposo cúmulo resbaladizo de riquezas a explotar o a repartir... Y a qué punto son traidores los que utilizan esa babosa demagogia para fabricar su imagen de árbitros de los derechos humanos ante los pobres espectros que pululan miseria Sinistra farsa de

sistemas que van restringiendo el individuo hasta darle la impresión de vivir siempre en el pasado y borrarlo.

Al parecer, esos catecismos que emanan del instinto de conservación del poder están sujetos a una especie de temor acechador que genera cobardía y que es, por tanto, opresor en su indolencia orgánica e incapaz de despejar el horizonte de incomunicación que implanta, ni siquiera a nombre de la patria que tanto sus líderes encumbran.

Y todo queda resumido al diálogo de la fuerza.

O mejor, reducido al monólogo de la fuerza.

Analizar, pues, los cacareados niveles económicos que estructuran las capas sociales, proponer las alzas y bajas de sus bienes, es el macabro juego que practican esos pulpos del poder apoyados por leyes marginalizadoras de cuanto estorbe el funcionamiento de su sistema.

¿Pero cómo abolir esa propiedad arrinconadora? Un régimen político-económico instaura la propiedad privada, otro régimen político-económico abole la propiedad privada. ¡Cuánta sangre de siglos para no abolir la propiedad! Porque en ese cerrado bloque socialista no es abolir la propiedad privada adjudicársela como un derecho a distribuir según su libre albedrío: es arrogársela, atribuírsela sin pudor para establecer los privilegios de la nueva clase que germina del bloque.

DE MODO que sale uno a caminar por estas calles del viejo mundo (porque aquí ser nómada es la extensión misma del sistema nervioso) y la propiedad se alza y te coarta, te frena, te aniquila. Entre una y otra propiedad cada cual parece seguir por cuenta propia un abstracto laberinto de horarios y

ceremonias, como si poseyera un tiempo propio que lo distancia del otro, una barrera propia que se extiende en más barrera, usurpadora. Sin embargo es importante olfatear las piedras, las columnas, los arcos, los frisos, los tejados, las ruedas, los mosaicos, nutrirse intercambiando la mirada que es pensamiento, todo ese ardiente juego de la contemplación que se prolonga (más allá de las construcciones exterior-interior) en la creación que escapa a la propiedad y es lo único que hace posible el coloquio hombre-naturaleza... lo único susceptible de dar a la muerte otro significado que la espera.

Con cuanto ardor se acerca uno al café al final de alguna tarde buscando los fieles de la antigua tertulia para encontrar, con estupor, en su lugar rostros en desamparo, sin interrogaciones, rostros impregnados de ignorancia invencible, de ese miedo al desconocido que tanto absurdo ha ido incubando: rostros calcáreos de las pinturas románicas, evangelistas y evangelizados que en cualquier momento pudieran ser fusilados.

Espejismos.

Destellos de luces opacas.

Pobres paréntesis de luz crepuscular.

Como si la luz al chocar con sus cuerpos los desdoblara en partículas flotantes.

O simplemente como si la luz los disolviera (desde el óptero-íptero diría Lezama) en las mil aristas de mi ojo observador.

PIENSA QUE ha llegado al límite de un período y no sabe cual. Es decir: ya no duerme. Se desvela sobre el vacío de su

vida queriendo meterlo entre las manos, acariciarlo, darle calor, descanso, espejo, otra dimensión en la que, al echar la mirada atrás, él se envuelva con sus velos (como las algas) rastreando formas, quemándolas, según proponía Artaud. Le parece que nada quedaría vivo, puro, cierto, recuperable; nada que, desde la aguzación agriosa que despunta la nostalgia, le anime a revivir y salvarle de una muerte inminente. En París sigue dando vueltas al mismo círculo sin salida, girando alrededor de los obeliscos nacarados de pátina de hace quinientos años.

Pero cómo haber dejado de vivir –aún mal viviendo– el otro lado de la fuente si sólo ahí yace la creación, un ojo abierto y otro cerrado, pronto a liberar sus visiones al que la asalta por sorpresa.

El profeta Proust la había descubierto.

París. Qué era París sino el gran error, la fuga a otro pasado arenoso, duela de un tonel sin fondo, preso de sí mismo como la infancia, infierno oculto en monumentos que desde sus urnas incitan a hundirte en ellos como si ya fueras parte de sus huesos funerarios.

¡Cuánto amó y odió esta ciudad! Al llegar hace tantos años se le aparecía espantosa en medio de sus oropeles y bisuterías y a la vez mágica, desprendiendo ese frágil sortilegio que penetra en los poros. Por momentos ella se abría y el universo entero se borraba. No se sintió nunca más sola que en esta ciudad, ni más feliz tampoco. Entre esas dos sensaciones flotaban los instantes en que se hubiera arrojado al Sena tras la pista de la desconocida de Supervielle.

Luego, subrepticamente, todo caía de nuevo en su lugar.

Recuerda aún su primer paseo por la ciudad dentro de un gigantesco autobús en el que, durante horas, le transmitieron la historia de Francia teatralizada por voces españolas, voces a tal punto intensas que en la place de la Concorde oyó el sonido de las cabezas cayendo en el cesto y la hoja de la guillotina separando vértebras...

De aquel despampanante recorrido nació el gusto por este deambular sibilino a lo André Breton que, entre puente y puente, la desintegra y la colma. Aunque, lejos de su apariencia, él no significa huir a la conquista de ciertas tajadas de eternidad, a la reconciliación del tiempo y de lo inmutable indiferente a las cosas, a los actos, a las horas. Sí es, al contrario, una laboriosa soldadura en espiral de tantas bifurcaciones interiores que, como los laberintos, no acertaban nunca la salida.

Ahora quisiera escribirle a un viejo amigo a la isla mientras escucha ese concierto de Brahms, ese *Requiem* de Mozart, esa extraña bifurcación interior de la *Noche transfigurada*, de Shöenberg. Cada nota golpea en su memoria con fuerza de huracán y remueve aquella época de La Habana en que todos apresurados iban al Auditorium en densos grupos, temblando de un frío caricaturesco de diciembre que llamaban invierno, a descubrir el volcán Stravinski.

De pronto, en estos instantes engarrotados por la catalepsia, entre el suspenso de las notas, flotan ciertos rostros, ciertos nombres, ciertos olores, fragmentos de conversación en sordina. ¡A lo vivo!

¿Cómo escribir al amigo sin haber recibido una carta de allá hace años? ¿Y para hablarle de qué? Ha pasado demasiado tiempo, cada cual ha tomado un camino diferente. Además, como tantos otros, ¿no habrá él también enloquecido por completo?

Imposible reconocerse en el lenguaje de hoy. Coincidirían acaso en algo desastroso: esta esquiva falta de esperanza. Y, como decía Borges, en la secreta conciencia de sus limitaciones. Es insoportable ver el tiempo de manera tan concreta en los ojos, en los rostros de los otros.

Terminará como Gregorio Samsa.

Espera que no le arrojen una manzana en el carapacho.

La Habana le aparece siempre en sueños vacía, sin gente. Todos se han ido no se sabe donde. Estos sueños, como una transición, le dejan sin ganas de ver a nadie.

Su evocación, sin embargo, reconstituye diálogos llenos de fervor, de ideas extravagantes, metas imposibles que hacían converger ese todo común de alborozada simbiosis que la pasión de la amistad puede provocar. Y revive aquel día en que este amigo llegó, tarde en la noche, a su habitación de la plaza del Vapor para avisarle que el ángel del monumento a la entrada del Prado pestañeaba. Y habían salido corriendo a pasar buena parte de la madrugada sentados en los escalones del monumento mirando fijamente el ángel, tratando de pestañear con él, para acabar en el Malecón recitando a todo pecho los poemas de Safo, convencidos de que, dado los siglos transcurridos desde que el poeta se lanzara al Egeo, sus cenizas andarían por el Caribe. Hasta que el oleaje invernal los cubrió por completo.

La Habana significaba entonces el estupor incesante. Ya fuera por la muerte de uno de sus ídolos o por el descubrimiento tardío de los numerios, los asirios, la historia de la Atlántida, el alfabeto fenicio, las lenguas indoeuropeas, el misterio del lenguaje cuneiforme o el de Cnossos, los símbolos mayas sin

descifrar, los círculos concéntricos, los laberintos, la ciudad de Asurbanipal abandonada de repente, los afroamericanos, la Sociedad de Música de Cámara, del Lyceum, de la Tertulia.

Pensando en todo eso le estalla el corazón... Tanta música, tanto libro de Rimbaud con olor a París, de Rilke con olor a Duino, de Vallejo con olor a miseria, los únicos ejemplares pasando de mano en mano, a los que cada cual robaba un universo que lo trasplantara no se sabe dónde. Cuánto sol y cuánta sombra emergían de aquellos libros mientras, engeguados por la realidad circundante, uno repelía la real sombra y el real sol. ¡Era tanto a la vez transgrediendo de la ley del misterio! La adolescencia reventaba de vida queriendo ser otra cosa en el pináculo de la percepción. ¿No era ya una visión de la muerte a través de los millones de niveles con que la realidad colma, simultáneamente, los sentidos desarticulándolos para siempre?

A veces le dan esos ataques de locura sicodélica, graciosa y espectacular, durante los cuales su interior se revuelve con promiscuidad alterando el ritmo de la sangre, de las ideas, de los movimientos. Y es cuando no soporta más ser un extranjero. Sí, el extranjero: esa envoltura fragmentadora, esa anonimía, ese país catártico, esa sordera, ese alejamiento complejo de todo, ese suicidio vigilando cada acto, esa dimensión enangostada, ¡esa mascarada!

No, ya no puede comprender tanto donde no hay nada que comprender.

Error epistemológico.

Falta de sistema.

Hay que ordenar datos y rectificar fechas.

Porque la creatividad va delineándose en el engranaje mismo de cada acción. Y la reacción mental inmediata obedece a ese jueguito –como en un cliché pre-establecido– abriendo brecha en los espasmos conductores. De modo que relación y creatividad podrían ser la misma cosa o estar alimentados por idénticos mecanismos, impedidores o liberadores. Es decir que, si la creación partiera de la nada, todo mecanismo condicionador sería válido, en la medida en que en su momento hubiera tenido un significado estimulador.

¿Pero cómo abordar la aceptación de los instrumentos condicionadores (esa herencia aceptada) llenos de una lógica que la continuidad de la especie comparte y utiliza a regañadientes, sin desenmascarar nada, sospechando que ellos son la causa de su destrucción?

Al menos la creación es una actitud real, la única adecuada a tanta limitación, capaz de inventarse un tiempo abstracto donde los sentidos liberados adquieren un trote intemporal.

Aquello de volver visible lo invisible.

ABRIÓ DESDE el botón eléctrico la puerta donde habían sonado tres golpecitos. Eduardo y su sonrisa reanimadora avanzaban ya escaleras arriba, incontenibles.

–Estás como el viejito mañoso de Camajuaní con la casa cubierta de lonas para aislarse del ruido...

Ese tanteo sugerente era un primer paso para entrar en la trama de la conversación. Comenzaría ahora la esclavitud de las mil apariencias burlonas que falsean los interlocutores a través del ojo de la cámara, de la escuela de la mirada. Luego la discusión se iría alzando entre ellos catalizadora de cuánta

dispersión, y a su cadencia la buhardilla cobraría un contorno de presente. Danzando entre las palabras y las impresiones a golpe de vista, ambos irían resbalando por el puente de la comunicación hacia la mortal inanidad.

La discusión como una defensa, sin duda, ¿pero obedeciendo a qué? El tiempo limitado de la existencia podía ser una razón. Aunque ¿cómo aceptar una postura olímpica que borre el ritmo del tiempo y lo haga ilimitado puesto que nuestra existencia parte, específicamente, de límites físicos? Y es claro que el desgaste de los órganos puede más que cualesquiera especulación intelectual o postura.

Elucubraciones de emergencia frente a la danza de las palabras. Por el momento ellas se mueven como lagartos, avanzan lentamente, miran a todos lados, desbrozan, suprimen. Ninguna metáfora mascullando siempre en silencio, atizada en secreto, desvelada, asimilaría tanto.

Y así irá el día adelante sobre las rueditas de las horas. El amigo empieza a ocupar un sitio entre ellas. Parece, como los hexaedros que los niños hacen con cartulina, un cuerpecito en el espacio, y qué lindo, uniendo corrientes eléctricas entre ella y el tiempo, no faltaba más. Lo cual no le impide mirarlo ahí arrinconado, huella grasienta en un vaso mal lavado desapareciendo al menor frotamiento. Detrás de él, traspasando la dimensión de la ventana, se despliega un árbol cargado de hojitas lanzando las puntas de sus ramas como si ellas sujetaran partículas del aire para entrenarse en el Hatha Yoga. Contempla ese paisaje afuera, se entrega a él, desgrana ideas, saca conclusiones subjetivas dibujándolo con los ojos. Pero el árbol no se inmuta. Él es lo interpelable, lo interpretable, lo desprovisto de sentido, la masita cósmica. Parece querer romper la ventana,



entero, total. Hasta se diría que comunicarse le resulta una monstruosa frovolidad.

¿Comunicar el qué? ¿Qué es comunicable: sus horas insomnes cada noche, las imágenes del Metropolitano, las dificultades de encerrar entre líneas la libertad de los vocablos? Nadería primigenia, falla existencial, decadencia del lenguaje. El átomo es un caco, ¡ataja!, tiene ganas de gritar al amigo, pues nos roba la corporeidad, lo fluido, lo fácilmente empacable. Estamos aquí en una figura tan definida que las fotos nos devuelven impecables. En un contorno y de un solo trazo termina nuestra geografía, una silueta más o menos humana...

—...Claro, dice de pronto arrastrando su cavilar, cada uno sigue la simetría bilateral de sus antepasados...

—...Que amaban, al parecer, los números pares, hilvana E. como si hubiera adivinado su monólogo...

Sorprendida por ese inesperado asalto de conexión concluye, muy por lo bajo, que acaso su amigo comprendería tanto desvarío... él también habrá golpeado los espejos y deseado, en momentos de abulia, tener un ojo en la punta de la pierna en lugar del pie...

Y ser partícula voladora que se posa y no cubre.

Y ser parte del mar.

Y agotar, como ella, la gama de lo real, de lo tridimensional.

De lo terrestre.

QUIZÁ SEA demasiado tarde, temprano otra vez. Siente la cabeza pesada, las piernas, los brazos adoloridos. Sabe que la noche sigue afuera. Este silencio la aplasta. Aunque es la

misma noche de siempre no puede escribir. Ni siquiera logra leer. Pone la radio y escucha cosas inauditas. El tiempo pasa. Lo siente deslizarse ante esa tremenda incertidumbre que le provoca el amanecer. Quiere volver a dormirse. Las pastillitas le ayudarán.

Recuerda de pronto los cuadros de Lucas Cranach en el museo de Viena hace unos días. Era la primera vez que veía reunidas tantas obras suyas. ¡Qué espectáculo conmovedor! Se había metido en el museo huyendo de esa ciudad extraña que no tiene que ver con nada. Pertenece a un mundo que no es ni el de Alemania, ni el de España, ni el de París, ni el de Roma. Es una ciudad absoluta. Sus gentes están momificadas en los cafés leyendo periódicos, conteniendo su agitación natural, pasando todo por filtros y filtros: recelos, culpas no purgadas: se les ve en la cara, en los gestos. Son conservadores, siguen la rutina.

Ahora se preparaban para los carnavales, los famosos bailes. Luego en febrero será la ópera. Y así seguido, hasta que le toque el turno a la Semana Santa. Por el momento todo el mundo tiene su sala, su baile, su disfraz, aunque no parezca que hay fiesta ni diversión. Por el momento te dejan pasar, te observan de lejos.

Antes de entrar al museo se paseó por el parque Mozart donde los pájaros cantaban en armonía perfecta sobre el agua helada. Todos escuchan los pájaros, repetuosos, atentos, si bien entre ellos se miran indiferentes a pesar de su inusitada cortesía.

De pronto ella se dijo que había que comprender todo eso, esa cursilería, esas comidas indigestas llenas de picante y ají, esos violines gitanos; que sería necesario vivir unos días a base

de contrastes y choques y rechoques, en esa aparente armonía interior frente a un mundo estructurado a base de violencia.

Ahí sobre la mesa, provocante, esta calma. Atrapada por ella pasa horas sin hacer nada, saboreándola. Calma tan ajena a su vida, extirpada con pinzas de hierro por hechos que no le correspondían.

Ha de emprender otro viaje carabólico en la escritura, pero le aturden los remolinos de palabras. Dejará que se asienten y segreguen una verdad clarividente, como en las tazas de café turco. Por el momento se nutre de la memoria aún sintiendo que es un peligro, una amenaza. Y se pone a taladrar en su denso espacio ciertos rostros conocidos, desconocidos.

Las gentes. Desde niña soñaba con ellas creyendo que era fácil encontrarlas, comunicarse sin trabas. Pero no. En cada nueva embestida tanteadora vuelve, cabizbaja, a sus papeles aunque sea para eclipsarlos entre garabatos. Cada línea es el resultado de ondas incisiones negras en la piel que extraen tinta a su sangre desde una atmósfera sorda que nada parece habitar. Compensadores, pues, esos instantes que la transportan al silencio de los bosques vieneses abrasándola desde su verde casi negro calando una humedad con fuerte olor a setas. Verde y humedad cargados de un sonido particular. Verde y humedad de abetos, pinos, abedules, poplars.

El día penetra en este instante dentro del mundo que ella ha ido creando a la sombra, dando vueltas, fumando, mirando todo por etapas de silencio semejante a lo de aquellos bosques.

Ayer no era así. Ayer era una preparación, un vértigo de anticipaciones contrario a esa parálisis de múltiples tentáculos. ¿Qué odia en sí misma que le impide acercarse a la mesa y escribir? La furia, el saqueo de los otros no puede a ese punto

apartarla de sus fines. Es como si hubiera abierto los brazos para que atornillen su cuerpo en una especie de patíbulo. Pero aunque trate de evadirlo, de no confrontarlo, tendrá que mirarlo cara a cara puesto que se ha trazado una meta.

Basta ya de analizar conductas, de sacar más balances frente al entresijo con un pie en el vacío. Ha de probar a sí misma –y a los que de cierta manera se regocijan de su caída– la voracidad tremenda del fuego que la devora. El exterior llega a tapiarla y la guerra del silencio la conquista, como si fuera preferible no mover, no tocar nada. Es el mutismo budista, la pasividad de larga vista. Es lo que llama su barrera: un dique en algún lugar del camino que pende hacia todo, una pared de granito infranqueable... Habrá que cambiar su estructura interna, recuperar la inocencia, la niñez.

¿Pero y si fuera siempre así? Sólo cambiará la distancia que ella se permita recorrer esperando que cuanto la ciudad y las gentes le ofrezcan provoquen una evolución hacia el centro, hacia un riesgo más humano y espontáneo.

En definitiva todos estos silogismos y preguntas no son sino pretextos para no escribir.

Algún día de estos empezará otra vez a inventarse seres y lugares.

Y recuperará la sangre que los demás se han llevado.

PIENSA EN ese extraño día que comienza a tener un nombre para ella. Lo ve acercarse poco a poco, le incorpora su voz. Él ha estallado ya, aunque se cierna en el pesado transcurrir de las horas. Sin un alambre tenso que lo conecte a su cuerpo, ¿cómo adentrarse en él? Semejante a éste, después de tantos años de búsqueda, fue el que la llevó a conocer a N. al

fondo de aquel patio de la calle Vaugirard. Tenía sueño andando a su encuentro, tenía un tiempo subido a la cabeza. ¿Cómo haber esperado tanto? ¿Por qué se espera? ¿Por qué, también, se cruza uno así de pronto con un lejano pasado de súbitas ventanas? Pone una mano en los ojos y ve aún su rostro vivo, puro, entero como un deseo. Se conserva parapetado dentro de sus latidos. Y quisiera otra vez entrar en aquel patio que introducía (al ritmo de unos golpecitos de hacha) en el insólito continente del chino que servía comidas en el aire... mientras el verso *que paz qué corazón qué ala misteriosa* resonaba desde el recoveco de su adolescencia, tentador y orfelinio, al traspasar la puerta donde N. la esperaba, tímida.

¿Comenzaría su combate con la Hidra de Lerna, como en el sueño? Con la diferencia de que era ella ahora la Hidra deseosa de pulsar sus llamas detrás de la puerta. Su pelo se había ensortijado y parecía una Gorgona emitiendo corriente de olores. Ella conoce las llamas de la noche y los poderes de la sombra para saltar el límite. Imagina la plenitud inferior de esas criaturas, sus ojos como luces de bengala, su hosca felinez, su proclamación destructora, la fuerza de su lengua bífida... y se presta al combate. Que no es otro que el eterno combate del día con la noche.

Revive a cámara lenta, como una pesadilla, aquel encuentro. *Qué paz qué corazón qué ala misteriosa...* El verso continúa resonando, la puerta sigue abierta, N. le sonríe desde el umbral.

Esa eterna imposibilidad de aceptar la realidad más simple. Ahora es un final de año contradictorio, irreal, más difícil que el anterior. Oye penetrar en ella la vorágine en la que tratará de conservar una zona de paz, un núcleo de ciclón que la sitúe para pensar con cierta lucidez. La evocación del encuentro con

N. remueve, a su vez, el círculo monstruoso de la intelectualidad cubana, compuesta de seres bizantinos que vivían respirando el aire enrarecido de ciertas tertulias. N. pertenecía a una generación extraña y contradictoria capaz de dar lo mejor y lo peor, incluso ambas cosas a la vez. Los enredos de las generaciones: la anterior mirando siempre con desconfianza la nueva. ¿Y la suya? Compuesta de gentes elementales, sin poses, directas, anti-académicas, con desprecio a los títulos, a los nombres, aunque admirando el ser humano en sí...

Bueno, ¿y todo eso qué? Humo alucinatorio. Hermoso juego de las apariencias. Lo único saludable era verse en el espejo negro de la generación anterior, ignorar principios y cánones con libertad en los miembros y esplendor en el pecho, el corazón asustado de su propia magnificencia devorando siempre a sus presas...

Después, el poder de la palabra y de la magia.

Y a todo ello sucediendo, poco a poco, la palabra exacta, la entonación dictada por la totalidad del ser.

Por ese absoluto que son los sentidos.

Y sus mentiras.

POR AHORA la novela está incólume sobre la mesa. No se puede vivir con esas criaturas paralizadas, llevándolas y trayéndolas, queriendo expresarse a través de ellas. Y todos esos tormentos para nada ya que nunca podrá escribir con esa vacuidad y donaire de quien va a la peluquería, ni entrar —como Corín Tellado o Simenon— en la sociedad de consumo igual que una lata de embutidos, sobre la que cuentan ganancias y pérdidas las editoriales poniendo en juego la escritura, no ya

como un punto intelectual sino corporativo. Maquinaria infernal con la que se enfrenta el escritor, su silencio, su espera. Esa tormenta y las diez mil cosas que aprisionan mientras dura el trabajo de un libro: la angustia, la abulia, la soledad, la inercia... todo este círculo (dentro del que es extremadamente difícil ver más de cerca los demás) maniobrando desde uno mismo para impedirnos romper los esquemas.

En definitiva, ese ejercicio sobrehumano de voluntad, todo ese caos es el silencio reclamando voz a la raíz de cada vocablo. ¡Y cada vocablo es el comienzo de un abismo!

Imagina a veces, para escapar a ese intríngulis, describir los trópicos de modo estrafalario:

- los siboneyes han salido de la Atlántida
- la cultura mesopotámica nació en el trópico
- Sargón I es la última encarnación de Fidel
- los brevajes indios y asirios continúan preparándose en los jugos de mameyes, de guanábanas
- el manatí es un animal encantado.

Y tiente con los ojos cerrados imaginar una concentración de Fidel como una orgía en el templo de Ist...

Pero todo eso hay que cincelarlo con palabras. Y las palabras hay que reestructurarlas en el sentido en que los viejos cabalistas jugaban con lo Ethensiable, es decir con vocablos que no podían ser dichos o que, de hacerlo, se lograban cataclismos cosmológicos.

Y SE acerca a la mesa para encender un cigarrillo, se extiende sobre ella, encima de papeles amontonados que llegan ya hasta el panel de la pared izquierda donde el cuadro de Voyatsis pende verticalmente vertiendo en ellos el cielo y el mar de Pastmos, en su expresión más abstracta de azules y verdes. Aunque si la mirada se impregna de su chorro de luz son los blancos casi invisibles los que descubren la belleza secreta de su vibrante soledad. A través de esas transparencias vuelve a ver las murallas y las calles de Albarracín medieval: la misma claridad cayendo sobre cada cosa, siempre un murmullo de aguas a su alcance subiendo desde los dos ríos que corren a los lados.

Lo contrario de su vida: una montaña rusa, demasiados altos y bajos. Aunque parezca ahora estar en una recta; después de casi haber muerto reorganizándola, siente sus pulsaciones con el sonido atroz de los pasos de un hombre sin piernas. La amordazan sin cesar la insatisfacción, la furia de haber vivido a saltos, peligrosamente, a la búsqueda de no se sabe qué de exaltante que ha reducido todo a esa fragmentación onírica que altera lo progresivo, lo continuado, y desintegra las innumerables pequeñas cosas que hacen del universo un campo de variedad.

La intensidad turquesa del cuadro de Voyatsis la borra ahora en toda esa sombra acechadora.

CUALQUIER PARADA de tren que lleva a París desde Roma parece alargar el viaje (Pisa-Génova-Ventimiglia) cratapam cramp pammmmm cratapam creamp cratapam pamm-

mpammmmpammm CRATAPAMMM..... ¡La frontera al fin! Y ya todo recto hasta la gare de Lyon.

—¡TERMINUS!; oye el eco sordo de una voz extranjera... ¡TERMINUS! ¡TERMINUS!...  
La Gare de Lyon se levantaba ante ella con sus atalayas.

¿Invierno, verano? Qué más da. Maletas sí, objetos facturados una y otra vez, siempre libros y páginas inconclusas, de casa a casa, de rincón a rincón, de país a país, todo lo que forma parte del mundo de construir, de crear, reducido sin cesar a espacios imposibles, consumido por el rigor de sueldos revolucionarios, de resoluciones ministeriales incongruentes: vaya usted inmediatamente allá; vuelva urgentemente para acá; instálese de nuevo allá; programas de urgencia que convienen, según las estrategias del momento, a fin de impulsar la maquinaria que te va convirtiendo en un autómatas, en un saltimbanqui, en un peón ideológico que anima la práctica del trabajo improvisado al azar por incapaces responsables-maquetistas de la fachada ideal que ha de imponerse al exterior del país.

Y vean al peón ideológico sacrificado a estar bien alojado, bien encajonado en la rebambaramba social del país escogido. Y su vida bien exhibida en oposición a la vida. Todo a nombre de la revolución.

Habiendo participado como Agregado Cultural en una de estas tristísimas cancillerías tropicales adornadas de flores artificiales, puedo asegurar que su real existencia tiene lugar en la atmósfera persecutoria de sus estrechos pasillos. Una prisión cada cancillería, donde es ley la más aberrante vigilancia entre unos y otros día y noche, vigilancia asegurada por un doble de cada cual llamado clavista. Clavistas, sí, extrañamente silenciosos e inactivos paseándose por los pasillos con su eterna sonri-

sa capciosa, indicadora de una supuesta acusación (o condena) futura. Protectores de un orden imaginario, protegidos por la emisión rigurosa de ocultos mensajes, a estos funcionarios especiales se les otorga un poder especial aparente de correos diplomáticos. Resumiendo, los clavistas podrían definirse como escurridizos energúmenos, guarda-espaldas extraterritoriales del mensaje revolucionario, memorizadores de piada de la primera y segunda declaración de La Habana, generalmente casi analfabetos, cuya misión consiste en la práctica del terrorismo por tortura psicológica a lo largo de los pasillos de la prisión.

El culto a la personalidad con que se exalta al clavista recién llegado da la medida no sólo de este pequeño universo de la demarcación, de la intriga a cámara lenta, sino del tráfico policiaco, del poder solapado y paralelo que practica el proceso revolucionario, que estos fanchos representan en tanto que objetos sagrados. Cada uno de ellos es el apóstol más próximo, el que tocó por última vez el uniforme del maestro, el que recién participara en el milagro que concentró a los convertidos en la plaza de concentración. Aunque todos sabemos, y los apóstoles los primeros, que la concentración de masas se produce a través de drásticas consignas de las organizaciones creadas por el poder, y que tales masas se conforman con la amalgama interior en que ese poder las condiciona: es decir, patria o muerte, deber o muerte, obediencia o muerte. Todos sabemos, sí, que cada concentración conmemora la fiesta nacional del terror castrador, el mismo de tantos tiempos de dictaduras que ya hacen ERA en nuestro continente.

De este modo, animado por el culto que se le rinde, liberado del medio y del miedo, cada apóstol pulula en el interior de estas cancillerías como un filtro del poder. Así recibe el cuerpo

diplomático que le circunda esta intromisión, catalizadora del ritual terrorista que la revolución impone. Último cordón umbilical...última ligadura con una libertad imposible.

Tristes, muy tristes, en fin, peligrosos, estos cuerpos diplomáticos, estos engañosos cabreros de la revolución. Su comportamiento racista y manipulador supera a los retoños de la caduca burguesía que ellos pretenden reemplazar.

¿QUÉ OCURRE compañera?... ¿Llegó ya el compañero?... Claro compañera... Compañero compañera: importantísimas palabras-prefijos de estos funcionarios (del interior y del exterior) que las más de las veces convierten esta puritana consigna en su único trabajo... es decir, en el quehacer de la vigilancia, su complemento directo. El mundo interno de nuestra embajada romana me recordaba las paredes del caserón en Vía dei Coronari donde Otello, un tiriritero amigo, colgaba sus títeres, entre los que predominaban los pantaleones que él manipulaba entre delirios lingüísticos hasta no dejar títere con cabeza. Estos susodichos compañeros –igual que aquellos títeres– parecían modelados con un amasijo de desechos de periódicos, paja y engrudo, babeando trasnochadas noticias, vinílicas o acrílicas coetillas que el grupo dirigente recogía en los pozos negros soviéticos. Sobre las mesas de la embajada yacen todos aparentemente endormecidos como el más grotesco pelele de Otello, irguiéndose grotescamente si algún veloso matiz de alerta remueve la aviesa mirada de otro compañero.

Al exterior, simulan ser otras sus posturas. De vez en cuando una carcajada de temblona vivacidad aflora de ellos. Diríase, entonces, que se sienten fuera de la revolución y que respi-

ran sin ahogo. Sin embargo, mi ojo los visualiza aún no como mamíferos ni peces sino como una especie rara de anfibios, una especie antigua de reptiles con nasales por cuernos. Observados a primera vista no se advertiría nada que los diferencia del país donde ejercen su representación, si no fuera el pertinaz aburrimiento que provoca en los demás su forzoso abandono, lo más parecido a un silencio censor excluido ahora de su mando. Son los suyos movimientos automáticos que la generosa vivacidad de los autóctonos disimula; por igual automática la furia contenida, revoltillo de orgullo y frustración, que denuncia esa calma apariencia con la que se yerguen, aíslan y protegen, en deshilachado grupo de compañeros, al interior de la embajada. Todo en ellos es vacuo, tibio, calco vivo de lo que el dictador retiene como reserva: ese flanco débil de cada hombre que engendra obediencia y miedo, calco que el tiempo dilata en seguridades inciertas que a su vez engrasan la maquinaria dictatorial. Y desprendiendo mediocridad, miedo, acomodo.

Así los compañeros con mayor facultad de servilismo devienen cuadros del régimen si aportan ideas del calibre que el Máximo Líder exige, hasta la exageración, a su imagen y semejanza, hasta la imitación, incluso, de sus mismas posturas físicas. Así desdoblados, despersonalizados, ellos adoptan el adoctrinamiento. Entiéndase: mutismo ante el desconocido. O bien el grito alarmista, si ese desconocido es criticado, o el premio a la obediencia si es aceptado.

Ellos, los compañeros no piensan, nunca ya pensaron desde que vigilan. Se les ha olvidado –pobres diablos de compañeros– que en la prehistoria, aún cuando no existían espejos, el hombre retenía la imagen por su acción, en tanto que, desde su ojo ávido de perspectiva, él se representa a sí mismo con un

logos que lo distancia de la realidad que intenta descifrar. Ignoran que el realismo socialista es fotográfico e incapaz de renovarse, porque la máquina inmoviliza. Y que un siempre mismo y único objetivo paraliza sus plurales, es decir, los trazos que la intuición olfatea y penetra. Y que en su sostenido vacío ellos dan forma al enorme cadáver de *Amédée ou comment s'en débarrasser*, de Ionesco, que crece y crece desorbitadamente, invade las piezas contiguas despojándolas de cuanto pacífica molécula, de cuanto inanimado polvillo se ha ido posando para velar lo estridente.

UNA SOMBRA. Había empezado su aprendizaje real en París un día nublado de septiembre de 1954, adonde llegó después de desembarcar en Le Havre. Fue la primera vez que sintió como si su rostro se hubiera extinguido, como si ella se hubiera caído en una trituradora y debiera aprender a caminar de nuevo, tal un mutilado de guerra a quien se gritaría de cada esquina: ¡al mutilado al mutilado! Recuerda que, en un acto de paranoia, había querido coger un avión para huir, traspasar la línea del horizonte en donde la niebla del otoño —entonces las cuatro estaciones se sucedían— acumulaba su espasmo como una corroboración de la muerte.

Pero no iba a conformarse con ser un elefante que camina por el tejado y jugar con el papel de mártir que esa pérdida de identidad le infligía, sin otra trascendencia que oscilar en un banco de nubes. Y le faltaba voluntad para pisar tierra, viendo que todo se consumía en una vertiginosa carrera hacia la destrucción del tiempo; es más, hacia la destrucción de la memoria.

Y mientras corría dentro de la niebla con la ropa cayéndose de la maleta creyó comprender que llegaban a su término los pasatiempos mágicos, los momentos simbólicos que tejen las sensaciones duraderas y que más tarde cualesquiera olor o gesto o forma reanima. Por ejemplo, cuando durante la cuaresma habanera en las visitas del viernes santo se veía emerger —del fondo tenebroso de las iglesias— un relieve insoportablemente dramático: el cuerpo extendido de un Cristo cubierto con una sábana blanca, o si no al descubierto, pero no el cadáver llagado y enjuto estilo barroco sino más bien robusto, esbelto, que la música del órgano realzaba transportándolo a un estado de levitación.

Llenando estas lagunas el silencio parece reavivar la llovizna de nieve que se precipita por la ventana entreabierta mientras va quedándose dormida en el sofá destartado... De pronto se yergue de un salto sin saber donde se halla. Unos velados rayos de sol se filtraban en la nieve pegada a los cristales y esta lucía rosada descubriéndole algunas huellas en su superficie. Era un relieve insólito y en su espectación cree fundirse en ella. La luz rosada cae por el suelo y su reflejo es como una pequeña aurora diluyéndose en las paredes, en el interior de los libros, entre los papeles desordenados. Qué lejos de aquí el mundo y sus afanes, su juego de gloria, su falta de estilo, de imaginación, de placer real. Ella no quiere gloria, eruditos gansos, sino el reflejo de este amanecer sobre la nieve, esa lasitud, ese dejar avanzar la vida rayo a rayo hasta su cuerpo entumecido, esta esencia de las cosas escapándose al tacto evaporador de la naturaleza, aprisionando el corazón, integrándolo —como en un pacto— a cada uno de sus sístoles y diástoles. Esa plenitud de vida que se pierde en la trama de los ridículos payasos. ¿Cómo

tomar en serio sus carnadas y sus jueguitos, sus operaciones comerciales, sus ventas de conciencia? Ella sueña lo contrario: que las cosas cumplan su cometido como en este instante. Que el agua del río se encuentre con el mar en un momento jubiloso...

Aquí, ahora, el sol de invierno saca huellas a la nieve y siente cómo hieren sus diminutos tentáculos, cómo este paisaje enardece sus sentidos, cómo se revela esa madeja del cosmos en el que nuestra planetita es microscópico.

¿Podría descubrir estas auroras boreales en la mente, entre la falacia de la palabra y sus ocultas estalactitas, raptarlas a ese techo encubridor de estrellas por donde la noche huyó derretida como brea y aplastada por su mismo esplendor?

Todo eso es lo real, y no los cuentos enrevesados con los que nos atormentan desde sus culebreos el poder, la fama, el dinero. ¿Qué significan esas cosas? Qué tristeza en perspectiva desde que una palabra puede más que una mano viva, o que una mirada vale menos que cuatro principios que, al final, son siempre falsos en su conclusión.

Son los latidos, los signos de la vida los que nos hieren con su generosidad. Ellos se confunden tanto con el amanecer como con una voz que en el desierto languideciera cantando al horizonte, igual que los arrecifes exaltadores de los mares. Tan deslumbrante es su afrontamiento como un choque de galaxias o la formación de una nebulosa. Acervos de luces a la deriva que pueden hacernos enloquecer de hermosura en la púrpura del vacío.

Se sienta en el incómodo sillón romboide frente a la mesa y levanta una a una las páginas amontonadas. Está intentando escribir con cierto método o, más bien, tratando de recuperar

años de apatía y dispersión. Qué difícil resulta vencer esa pereza de dejar las cosas para el día siguiente, que Baudelaire consideraba el mal mayor. Está segura que si no lo combate luego será tarde. De tanta idea confusa algo ha de salir, una nueva actitud acaso. Los estados negativos aportan decisiones positivas.

Conecta la emisora France-musique. En estos momentos pasan el oratorio de Carissimi llamado Jephthé. Habría que lograr esa belleza indescriptible en los textos. Será cuestión de escuchar más música, de leer menos para volver sobre sus pasos y relanzarse en esa dimensión musical que podría definirse sobrenatural. Lo ha presentado en algunas visiones desde el angustioso despertar de ciertos sueños, en esa especie de lasitud que precede a la catástrofe.

Hace tres días se explicó con lujo de detalles las razones lógicas, para que la irracionalidad no la tomase por asalto. Le dio hilación a la incoherencia, peso a lo gratuito, justificación a lo grotesco de su destino. En medio de una voluptuosa niebla, a ratos, el futuro aparecía, se proyectaba al fin, ponía en evidencia sus gestos. Y entonces ella se sumergía en sus babas, entraba en ese giro de los sentidos que había olvidado largos años.

Cree estar en un momento peligroso, un momento en que se puede deslizar hacia abajo, hacia la esterilidad. Le acosa la creación, que podrá ser fuente de alegría si olvida críticos y sabijondos. Porque se ha de escribir con el infinito en la mente y para el infinito del tiempo y de uno mismo. Como Guimaraes Rosa, por ejemplo, tan auténtico y tan libre en las obsesiones psicopáticas latinoamericanas que parece caído de Marte. Qué descanso leer a un escritor sin clichés que no escribe ni para su



época ni para nadie. Qué alivio su contrapeso de la autoridad pedante de los otros, de su vanidad, de esa verborrea soporífera que llena los congresos culturales de América Latina, las tertulias literarias y los sainetes de buen tono. Qué suerte que él no es marxista ni freudiano ni maoísta ni marcusiano ni fanoniano ni mchuaino, ni etc. etc. Hoy que nadie piensa con su cerebro sino que sobrevive con transfusiones mentales de todos esos ídolos, este hombre despliega el raro compromiso de ser él mismo. Única manera de ser diferente.

Desde que el sábado pasado volvió a ver los girasoles de Van Gogh ellos no se borran de su cabeza. Hacía tiempo que no los veía y cada vez, al volver, tiene la impresión de que habrán desaparecido. Pero no, siguen ahí más girasoles que nunca. De primera intención uno se dice: sí, girasoles, ¿y qué? Él pintaba girasoles enloquecido de pintar girasoles para el fanático de Tahití. Los ve pegados en la pared y se pregunta qué hace ese cuadrado en una sala de impresionistas. Se sienta a mirarlos y el cerebro se le vacía. El techo sobre los girasoles resplandece emitiendo una luz naranja que recuerda ciertas cúpulas árabes al caer la noche.

Cada vez que regresa a verlos trata de observar de nuevo el cuadro detenidamente, sin prisa. Frente a ellos, aparte de ellos, nada le ata de pronto a esta ciudad, sobre la que flota como un nenúfar sin que nada le aprisione. Ni siquiera el hambre, de la que prescindir con elegancia y que la hace más ligera, más despierta. Casi no le importaría tener unos muros para dormir: todo lo colma la mirada plena de girasoles. Ahora ella es un inocente que escribe sobre la arena, sin libritos de apreciación que retracen las líneas geométricas que rigen sus proporciones, sin horarios, sin ataduras. Ve ese cuadro en una situación lími-

te, ignorando si estará viva la semana próxima, sin que el pasado ni el futuro existan. Sólo este presente brotando de sus pies, de sus ojos, como una burbuja de Bosco, la aprisiona, le coagula los instantes, los vuelve palpables, comestibles.

De repente los girasoles empiezan a cobrar vida. Sí, ese azul cobalto no está ahí gratuitamente. Ese azul congela la mirada. Ese azul está a 40 grados bajo cero. Es el Ártico. Y ese amarillo, ese amarillo con rojo, con verde, con negro, esos puntitos verdes y rojos dentro de su cáliz empiezan a vibrar en una danza, saltan entretejiendo un enigma, establecen sus propios movimientos giratorios y rotatorios, ¡se mueven! Y ese tallo desgarrado que termina en una pincelada torpe se convierte en un cuello que se alarga, en una cabeza cortada que quiere imitar los gestos de la existencia, que quiere resucitar a fuerza de remedar movimientos. Y ese centro donde todo está en ebullición emite luz, calor, vértigo, obsesiones acuosas, cósmicas. Ese centro es un mandala prodigioso. Es el ojo de Vishnu descansando sobre Tiamat. En ese centro donde todo está expresado con violencia y con gracia reinan los siete poderes, las siete ciudades perdidas, las siete columnas del templo de Sais. De repente esos girasoles son un cosmos único. Es el dios Sol recuperando su pasado de ritos y danzas. Es Ra con sus misterios de vida y energía.

Sí, esos girasoles se abren ante sus ojos como un pasadizo donde uno puede internarse dejando atrás sus ropas, su lógica, su razón.

Se llena de aire las mejillas por la ventana entreabierta como si estuviera soplando un globo y queriendo absorber aquella luz de nieve con huellas que poco a poco se diluye. Que

entre en ella, que esparza allí dentro su anacronismo de millo-  
nes de años luz (color vermeeriano) de no se sabe qué estrella.

Y vuelve a soplar el globo imaginario con los ojos bien  
abiertos: mejor ejercicio este que el de los atormentadores  
manuales maquiavélicos que dan los profesores para escalar,  
los mismos que pueden juzgar que ella no escribe en castellano.  
Como si hubiera que escribir en castellano y no como sienta  
uno que el lenguaje es más vivo, más allá de la manía classifica-  
toria que acaba desecando todo. Aunque no hay que dejarse  
impresionar por las opiniones de esos sabijondos con olor a  
Chanel y sus superlecturas de conceptos indescifrables. Parece  
que tuvieran la cultura encerrada en algún lado, es decir, en el  
lugar donde debe estar encerrada la cultura.

Habrá que hacerse pasar por loco para lucir inofensivo.

Elogio a la locura, pues.

Y a seguir mirando y dejando.

GUARDAR SU secreto, ese tejemaneje interior que hace  
de la vida un obtuso silencio. Recuerda lo que decía aquel  
indio... «alguien inventó una caja de cristal para ver trabajar las  
abejas y extraer miel, pero ellas, previsoras, empañaron los  
cristales»... Esto es, como si su aliento hubiera empañado todo  
alrededor mientras ojos y mejillas nuevos nacen desde la  
aguzación agriosa de la nostalgia elaborando sin cesar otras  
raíces, pero de tan pobre consistencia que una vez extraídos sus  
extraños líquidos, sus adherencias, languidecen y caen como  
máscaras.

Igual que en las Fugas de Bach que ahora escucha, la  
improvisación exprime todas sus posibilidades surcando lo

abstracto y lo concreto que, al reproducirse, colman el vacío de  
sus propios surcos. Esquinillas fértiles de engendros cósmi-  
cos... empañado colmenar de ideas y sensaciones en las que  
cualquier frase-abeja segrega líneas que a su vez segregan  
párrafos que segregan páginas-enjambres... Los campos flotan-  
tes, de Virginia Woolf, aunque cada vocablo, dice ella, sea tan  
difícil de erigir como una estatua contra el muro.

El libro avanza enrollado en papel de aluminio, dúctil a los  
intrincamientos de los que surgen personajes dobles, triples,  
cuádruples amasados en uno solo. Sus monólogos descruzados  
en diagonal liberan el vértigo de cuanto significa, comunica,  
desanuda y que el ojo asombrado trasmite al blanco de la hoja  
en algo más que palabras: intríngulis tras intríngulis, fuegos y  
cenizas confundidos, el buque avanza por mareas y desiertos  
con la cautela de un gato tentado, tentador. De vez en cuando  
los frutos y las flores estallan...

Estar en vida. En vida. Esto le hace sonreír porque suena  
como un falsete. El niño de la amiga que cuida hoy, mira des-  
confiado su ir-venir con los brazos caídos. Los ojos infantiles  
limpios, fijos, parecen descender al centro mefítico del peque-  
ño mundo que la rodea y, por distanciaci3n, por ceguera acaso,  
adaptarse a él. O porque no comprende la raz3n de nada.

Mañana temprano se escapará hasta Amsterdam y Brugges.  
Mientras amontona libros y papeles en el maletín piensa que  
este fardo de plástico deformado es lo único que posee, mien-  
tras se pierde en consideraciones poco precisas. Mira la frente  
fruncida del niño y le pregunta si hay algo que salvar aún.  
Como respuesta, el niño le devuelve la mirada desde su interior  
remoto, esencial. ¿Hay algo que salvar con esta nueva huida  
que le hará deslumbrarse, impotente, ante la belleza arrebatado-  
ra de un cuadro de Memling, de Van Eyck, de Bosco, si todo

sigue quedando en el mismo sitio adonde volverás, si sólo te llevas a ti?

La verdad es la dificultad mayor, se lo ha dicho y repetido: esto es así pero no de otro modo, sucede por esto y no por aquello. La verdad es el principio de la madurez y su negación. Que un ronquido se parezca al arranque de un coche es una suposición, ahí no hay peligro; el peligro no está en la comparación sino en la justeza. Y si una cosa es blanca no puede ser negra por mucho que la imaginemos negra. Diferenciar los valores y aceptar, por su intensa meditación, el contenido de cada uno es comenzar a introducirse en la verdad. La verdad es lo único que se parece a la muerte.

El calor humeante de la estufa la adormece. Diríase el pulso de su voluntad ese ronroneo interno... Ahora, a dormir, explica al niño cerrando con fuerza los ojos, abriéndolos cerrándolos, dormir dormir d o r m i r, le dice enfatizando sílaba a sílaba...

Pero dormir no significa que la realidad cesa sino que mañana será más evidente. Y se apoya suavemente contra el espaldar de su cama con la mirada fija en el niño (repitiendo d o r m i r d o r m i r d o r m i r) a dormir sentada. El ruido del cuerpo al moverse la despertaría...

Con Rilke, quiere sentir llegar la muerte si viene.

Como él, desea conocerla.

Vivirla.

Llega a la estación y se sienta a esperar el tren. Deja el libro abierto sobre las rodillas y pasea la mirada sobre el mostrador de mármol del bar donde los vasos nadan entre caracoli-  
llos invisibles. Atisba los rostros caídos sobre los hombros en

ese talud de transparencias. Una atmósfera de delación parece anunciar la súbita aparición de la muerte vestida de inspector, de bruja octogenaria, de paralítico. Le viene a la memoria el párrafo de un periódico: «Tiempo expirante el de las estaciones, puntos de referencia azarosos, solapados, centros de promiscuidades subterráneas, de circulaciones prohibidas, de encierros crapulosos»... Barras vivas de hombres en su herrumbre.

Cuando el tren echa a andar con ese extravagante ritmo que lo impulsa dando tumbos en la Naturaleza (mientras que como gavetas etiquetadas todos ocupan sus sitios), ella cree sacudirse antiguas ausencias, distancias, exilios... En las tinieblas del primer túnel la mirada pura y la cabeza inerte.

Con la misma fuerza en que la velocidad del tren la arranca al infinito metiéndola a bocajarro por la ventana, la Naturaleza penetra sus poros, adensa sus sentidos y atrae como un poderoso imán los momentos vividos en su vegetación, las dudas que le inspira su frondosidad, su sabiduría, su repetición frente a la soledad del hombre y su locura creadora, que le resiste.

¿No fue Heráclito el primero en afirmar la vitalidad absoluta de la Naturaleza, la transformación incesante de las sustancias por una parte y, por otra, la existencia de una ley total que rige su curso? Por tanto, aunque nuestro componente bioquímico y su descomposición pertenecen a una misma evolución o regresión, ¿cómo convivir con sus anuncios de muerte? Ella se basta a sí misma, mientras, injuriosos, todos chocamos contra la conformidad de sus cadencias, sus constantes. Y es que la regularidad de sus ciclos trasmite por igual lo inanimado.

—No, dicen, la Naturaleza no podrá nunca poseernos con la momificada armonía de estos malsanos atardeceres, de esas

asépticas lunas color de vísceras, de sus arracimadas entrelas iluminándose y apagándose... Efectos que distraen la noche, ese estado elegido... En la Naturaleza, además, no hay nombres, no hay palabras, sólo ruidos que nos espantan o adormecen y que el ojo trasmite en su constante vigilia. El color, la palabra y el volumen pertenecen al arte, al ámbito de crear, que se opone al ámbito existente por un desdoblamiento de los sentidos y sus revelaciones.

Primero, pues, la discontinuidad ante la Naturaleza. Después, la forma espiral, interrogadora, en oposición a tanta horizontalidad. Como el dual polo a su limitación letal. Ajenidad recreadora que fundamenta al hombre como ser diferenciado.

Pudiera ser entonces que el tiempo y cuanto con él transcurre (objetos, atmósferas) se metamorfoseen siguiendo la poderosa intensidad del ojo en sus ritmos giratorios, más veloces que la rotación de la tierra. Ahora en el tren todo se acelera en el ojo con un sonido tan seco como el huracán. Y los cielos más azules, el ruido más agudo o el olor del cuero más húmedo existen tan sólo como una relación maravillosa e incomprensible a fin de que el equilibrio del universo se mantenga. No porque se mantiene, sino porque uno media para que así sea.

No obstante, había llegado a la certidumbre de estar definitivamente desprendida de la armonía del universo, a la que se entregó siempre sin otro análisis definidor que el olfateo del instinto, azuzado por un instante fabulador. La mayor parte de las veces, los vínculos con el exterior se resquebrajaban (ya que el enlace con la visión inmediata lo provocaban elementos del azar), y en vez de estar en un preciso momento en el balneario escogido de los Alpes se hallaba errando por algún puerto, al

borde del mar, electrizada por sus vaivenes de los que apenas un olor le penetraba. Era tan fuerte el impulso contenido en su selección que, en un juego de connivencias, cuanto le rodea expelle su energía negativa reteniéndolo, desviándolo, sustituyéndolo. Al interior de ese juego, única ley de conservación, el vacío, vampiro devorador, ya se había instalado.

Y los nueve capítulos chinos asociados al orden del mundo, el cuadrado mágico, el triángulo mítico, la era del trapecio y los calendarios: toda esa orquestación adivinadora se paralizaba ante la dureza de su ojo al acecho, a la caza del mínimo arranque creador. ¡Lo único cierto!

• Llega a Brujas. Y otra vez esa impresión de que nunca hubiera salido de la Edad Media. En Brujas ella se siente piedra, canal, campana, estatua, dentro de un gótico que resguarda su intimidad, su desesperación, envuelto por la fantasía y la sátira del siglo XV.

En esas llanuras de cielo bajo, el dejo de la campana posee aún su significación alucinante. A cada herida que abre el badajo en su metal densísimo los hombres parecen levantarse para defenderse contra el rey extranjero. Como para protegerse del infinito al alcance de la mano, todo en Brugges es desproporcionadamente espeso: las paredes, las mesas, los asientos. También los marcos que encierran el Canónigo de Van de Paele, de Van Eyck, la Sibylla de Lambethe, de Van der Weyden; y más aún los que aprisionan las vírgenes voluptuosas, lascivas, de plegadísimos mantos, más reales que irreales, de Memling.

Ante esos monumentos ópticos ella siente un pase magnético.

Ellos la reflejan como espejos.

Una extraña verticalidad rige esta ciudad. La altura de las casas escalonadas en cortos espacios no dañan el cielo horizontal. Grietas, contornos, volúmenes, se doblan y desdoblan en desaforado diálogo con el transeúnte, cuyos pasos resuenan y naufragan en la intrincada calma de los canales.

Esa calma indescifrable, pertinaz, tiránica, le hace temblar y sentirse como el negativo —superviviente— de *El triunfo de la muerte*, de Brueghel. Torres, pasadizos patios, muros y más muros parecen angostarla en ese conglomerado pétreo. Las miradas de las gentes la espían de soslayo y polarizada por ese confín de hechicería ella no puede evitar de imaginarlos, como Bosch, alquimistas, peces gigantes, ángeles exterminadores viajando en cuchillos inmensos. Le asompañan en su paseo los estallidos de las hojas malvas aplastadas por sus indecisas pisadas de fantasma.

El cielo sigue ahí, cada vez más bajo, demasiado cerca de los párpados.

¡Un paso más y él la absorberá!

COMO DOMINAR tanta desolación. Cómo acorrallar primero y luego extirpar del cerebro el vacío que penetró entonces (como penetra el contenido de una inyección suministrada por la fuerza o la turbulenta avispa de un electrochoque) a ocupar con gratuidad un espacio privilegiado y el pensamiento. Y esa usurpación del pensamiento, de un espacio destinado a la creatividad, a la relación, a su natural evolución, las impuso mi compromiso político, los opeles de cierto idealismo pro-

clamador de verdades, de cambios detonadores del bienestar colectivo, de un futuro de auroras multicolores, etcétera de la utopía, compromiso que debilita los sentidos hasta enfermarlos. El estado febril que le es inherente desembocará en un delirio cargado de protagonismo que absorberá en su confusión la euforia, la secreta vibración, la intensidad y los hilos conductores de una real vocación. Su fiebre va dejando de lado las dudas propias a la creación, es decir, barre el pensamiento incubando en su lugar credos, dogmas. ¿Hay engendro más absurdo que un individuo declarando, por puro mimetismo, soy marxista-leninista? Creer en Marx y Lenin requeriría un análisis profundo de su obra y proyección, análisis que apartaría de su creencia la mayoría de las veces.

Decirse que uno es uno y algo de todos o de un todo, aunque la partícula otra se halle en las montañas del Colorado, hubiera resultado traidor en un momento revolucionario, y de haberlo hecho se me hubiera exigido una autocrítica severa (de las que hay tristísimos recuerdos). Pero el estado febril negativo se produce por igual y eclipsa la mesa de trabajo y los ámbitos de pasear de Baudelaire. Y ella ocultó así la pasión de jugador de Dostoievski, y los toques de nudillos de Kafka ante la puerta del infinito, y los desvíos innovadores de Joyce... La enfermiza fiebre del compromiso político tampoco hubiera reconocido ese París atravesado de significaciones mágicas, de André Breton, ni de la poesía, que atraviesa todas las cosas.

Entonces no comprendí que desmadejar las interrelaciones ente los Estados, las posibilidades de cambios, era un quehacer complicadísimo que no puede ser obra de estadistas o de caudillos: de los primeros por sus pactos con el bloque político que

representan, y tampoco de los segundos, manipulados por su propio caudillismo.

Es así que hoy hojeo carpetas para comprender aquel desvío y cae en mis manos un pequeño folleto de la tan impertinente Declaración de La Habana leída a los dos días del mes de septiembre de 1960 por el Máximo Líder y firmada por el entonces Presidente Dorticós y F. Castro Ruz, Primer Ministro, Declaración que tanto analfabeto estuvo obligado a aprender de memoria para recitarse como un catecismo. Desde la primera estrofa o apéndice un tono discursivo, vacío y demodé nos da la pauta de la trayectoria catastrófica que el nuevo régimen instala. Y digo esto porque no es posible iniciar el desarrollo de las imaginarias libertades de un país con tan enrevesadas afirmaciones que sólo incumben –por su imposición– a quien las propone. Me pregunto ahora cómo los intelectuales de cualquier parte del mundo pudieron tomar en serio tal Declaración y animarla. Que los intelectuales cubanos la aplaudieran se explica en razón de los acontecimientos que, poco a poco, subrepticamente, iban encadenándolos a un vértigo inhabitual en otras dictaduras, o aún por su misma ambición dentro de la nueva (en gestación) que prometía valorarlos y salvarlos de tantos olvidos anteriores. Resulta más difícil justificar a los intelectuales europeos por su cultura, por su experiencia, por el espíritu analítico que una y otra le han filtrado y por estar ya enraizados en esos años 60 a las nuevas corrientes filosóficas que, precisamente, intentan aclarar al ser humano los conceptos erróneos del siglo que va quedando a su espalda.

La tal D. de La H. comienza por un toque de nostalgia: «Junto a la imagen y el recuerdo de José Martí, en Cuba, territorio libre de América, el pueblo en uso de las potestades in-

alienables que dimanen del efectivo ejercicio de la soberanía expresada en el sufragio directo, universal, público, se ha constituido en Asamblea General Nacional».

Naturalmente, desde la independencia del pasado siglo todo gobierno en Cuba ha operado «junto a la imagen y recuerdo del apóstol, el mártir, el liberador Martí», que el pueblo venera por tradición oral. Analizar lo que el L.M. pretendía (involucrando la conciencia popular con lo de: «el pueblo, en las potestades inalienables que...etc.»), resulta tan abusivo e incongruente como cualquier postulado fascista, nacional-socialista, nacional sindicalista o populista, en suma. Naturalmente, lo de «territorio libre de América» no es sólo una gratuidad corruptora sino, además, una usurpación verbal o slogan propagandístico carente de realidad (referirse al resultado invertido de nuestros días).

Es así que el L.M. nos suelta a bocajarro en el segundo párrafo que «en nombre propio, y recogiendo el sentir de los pueblos de América, la Asamblea General Nacional del pueblo de Cuba:

«lro: condena.....»

...Y condena, en principio, «al imperialismo norteamericano atentatorio a la autodeterminación nacional, la soberanía y la dignidad de los pueblos hermanos del Continente».

Valiéndose del vocablo pueblo (gentes que él concentra en una plaza con el nombre del mártir-apóstol), usurpándoles «sus potestades» sin consultarles antes, con esa totalitaria invención de «sufragio directo, universal y público», hablando «en nombre propio» pero «recogiendo el sentir de los pueblos de nuestra América», y después condenándolos, es evidente que el M.L. aspira a ser el padre, el timonel de toda América Latina en esa D. de La H.

Esta Declaración está, naturalmente, repleta de condenas, rechazos, negaciones del imperialismo y más condenas, y también de algunos derechos humanos que no sobrepasan los de la Constitución vigente en el país que ataca o de cualquier Carta de Derechos Humanos... salvo ese derecho «a convertir sus fortalezas militares en escuelas a fin de –y paralelamente– «armar a sus obreros, a sus campesinos, a sus estudiantes y a sus intelectuales, al negro, al indio, a la mujer, al joven, al anciano (!!!), a todos los oprimidos y explotados, para que defiendan, por sí mismos, sus derechos y destinos»...

Esta Cuba acuartelada, escuelas incluidas, que se nos propone (a la que ha de sumarse un ejército con armamentos sofisticados para la mínima eficacia de tan descabellado proyecto) da a claras vistas el balance de la opresión, de la ruina, de la incomodidad de un país. Y de su exilio creciente. La soñada revolución, ya en los años sesenta, exhalando esa primera Declaración de condenas, nos aparece hoy medieval, anacrónica, guiada por un Timonel que no ha pasado de ser el Máximo Líder de un mínimo país subdesarrollado al que pretende subyugar –con ese estilo de voz altisonante de los caudillos– repitiendo en cada párrafo (2-3-4-5-7) de la tal Declaración que: «La Asamblea General Nacional del pueblo de Cuba condena, niega, ratifica, proclama...» Martilleo que continuará depurando en cada uno de sus discursos. Hasta sobrepasar la capacidad individual de escucharlos.

Además, ¿cómo creer aún en el monólogo del discurso político, esa decadencia comunicativa que ha perdido su género literario, su antiguo hábito de «solemne prestidigitación desde donde parecía soplar una pitonisa en trance portadora de men-

sajes?» Distorsionando la palabra, el discurso restringe el tiempo natural que exige la reflexión para convertirse en idea, en pensamiento. Sus temas, sus parsimonias razonadoras, calculadas, no preocupan la mente al acecho del hombre: su incredulidad exige conclusiones instantáneas. Tanto el derecho al trabajo defendido por Lamartine como la pena de muerte condenada por Hugo han perdido su perspectiva. Las multitudes se han vuelto escépticas, frustradas por regímenes detractores contra los que oponen su rebeldía, sin temor a campos concentracionarios, ni éxodos, ni exilios... Por encima de las imposiciones conceptuales que emanan de los gritos discursivos.

A esos gritos nos habituó el Máximo Líder para forjar una nueva realidad entre sus lindes limitadores. ¿Pero no es el grito el ahogo de su contrario? ¿La palpitante vida que promete no es la envoltura de la represión que impone? El que grita es un producto del que no grita y la terribilidad del grito pretende abolir el abandono psicológico que le es inherente. El silencio oprimido que le responde (secuela de indiferencia progresiva) es, aunque sobornado, un signo de libertad. Pero la actitud gritona es insensible a esa resistencia. Y mientras grita, el Líder vigila, aspira a, comunica, va componiendo un presente del cual el pueblo sólo recibe vagos y esporádicos privilegios que van despojándolo de sus premisas, de sus esperanzas, de las ventajas heredadas con tanta esclavitud y dolor, además de las prerrogativas vinculadas a aquel abandono, a aquella indiferencia que le son propios y que forman cuerpo con su libertad natural. Esa libertad interior extraña al grito.

De este modo el que grita y el provocador del grito sobreviven juntos, a las causas y consecuencias de la dictadura.

EL SUDOR resbala por el rostro de U. (recién llegada a París) con quien ella se pasea por las pequeñas calles detrás del Panthéon, vía Lapepède, hasta Les Arènes de Lutèce, circo y teatro de los primeros siglos. Supone que es mediodía por un vago sol bien alto del que se escapan dos, tres rayos fundiendo las nubes, chocando contra el lapislázuli. El anfiteatro aparece así transparentado por un tono ultramar con vetas de plata. Las melenas de los leones y toros alados incrustados en los muros son de color arena, están hechos de arena. Pero en este mediodía esas melenas, esas alas, desprenden lapizlázuli y ponen en relieve el león con cara de hombre (y por hombre con cara de águila) sobre los cuatro puntos cardinales.

U. se deja conducir dócilmente por Les Arènes. Quería ella sacudirla de su reciente pasado trasladándola a otro remoto en el cual conmemorar el templo de Bal, Bel Baal, Chilan Balam; llevarla a percibir desde él las antiguas llamas entre las que todos los cimientos eran piras humanas en el festín de Nerón, mientras una multitud imaginaria quemaba incienso subiendo por las escalinatas hacia extraños sacerdotes en éxtasis, con miradas cuyo axis flota sobre el eje magnético de la tierra...

En Les Arènes reina ese silencio abismal de túnica que cubre y devora. Como el de las aves en los campos de batalla al caer la tarde.

Los zapatos se llenan de polvo. Es como si el tiempo se adhiese a este polvo porque no existe. Los rayos de sol dan contra el granito de las murallas. En esta hora la sombra las divide en partes iguales y el mediodía adquiere equidad geométrica para mejor grabar sus cuerpos.

La vida se puede tocar.

Es algo real de pronto, aunque parezca guardar un fondo inmerso.

U. parece salir de entre los escombros del Anfiteatro igual que un erizo de mar. Como aquella mujer de Hiroshima, con su mismo estupor, con los ojos perdidos en el vacío, carente de perspectivas y símbolos.

De pronto el silencio de Les Arènes, que la densa acústica agudiza entre las gradas, parece remover en su cerebro muelles que permanecían engostados. Les Arènes la acorralan. Los bárbaros acechan. Está cercada por una rara expectativa. Los ecos repercuten amenazantes.

—¿Por qué me miras así, qué sucede, por qué esos hombres nos siguen? No me toques dime algo no hagas esos gestos suelta mi brazo dame la mano...¿qué hacemos aquí?... Mírame disimula que nos siguen no me mires así...

Es ella, inmóvil a su lado mirándola azorada, quien reafirma su identidad perdida, su persecución latente. Es ella, pues, la enviada por el Servicio de Seguridad para atraparla definitivamente aquí, ella quien ahora la sacude por los hombros y coge su cabeza entre las manos y le grita con rabia.

...—¿de qué te sientes culpable, de qué?...

y designándole el amplio espacio redondo que las cerca vocifera...

...¿no ves que no hay nadie aquí, no lo ves?...

mientras seca el rostro que gira sobre sí mismo para espiar la horda imaginada.

La asalta la trituradora.

Deberá enfrentarse a los diez mil acusadores que aúllan desde las gradas...

Pero no, no, no: ella la empuja dulcemente hacia fuera levantándole el cuello de la chaqueta protectora y rodeando con su brazo el cuerpo autómatas.



Atrás quedan Les Arènes de Lutèce, su teatro de sombras adornado de secretos: allí no ha cesado de reinar el más absoluto silencio.

Avanzando ahora entre esa multitud lúbrica, bajo un cielo amalgamado en grises que ya no las refleja, U. cree estar subiendo por escalones de mármol ensangrentado hacia un espectro de obsidiana que brilla en el espacio. Sí, avanza nadando en aquella sangre coagulada –con ese olor atroz de la sangre descomponiéndose– como una víctima de Enlil... Ella la siente a su lado frágil en medio de la ciudad revuelta de niebla, piedras, edificios, pedantería, hastío.

Quisiera enseñarle a manejar su vida como a los toros de la antigua Creta: firmemente por los cuernos. Y transmitirle que todo hombre está solo con su tragedia. Y que ha de observarse con objetividad y tener sentido de las limitaciones de sus actos, de sus compromisos frente a ese gran horror que es la verdad de cuanto vive y exige de él ser solitario y hasta superficial. Y convencerla de que todas esas cosas que nos componen (las palabras y sus efectos, los fantasmas que nos pueblan, la locura) han de cesar de ser disparates para formar una sola masa uniforme, íntima. Y que ha de tratar de fundir en un todo esa angustia triste y perezosa a fin de darle el rostro de lo imprevisto. Y de lo impenetrable... Pero sólo dice, entrecortadamente...

...–Andemos... andemos... andemos...

...–Me parece bien lo de tu novela... dice U. de pronto agarrándose a su brazo para atravesar la calle. Sintiendo la enorme fatiga de su cuerpo en el brazo, ella la invita a sentarse en un bar tranquilo de la Place de la Contrescarpe...

...–Háblame, cuéntame de cómo ha ido surgiendo...

Ella siente una súbita curiosidad, como el ánimo voluntario de dar otro giro a su paseo y hacerle olvidar el lúgubre incidente de Les Arènes. Y pidió dos copas de Bourgogne que rozaron con un lindo son a la altura de la frente, descendieron luego hasta los ojos y les hizo mirarse hondamente.

–Ah, la novela... la novela... Creo que presenta problemas que nos hemos planteado todos los que estamos fuera de Cuba: esa cámara de espejos que nos persigue a la caza de la mínima sensación, de la más pequeña anécdota que nos acompañe. Situación irreal. Filtros y más filtros que destilan esa inmensidad de detalles que van formando nuestro mundo aparte... Pero me pregunto si no son estos detalles los que han burilado la base maciza de ciertas novelas contemporáneas... Aunque al leerlas se pregunta uno: ¿es *Rayuela* una novela? ¿Es *Ulises* una novela? ¿Lo es *Finnegans Wake*? Son cosas más que sabidas para atenerse a razonamientos, pero desaparezo a veces en esa red de alucinaciones como si me tragase a mí misma...

Aunque contraído, el rostro de U. se reanimaba. La transpiración parecía despejarlo como un raro relieve en la luz parisina que ahora delineaba la pureza de sus rasgos.

–A ver si la acabas y se publica, dijo absorbida por el tema y complacida también de haber dado en el clavo, removiendo lo que a ella por igual concernía. No puede ser de otro modo, porque es nuestro equilibrio mental lo que está en juego. Cuanto vivimos y cuanto dejamos de vivir se está volviendo cada vez más inexplicable... ha dejado de ser concreto para volverse abstracto, incompatible con la vida que nos rodea... Sólo puede comunicarse desde la inerme fragua interior que nos consume y anonada...

¿Sus ojos se habían roto? Dilatados se escapaban a todos lados en estrías de gubia, de punzón, donde la luz parecía estancarse... No te detengas en el por qué de su incongruencia, que ésta por sí sola posee ya razones que la razón nos niega... en el sentido en que casi la hemos perdido... No fuera sino por aquello de que somos unos rescapés de l'Histoire... Acábala y punto final. Ya es hora, por otra parte, que una mujer novelista empiece a sonar en nuestros países. Nada más que hombres conocidos... Cualquiera diría que tienen la corona de Homero entre las piernas... concluyó con una carcajada espasmosa.

Ella miraba las manos de U. que golpeaban el aire, arpeggiaban en el vacío para explicarse extrayéndole gestos nuevos. Su voz era firme, de graves entonaciones, pero ajena ya a la quejumbrosa altisonancia del Anfiteatro. Como un líquido transparentísimo esa voz penetraba por los poros a limpiarla de tenebrosidades.

—Sí, sí, a ver a ver... Si publico al menos hay objetividad, hay diversión, la gente divagará, especulará con lo que uno hace, le buscará las cinco patas al gato.. Publicando, uno se sitúa en el centro matemático de las cosas, uno existe en el universo de lo visible. Como si se inflaran los límites alrededor y se creara un muñecón corpóreo que guarda un cuerpo parecido con nuestro rostro del espejo... ese horror que diariamente enfrentamos, esa fatalidad que soportamos con dulzura... Y balbuceó endureciendo los rasgos... no pude seguir uno viendo su libro que le espía desde la mesa a medianoche, soltando baba cuando uno duerme... ¡Imposible soportar ese cadáver más tiempo!

—Eso mismo: mientras él no sale a la calle eres un papelito, una momia tolerable que no se toma en serio, algo que tranquiliza...

—...Y al publicar, la momia se evapora...No piensas más... cortas las relaciones umbilicales con el libro... ¡Se acabó!

El rostro de U. se iba transformando gracias a una vaga, inocente ironía en la que ella reconoció su mordacidad de otros tiempos...

—Si quieres nombrarme tu agente, haría los nueve trabajos de Hércules en un día... y sin tomar agua, dijo levantando las dos copas para brindar a la vez que pedía con los ojos otras dos al camarero.

—Ja ja... He llegado a pensar que la única manera de encontrar editor es atreverse a salir desnuda por 5ta. Avenida...

—¿Por qué no?, dijo U. divertida, dándole unos golpecitos en la frente para despejarla de aquel dolor secreto mezcla de impaciencia y miedo de forzar su destino de escritor... ¿Hasta ese punto estás enloquecida?, le espetó indagando al sesgo en su mirada, extrávida por instantes.

¿Enloquecida ella? No lo cree. Luchando por tener una esperanza de sobrevivida, sí. Recuerda su conversación delirante con una argentina acabada de conocer, cuando iba hace poco en el tren que la llevaba al sur. «A mí ya no me importa nada», confesaba a su abuela al entrar en el vagón, frase que la hizo mirarla con asombro y sonreír pensando que era una bufona de Buenos Aires, una existencialista tardía, un ejemplar de esa juventud vibrante desplazada en la insolencia típica del que tiene un futuro que le aguarda. Su cara desmentía ese pesimismo, y se dijo para adentro «otra que padece de adolescencia». Horas más tarde ambas estaban sentadas entre los dos vagones fumando y contándose anécdotas, llenas de vida. Su nihilismo

era un truco para engañarse a sí misma y sus cuentos rememoraban los suyos de antaño. Idénticas aventuras en La Habana se volvieron presentes, y esa idea de presente nada brillante la llenó de confianza. De nuevo posibilidades, caminos, el mundo.

Miró derecho a los ojos de U. que le atisbaban interrogantes...

—Es que dan a veces premios a cada uno, que vamos... dan ganas de ir a asesinarlos a sangre fría. Aunque fuera únicamente por eso habría que publicar un libro. No se puede aceptar bromas en este sentido, pues como tú decías el equilibrio mental de uno está en juego y también su idea de la justicia, esa ciega usurpadora que cada vez se cubre con más trapos la cara. Pongo por ejemplo esa novelita malísima: *La pasión de Urbino*, llena de pretensiones como su autor y bien reveladora de su personalidad. Se ve en seguida que él no vivió la época decadente que describe pero que le hubiera encantado vivirla. Son palabras mal puestas de novelón, más que una novela o un trozo de literatura. Para quien busca indagar en el lenguaje son retorcimientos obvios, simplistas.

—¿Y de *El cimarrón* qué? Lydia Cabrera ha dicho que está lleno de faltas como documento folklórico (faltas de disciplina investigadora) y que sus incesantes referencias ni siquiera tienen valor etnológico... ¡no en balde a ti te aburría tanto!

—Me aburrió tanto como Retamar con su «qué gusto en verte, chico, qué alegría», o el adusto de Orúa de «la vieja azotea con berros corrosivos», o el viscoso Baragaño con aquello de «André Breton guarda la mitad de su rostro en una maleta junto al lanzallamas chino», o el genial socarrón de Lezama con su humorístico «tengo miedo que me asalte un íptero-óptero»...

—Sí, todos esos monstruos, sagrados en mayor o menor escala y tan inofensivos como los de Notre Dame, son parte ya de nuestro inconsciente, donde están disueltos por una baba primordial en la que se cuecen...

Para qué seguir ese desfile satánico de recuerdos. El lacerante silencio de Les Arènes de Lutèce, su cerco de estalagmitas-fantasmas del terror se iban, al menos, disolviendo al tanteo de esta otra vida imaginaria que ocupaba un pasado de armas menos dobles. La totalidad de ambos pasados asomaba a sus rostros tensos en una búsqueda de absoluto, de intuiciones penetrantes, de proyectos indefinidos que a través de las palabras iban tomando forma. Y una extraña dimensión.

En su memoria, bajo la luz con reflejos de agua de los recién alumbrados reverberos, la Isla, en sus otras arenas, yace pétrea, como un testigo oculto, aún a la sombra de los techos deformados que atenazan la Place de la Contrescarpe. Que se borre allá lejos vaciada por los éxodos, aherrojada por sus prisiones. En su lugar resurge Nínive, no ya cubierta por la tierra donde los animales van a pastar desesperados en la aridez del terreno, sino con mercados múltiples donde sus hombres pasean bajo parasoles de dibujos geométricos de extrañas floraciones.

Se sabe que su rey se cubre de mármoles y que duerme bajo una techumbre de obsidiana.

Y que pregunta a las estrellas por el futuro.

Y que se viste de púrpura en las grandes procesiones.

DE PRONTO es la vida otra vez, su naturaleza inclinada penetrando ese abismo de la amistad reencontrada reproduciendo voces, ecos, compilando causas y efectos extraídos del vacío por la escotilla. La amistad, ¡ah sí!, esa desmesura, esa espera ante el salto mortal y su concentración atómica de paso inverosímil. Esta súbita, benéfica influencia le provoca el deseo de publicar, de mezclarse al ruido del mundo, a tanta cara, a tanto cuerpo, a tanto irvenir, a ese torbellino de fluidos que recibe sin descanso y cuya amalgama se afirma en un todo nada coherente. La vecina, dolorosa, aguda presencia de U. es ahora algo abigarrado, compacto. Un tono de vibración girando en torno al cansancio total de la forma y el sentido. De pronto, ¡ah sí!, todo parece emanar de otro rostro de la comunicación, de otros semitonos de la escala, de otras claves.

Suspendida en tal espacio impalpable (que el cuerpo asimila como entrañas membranas e incorpora a su sistema), cuanto se formula en ella ahora es un paso demencial –imposible de aprehender por el pensamiento– y que una indescifrable transformación convertirá, más tarde, en esperanza.

EN UNO de aquellos discursos «sirena de navío», pronunciado a finales del 63 en la Asamblea General de Trabajadores del Minrex, el Ministro Raúl Roa, como un maestro de escuela primaria, como un canónigo ante sus fieles, inquiera:

- «¿Puede afirmarse que el burocratismo ha desaparecido?»
- Respuesta de los párvulos: «No».
- «¿Que la girovagancia ha desaparecido?»
- «No».
- «¿Que el peligro ambulatorio ha desaparecido?»

- No».
- «¿Que la murmuración ha desaparecido?»
- «No».
- «¿Que la impuntualidad ha desaparecido?»
- «No».
- «¿Que el despilfarro de material ha desaparecido?»
- «No».
- «¿Que se cumple efectivamente y a todos los niveles la jornada de trabajo?»
- «No».
- «¿Que nuestras misiones sean en su mayoría «el escudo diplomático de Cuba», como desea el compañero Presidente de la República?»
- «No».
- «¿Que los órganos y mecanismos del Ministerio funcionan cabalmente?»
- «No no no no».
- Etc. etc. etc....

Burocratismo, girovagancia, indisciplina, murmuración, impuntualidad, ausentismo, despilfarro, rutina... ¡¡¡Cómo no!!! Venticinco años más tarde, a comienzos del 86, el M. L. afirma en su discurso de apertura al Tercer Congreso del P.C.C. que «no habrá la menor tolerancia frente a la indolencia, la negligencia, la incompetencia, la irresponsabilidad»... insistiendo en la urgencia de «renovar los cuadros» y de «privilegiar la eficacia y la lucha» en todos los dominios, contra la rutina. Y vuelve a repetir todo aquello no ya apoyado en vara de maestro ni rifando penitencias, sino en amenazante inquisidor. El carcelero exige sus torturas.

Suenan y resuenan con idéntica vacuidad los gritos de tantos discursos en los que el anodino contenido reafirma su gratuidad. Sin embargo, golpeando con su látigo en la memoria ciudadana, las palabras «girovagancia, negligencia, indisciplina» quedarán en ella colgadas y fijas, generando el terror que la ignorancia conlleva, ignorancia de máximos líderes en su desaforado empeño de gobernar. ¡Y claro que gobiernan! La prueba está en que la ignorancia se extiende, penetra la tierra para emerger pronto de ella reproducida en pólipos deformes, cactus estériles y sogas para ahorcados: florilegio de la delación coleccionado por el incremento de la policía y de las prisiones, estímulo y meta de tanta vigilancia.

Disciplina, indisciplina: nudos gordianos del carro dictatorial. Pretende ignorar el dictador que desde que el mundo posee estructuras sociales cada uno impone su disciplina, aún sabiendo que ella es detonador de indisciplina, indolencia, murmuración, negligencia, girovagancia, burocratismo, rutina. ¿Por qué esa tenaz persistencia en «disciplinar» si no es por mantener su poder circular, egocéntrico? ¿No es ya por instinto el hombre autodisciplinado, y lo contrario si se le presiona? Sobre todo en medio de esa geografía tropical que incita a cada habitante a su indisciplina natural, punto de partida al acto imaginativo, a la creación de su forma de vida, exactamente lo opuesto al tan cacareado «socialismo a la cubana» improvisado por miopes intelectuales de ambos lados del Atlántico. En vez de tal sistema (malsano, confidente, soplón y carcelero), ¿por qué no sería el de hombres que recorren la tierra libremente?

El azar de esos vaivenes al que obliga la inestabilidad permanente del exilado, en uno de esos tantos inviernos en que el cielo más gris parece cubrir para siempre este país que me cobija —así como el recto o curvo camino que lleva siempre a

ninguna parte, aún ahondando en bien auto disciplinadas anarquías— creo hallar, sin excepción, hombres, más allá de todos los niveles, indisciplinados en sus hábitos.

En el país que me cobija, la rutina y el refinamiento heredados andan fundidos en sus contradicciones y forman un mismo todo. El miedo se muestra apenas o ha desaparecido definitivamente sin organización inquisidora, sin despliegue teatral de «masas», sin vigilancia enfermiza de «comités de defensa», sin las aberrantes consignas de un «partido único» exigiendo sin cesar rimbombantes manifestaciones aniversaristas de protestas fantasmas que lo afiancen, con esa propiedad titiritera de hombres polarizados en desfiles patrioterros de los que hay que evadirse en cuclillas para no ser visto y acusado de girovagancia, al día siguiente, en el centro de trabajo.

Al otro lado de la barrera, sobre las tarimas-pedestales, giran las arrogantes cabezas de los líderes máximos, de los caudillos disfrazados de benefactores de pueblos. Ocupan allá arriba el infinito de la plaza como dragones de papel (alguno se nombraba «el gran timonero»), dragones de papel que la ambición impide replegarse en acordeón, enarbolando como bandera de combate su deber de disciplinar en el único estrato posible: la patria. Como si desde la tribu al reino unido no hubiera tantas patrias como poderes.

Pero lo lamentable —y hasta increíble— es que la masa, tan hábilmente involucrada, parece no querer tomar conciencia de que su aglomeración favorece a los dragones; y que si ella no reniega individualmente el aplanamiento que ellos imponen, ¿en qué puede ser revolucionario ese aplanamiento que va moldeándola a un espacio cada vez más reducido? Y medio siglo es más que suficiente para amalgamar, extraviar y usurpar el origen de cada uno.

Al contrario, el relegado universo del exilio, la indiferencia metódica del exilio acucia la indisciplina. La inadaptación del exilado, su rebeldía a todo hábito es la única disciplina, su mejor deriva: indisciplina también la evolución paciente, conjugada con esos iresvenires imprevisibles que el tiempo le va desvelando en sus desconocidos; indisciplina que excluye la violencia que la ha generado, entupidora de los instintos naturales: indisciplina-amental de su creatividad, único acervo viable a este quehacer y raro vínculo del hombre con el aleatorio cordón umbilical que lo formó.

El exilado se levanta en la libertad de un país sin dictadura y se encamina al Rastro su paseo dominguero sin opresión de discursos conductores, simplemente porque es día festivo y hay que hacer hora para comer. También porque sueña que la destartada mesa de patas esculpidas, encerada por el chamarilero del puesto de allá abajo, seguirá en su carcoma para comprarla, o que va a dar con el disco de la sinfonía que Mozart no acabara, oculta, acaso, bajo aquel montón de cacharros multicolores, detrás de los maniqués atrabancados...

Y se adentra a estar libre en ese laberinto de multitud descentrada, obsesiva, salvaje, a su imagen y semejanza, aunque para abrirse paso la ley sea el codazo, el vituperio, el empujón o el robo del monedero por la rendija demasiado grande del bolsillo: indisciplinada multitud libre, sin metas, en la que el éxtasis, el sueño, la comunicación, la ambición del pequeño negocio, la necesidad imperiosa de respirar de otro modo y de confundirse con los objetos herrumbrosos escapan a cualquier disciplina impuesta y es capaz de suplir todos los regímenes del mundo.

De pronto, en una de esas esquinas estratégicas aparecen unos hombreritos reconocibles a la primera ojeada... Son mis cubanos madriñeos: «por aquí por aquí... ¿un Ducados?... también tenemos Corona... sesenta pesetas... ni una más»... Sus rostros contrastan con los pasantes que parecen bandoleros curtidos por raras intemperies, tiernos bandoleros del exilio inventándose UN PRESENTE cada día con el pícaro engaño del estraperlo. Las gentes ya se han familiarizado con sus muecas charlotescas, con la escrutadora viveza de esos vagabundos que fantasearan con una isla convertida en páramo burlando su vigilancia para venir a parar a este torpor liberador de la compraventa del cotidiano. Y se le nublan a uno los ojos viéndolos patalear junto al puesto-tenderete-trípode exponiendo la escasa mercancía: ese tabaco de los días domingos (puesto que los estancos cierran) que les aporta unas pesetitas de beneficio... «por aquí por favor, por aquí por aquí... ¿un Ducados? un poquito más caro que en el estanco... pero hay que defenderse, ¿tú sabes?... porque todavía estamos en una pensión... aquí todo el mundo tiene sus problemas pero nos quieren... De allá hubo que marcharse porque no soportábamos más al caballo... lo importante es haberse escapado, aunque ellos nos llamen drogados, vagos, lumpen... ¡Vaya lumpen!... tuve que dejar mi trabajo allá y aquí estoy como ves, reuniendo como puedo a ver si pongo un timbiriche, cualquier cosa, hasta que el caballo tienda la pata... Y caerá, pues la isla no perdona... Claro que se pasa frío en estas esquinas aunque no sea Leningrado, pero tampoco es Regla... Quién nos lo iba a decir cuando oíamos en la Sierra aquello de «radio rebelde... territorio libre de América», ¡que íbamos a vender cigarrillos en una esquina del Rastro!»...

Sí, ése era el pregón presentador de Violeta Casals y su comedia clandestina, épica, teatral de la Sierra proclamándola territorio libre, etapa en la que participó, confiado, este cubano del Rastro...

Mejor recordarte, Violeta, en tus fabulosas interpretaciones lorquianas, cuando Yerma clamaba con tu voz de vibrantísimos acentos graves:

«que se agiten los rayos del sol y canten las fuentes alrededor...»

Violeta Casals: un recuerdo vago ya, ajeno, inútil. Una imagen queda, asociadora de otras –pero muy anterior a la pretenciosa consigna– concentrada en un Centro de Arte donde ella y un grupo de artistas y críticos seleccionados enseñaban teatro de vanguardia y danza moderna, a lo Martha Graham, imagen liada a mis años de búsqueda de cuanto sonara a exotismo, snobismo, creacionismo, que pudiera calcarme un estilo propio de vida y obra: imagen encauzadora, imagen salvadora. Porque la extrañeza de crecer en un medio irrespirable se traducía en miedos y asombros de avispas en espiral, de tarántulas ciegas tanteando a la deriva, sin otra meta que la invención de un destino que parecía, como el tiempo, haberse detenido en aquel cotidiano terrorífico de una dictadura que condenaba a muerte cada esquina de La Habana.

Frente a tanto escombros, la ilusión de una amistad erizada de tangentes creadoras se ofrecía anacrónica, mágica, prometiéndome altruismo y perspectiva, ilusión condensada en una dualidad destructora y vital que anidaba el recomienzo de la vida post-adolescente, ansiosa de borrar la tenebrosidad infantil cuya disimulada neurosis buscaba encauzarse (entre ritos, sensaciones y esperanzas) a través de tales experimentaciones.

Fronterizas con ese medio, la homosexualidad cundía de un lado y la heterosexualidad del otro: escoger era un dilema... Entre cardos y flamboyanes ambas inclinaciones me atrapaban a un lado y al otro. Excitada e indecisa, yo avanzaba tambaleante de luces y sombras.

Inhibiciones y excesos se complementaban en la congoja de colmar una represión que la cárcel de mi padre había ya revelado, atrozante, los primeros años. Todo se mezclaba surrealmente en mi cabeza como una enredadera voluptuosa, fragmentándola. Me preguntaba si ese exceso de homosexualidad que reina soberana en nuestros países no es consecuencia directa de tanto régimen dictatorial. En todo caso, la vaga inclinación se consumaba en mí entre la entrega y la inhibición, como decir entre crimen y castigo, balanza de un narcisismo tentacular al acecho de cuanto él removía, que no era sino la necesidad imperiosa de reflejarme en alguien, de ser aceptada, de no borrar en la sombra dominante. El amor teatral descollaba, pues, sobre el horror político, al que desde niña estuve mezclada sin querer, cosa que nunca entendí, ni en el fondo perdoné a la sociedad: l'engagement de un padre que la guerra civil española condenó a una prisión indefinida y la familia al desamparo más inhumano que se pueda concebir.

Así, la trilogía Franco-Batista-Castro ha dominado mi vida como una siniestra tela de fondo que la amalgama de viajes, regresos, separaciones, huidas, ha ido destiñendo: desdoblamiento incesantes como juegos piadosos que el ser atrapado se inventa para continuar existiendo.

Y la poesía, en relieve sobre todo el resto, siempre, protectora.

La realidad del pobre vendedor ambulante, trotador ya permanente, revuelve todo aquel pasado. Ese hecho descarnado de su destino, simbólico de un millón de cubanos en éxodo, que dejan atrás la dictadura a cambio de una media libertad que los proteja, repugna mi ser a fondo. «¿Yo gusano, vago, drogadito?, preguntaba él mirándome a los ojos. Esos rudos adjetivos que él pronuncia con rabia... «¿yo todo eso?», me impulsan en sentido contrario al Rastro, en desbandada.

¿Cómo se puede hablar de revolución sobre la huella de diez mil ciudadanos que se refugian agolpados en una embajada para obtener un permiso, no ya de viajar sino de salir del país como sea, y que antes de ceder a la presión de esa caótica forma de gobernar que impide los más elementales derechos humanos (como expedir un pasaporte para entrar y salir voluntariamente) son capaces de convivir sobre sus propios excrementos... y esto, veinte años después del triunfo? ¿Y a nombre de qué utopía este Líder Máximo puede calificar de contrarrevolucionarios a los que huyen de sus presiones y prisiones?...

Por encima de estos tortuosos éxodos masivos, la mente de un exilado obedece a contradicciones inesperadas, incontroladas, que de pronto lo devuelven al lugar de que fue expelido. Cada paso real conlleva un retroceso en la memoria y un diálogo disperso entre dos inencontrables, entre dos transfigurados. El rostro del exilado asemeja a veces un prisma de cristal descompuesto, desencajado, cuyas caras absorben, para luego proyectarlo, el denso vacío de una interminable espera. Y resulta algo terrible indagar sobre el paradero de alguien, pues sabe uno que, hállese donde se halle, tampoco él tendrá un presente; sabe uno que el otro estará por igual acompañado de

voces dispersas a la búsqueda de una piedra angular que facilite su diálogo íntimo, que lo perpetúe sin inquirir el porqué de nada. Y de este modo se colma. En su sombra, la mente gira como el corazón, y se revuelve punzante con lanza y daga contra el dictador, el no transfigurado, el que nunca tuvo sitio entre los demás, el que se apropió de lo intensamente habitado (la isla) para ocuparlo con escombros, proyectos de ruinas y estériles consignas-máscaras flotando desde su fracaso.

Perduran en este envoltorio pegajoso del exilio vestigios de aquellos tiempos con escolta de espectros, espectros que por momentos se pierden en el movimiento de nubes que cambian sin cesar su estructura, devolviendo espacios imprevistos bajo este cielo que abarca todo en silencio.

Su transfiguración es la mía y es la tuya, cubanito del Rastro.

Como esas nubes daremos sombra, acaso, a cualquier vertiente de montaña.

Y descenderemos con ellas cuando el mar las atraiga.

Y juntos provocaremos sus furias.

Y vigilaremos que el último cóndor despedace las carroñas del cadáver del último dictador.

Y LO LANZAREMOS A SU INMENSA TUMBA

MIRA EL grabado delirante sobre Música Antigua, representada extrañamente por múltiples objetos. Observa sobre la mesa barroca esos curiosos objetos en miniatura que el tiempo ha olvidado como en los cuadros de Magritte y que únicamente la magia pudo inventar: esas plantitas –casi árboles o árboles minúsculos– creciendo de un plato... un apetitoso pastel... un melón ovoide en el centro reposándose no se sabe en qué punto



frágil de su esfera... una asombrosa salamandra... una surcada bandurria... un gigantesco limón... un cuerno y una flauta acoplados entre dos libros abiertos reproduciendo imágenes dantescas... una iguana azorada avanzando por el borde frontal de la mesa hacia los instrumentos musicales... y vecinas de las plantitas-árboles, diversas peras y uvas y manzanas realzadas por el relieve de un frutero alrededor del cual las nueces parecen multiplicarse... Pero dominando esta inédita perspectiva de la transparencia, a través de la cual todos los objetos pasan a un primer plano, aparece una corpulenta copa maciza.

Todo ahí al alcance de la mano, todo calcado ya en los ojos, en el occipucio del contemplador. Y más allá, un «lisberpaar» oculto entre grupos de bailarines danzando al son de un contrabajo...

¿Sería el otoño, como ahora, en aquel instante de vida?

Ella se arroba ante la minuciosidad preciosista del grabado, cuyo contenido la invita a dejar de lado esa voluntad castradora que la hace buscar un sentido a todo (crispada, destiladora voluntad transpirando al acecho). La serenísima delineación de esta atmósfera extraña debía llevarla a inclinarse, a trasladarse al centro del silencio oracular. Y entonces, si logra tocar la humedad del grabado, cuanto hay apenas existiendo sobre esa mesa repleta de símbolos, entonces llegue acaso a resurgir la voz interior, esa voz insular que la asfixia. Y después de mastigar y saborear todo, decirse que estaba delicioso.

¡Y que se ha trasladado a la eternidad!

En sentido contrario, el tocadiscos proyectaba una voz exterior, bien clara. Parecía rasgar las ondas y volverse arcoiris, tenue tiniebla dorada por un amarillo nápoles, más allá de las historias de muerte que se bifurcan en su cabeza. Tiembla de

tanta percusión su propio cuerpo, que disimula la enmarañada túnica casera. ¿Era un maniquí desarticulado o una esfinge rota en pedazos? ¿Por qué no una torre sin ventanas con origramas ondulándose en el viento?

«Si alguna vez me tropiezas sigue caminando... sigue caminando si me ves llorar...no hagas caso de mis lágrimas, sigue caminando»...

Los giros del disco cobraban forma en las palabras, dejaban de ser la canción para convertirse en un bloque de granito tallado del cual disponer naturalmente, como quería Pavese, y no como una meta a alcanzar.

«Es la tristeza que ha dejado tu partida, destilaba la voz en sus oídos que estallaban, no hagas caso si me ves pasar...»

La pasión... ¿hasta dónde llega, hasta dónde uno es pasión? ¡Ah, horror!...la poesía esa criatura, arrastrada por la ronda del disco, le desmenuzaba el cerebro, le estremecía el corazón. ¿Hasta cuándo dura la irrealidad de los miembros en este cerebro, y de la sien que late en su encierro?

Se contorsiona tratando de dibujar con el cuerpo no sabe qué forma abstracta a lo Martha Graham dando saltos y haciendo piruetas que definan el sonido agotándolo, imaginando ser un cadáver que la tierra ha blanqueado mientras danza enloquecida frente al espejo golpeada el estallido como de fuego de su melena. El espejo la asusta, porque a través de su reflejo el sol lanza rayos desde su estómago para consumirla en olas de calor. Al revés de lo que ella quisiera: es decir, iluminar con él los cuatro rincones de la buhardilla como si ellos fueran la montaña donde aspira a vivir más vecina del horizonte (alto pino desnudo) y atravesar la escala zoológica en forma de ave,

siempre remontando... y desgarrar las estrías del mar succionando sus espumas avaras, sus cristales de sal...

«...no hagas caso si me ves llorar...»

Como si todo cesara en torno a la voz, esta rompía desde adentro de su pecho, el temblor de la vida se mezclaba en aquel mismo peso de la pasión, y la intensidad del corazón husmeaba en su presa succulenta, desintegrándose en el espacio de aire de la danza como en una totalidad. Era el cuerpo volviéndose sol, iluminando hasta consumirse, explicando a las paredes inmóviles (como si la inmovilidad no fuera su razón de ser) el terror que le inspira su vida.

El brazo del tocadiscos se levantó de pronto y quedó ahí colgando, en forma de cuchillo, empelusado de cuánto ritmo, de cuánto polvo. Como una gran oreja de Bosco yacía el disco atravesado por ese cuchillo. Y en medio de los cuatro rincones, reproducida infinitamente por los dos espejos frente a frente, transpirando de la crepitante danza, flácida silueta perdida en el desierto de la moqueta gris antracita, ella parecía la imagen de la desolación: una pietá del cuatrocento, cuarteada, escamosa, de colores ya borrosos, irrecuperable.

Buscando sin parar la claridad, ¿no la había ella enceguecido convirtiéndola en la Sibila que habla en vez de para atrás para delante? Todo predecía, como «un presentimiento ya pesente», que esa claridad no debe definir porque entonces se mata el asombro... ¡Que la ataquen, pues, los definidores cuando sientan esa masita extraña de su escritura!

Le sobresaltan los pasos en la escalera y una voz altisonante, conocida, sacudiéndola.

—Venga, chica, ya está bien de llorar, le espetó E. echando un golpe de ojo alrededor, intégrate a la fecha memorable... Y le tiende una mano para levantarla.

—Sí, dice ella parándose de un salto y abrazándolo, hablaba con mis personajes, esos que caminan por dentro dando tumbo... Tú no los ves pero te asaltan invisibles cuando te quedas tranquilo... Te inundan el cuarto y no te dejan hacer nada.

—Hay que animarlos para que se manifiesten y aprender de ellos, dejarse engatusar hasta que te lleven de la mano y se conviertan en ti mismo... Entonces se ríen de ti y hay que decirles «merdre», como Jarry...

—...No soporto ya que sigan ahí dentro utilizando mi lengua y mi silencio, dijo ella acercando dos vasos hacia la mesita... El problema es que cuando finalmente los sacas fuera te quedas como muerto, con un cansancio en los músculos... como ahora...

—Sí, ya sé. Y para afrontarlos empinas un vasito que te cae mal porque andas a la deriva...

—Y para atraparlos habría que ir a Dodona y sentarse en las escaleras marmóreas a esperar que un gemido altisonante colme todo lo que por tanto barrer o tanto querer saber se ha ido quedando vacío, contestó ella embarazada, con una sonrisa condescendiente, sin mucha convicción, extenuada, levantando la copa junto a él, entregándose dócil a recibir el año con la brevedad de ese gesto, de cualquier gesto.

—Vamos, ya está bien de tanto serio... que demasiada razón engendra monstruos, como proclama el dicho... Tchi tchi tchi...

Le parece hermoso que su amigo esté ahí afirmándole tantas cosas. Su influencia aumenta a medida que pasa el tiempo.

po. Su voz pausada, ese interés alerta por ella son una señal de vida, algo tangente. Se diría un ángel prendido de materias ígneas deletreando su nombre al oído. Su miedo sigue intacto, un miedo frío, impenetrable, pero va perdiendo raíz al peso de esa voz que es la intensidad misma retándola, un ejercicio del cuero sensorial para reavivarla. En su presencia, hasta el *Nocturno póstumo* de Schubert la regocija profundamente, la calma.

Mira sus papeles allá lejos... mira de reojo el viejo piano disfrazado de libros. A pesar de la afinidad aparente, ella siente rechinar cadenas en esa laguna peligrosa por la que está nadando: ese miedo extremo, fuera de control, que le impide saber adónde dirigirse, que le hace asustarse de las cosas más leves dejándola sin fuerza para vencer las razones que ahondan en ella, amenazantes. En realidad se halla sin bases específicas, sin raigambre en ninguna parte. El algo así como tener sueño bajo la piel.

La visita del amigo podría servir como pieza de transición para romper el hielo que la esteriliza y prometerse a sí misma cosas más tremendas. Más poesía, por ejemplo, en esos instantes de enceguecimiento cotidiano y que este no la domine, sí, ese cotidiano lleno de tantas cosas que el amigo ignora... De una degradación a una regeneración, ¿no se anuncia ya otra etapa en la que «el engendro de monstruos» planea su propia destrucción?

—Es el tiempo lo que juega aquí una carta importante, dijo al fin resoplando... el tiempo... No se puede maltratar de esa manera. Hablar, hablar, decir yo sé tú sabes él sabe, yo conozco, ¿lo conoces?, yo hice, haré, me sucedió, sucederá... fui... seré: sí, todo ese remachar inútil, inerte, sin salida. Y ahora mismo ¿qué?... Ven, vamos, iré, siempre a los mismos lugares

pero sabiendo que hay un sitio único aunque se tarde años en recorrerlo: ese exterior tierra-cielo incambiable removiéndose al unísono y comunicándonos entre sí como las piezas del ajedrez pero renegando nuestra ignorancia. La energía consiste en reinventarse constantemente, junto a ese movimiento abstracto que es el mundo fuera de la especulación primera... Digamos, bah, que todo es a b s u r d o: palabrita mágica que el hombre ha buscado para explicarse sus incongruencias...

Ese rostro ahora estaba pálido y alterado por súbitas ondulaciones, como si el ensañado tanteo de ideas lo hubiera extraído surcos. E. dudaba entre dejarlos en su intemperie o rellenarlos de sustancias imprevistas.

—Y utilizarla, claro, es aún en ti otro modo de evadirte... La torpeza, los resabios son cosas adquiridas en nuestras relaciones adolescentes, inmaduras... juegos mal jugados pero juegos al fin. Lo importante es dar una dirección a todo eso, puesto que la poesía te está vigilando...

—Dar una dirección... ¿quieres decir publicar? Vaya pánico cada vez que se delinea a lo lejos esa posibilidad. ¿Qué pasaría?... A lo mejor no soy el poeta que creo ser.. ¿Qué me une a un Eliot, a un Wallace Stevens o a un Mallarmé? ¿Dónde coincido con ellos y dónde me separo?... No tengo respuesta.

—Lo que tú necesitas es tener cerca un poeta que te remueva, estar motivada sin cesar, escribir escribir escribir...

—Sí, estar motivada para escribir... Me siento como una cripta cerrada, arqueada...

—¿Y cuando te escapas por Europa y sus diferentes orígenes?

—Tú ya sabes, la ciudad sin un amigo es ciudad muerta... Muy bella Viena, es cierto... Roma, Berlín, Praga... París mismo... su belleza me hiere, me trastorna a veces, pero de manera

secreta: hay que llegar a entenderla, mezclarse a ella brutalmente... Aunque a veces creo que mi propósito real es ignorarla para no raptarle su misterio cavernario...

E. quisiera que su amiga diera diez pasos hacia sí misma, que se recuperase, que viera como primer deber su existencia. Una vez más tendría que decirle cuánto le conmovió siempre su palabra limpia, apasionada y que la obra que va haciendo es sólida, mítica, personal...y exigirle que se reconozca en la belleza que él intenta descubrirle este mismo instante en esa efigie fiel a ella misma, aún en sus más descompuestas posturas. Y osa tímidamente... no deberías olvidar que tú eres así... un cristal retorcido y claro... un exorcismo de ti misma... acercándole las copas que se golpearon en un brindis interrumpido por su estridente carcajada...

Shumann primero, Schubert después, Monteverdi, Villalobos se confundían en riquísimos arpegios, integrándolos a su armonía de cadencia eterna... como los náufragos al mar...

—Veo pocas perspectivas... En el exilio se hace todo muy difícil... No sé, estoy cansada...

—No es fácil, lo sé, añadió E. mirándola con fijeza a los ojos. Pero la dificultad es un mal común...

—Sí, sobrevivir, sobrevivir... El trabajo se convierte en una amenaza. La vida diaria es un azote. No llega uno a adquirir esa calma necesaria, ni a entender algo verdaderamente: los valores, las reglas de conducta de los demás, el egoísmo... Tampoco el amor acompaña. Nadie se entrega a fondo. Todo es tejemeje enrevesado y destructor... Queda la amistad, sí, esa otra atadura... Pero la gente ahora está lejos y, aunque quisiera sentirme cerca de ellos, no puedo... También decir la verdad a los demás se ha vuelto imposible: la opinión separa. Detrás de

cada movimiento espontáneo, sea para decir o para hacer, hay reservas, la venganza acecha... ¡No entiendo, no entiendo!... El mundo parece irreal, las ciudades irreales. Reconciliar todo esto resulta improbable... Hizo un gesto parecido a un silencio... En esos intríngulis me voy perdiendo...

—¿Pero el vuelo de un pájaro o la caída de la luz sobre la nieve qué... tus ires-venires...?

—Sí, ya sé... Hace poco estuve en Milán a visitar a G. Creo que esto fue bueno. Al menos pude andar por sus calles con asombro. En Italia la gente se comunica más libremente con el extranjero. En el resto de Europa no es igual, quitando España desde luego. Y aquí se vive en un mundo tan kafkiano que aún los momentos de soledad resultan contradictorios... Y aquí se vive en un mundo tan kafkiano que aún los momentos de soledad resultan contradictorios...

—No digo que la soledad no sea imprescindible, dijo E. mirándola con insolencia a los ojos, pero necesitamos ferozmente también de los demás para no sentirnos unos cadáveres en salmuera. Y si renegamos de ese principio la confusión va ganando terreno en el cerebro... a tal punto que hace poco entrando en Madrid al anoecer creía entrar en París, y luego, por la nueva carretera, entrar en Londres... Se nos han embrollado los itinerarios...

¿Esto te sorprende? En el exilio todo da vueltas. Estar estuve estoy... todo eso es equívoco. No hacemos otra cosa que dar vueltas, vueltas y más vueltas...

Se siente dementizada, por todos estos años, los suyos, los de los otros: qué más da, son los mismos... Abre los ojos mil milímetros y gesticula como si estuviera ante el mundo entero: «pero por qué, chico, por qué todo esto», marcando con una inflexión grave «por qué» y con otra aguda «chico». Cree darse

contra los muros, sentir en cada cual sus rejas particulares. No, nunca comprenderá.

—Pues a vivir como un salvaje, a morir con rabia, se ha dicho, enfatiza E. bajando el tono.

Ella recuerda ahora el río Dordogne en el sur de Francia, el pasado año, inmenso, irrompible, avanzando en su inmóvil perspectiva, al revés de su ser: flecha en suspenso, tintero derramado, alga flotante, endurecida miga, válvula sin escape, raíces arrasadas por el vendabal. Miraba su claridad danzante como un brazo tendido invitándola a que se abandone en él a sembrar sombra y cascada, a vaciarle su sangre acorralada, a huir en su voluptuosa divagación que ignora los bordes.

—El misterio es que en esta vida nuestra de demonios y poesía la luna nos protege... y por eso tenemos que luchar, inexorablemente, contra los que tienen cara de sol, espetó ella con una media sonrisa que animaba a un tenue giro de ironía desmintiendo el ceño fruncido.

Aunque es una especie de derrota lo que ahora intenta confesarle... Es el aplastamiento de las conmociones y sus lazos de cuero húmedo que aprietan y consumen... Es algo menos que un eco lo que él atrapa al vuelo...

—...Es que esperar se ha vuelto una palabra eterna... una palabra que se filtra por la espalda y destruye...

—Pero esa destrucción tiene que cobrar un sentido, empató él apresurado, ya te lo he dicho...

—¿Pero no entiendes que empieza uno a agotarse de empa-car y desempacar dejando continuamente cosas detrás? Lo que simulaba ser un tic de nomadismo se vuelve un terror persecutorio...

—Insisto, amiga, que debes dar un sentido a todo eso: recuperar sensaciones, claves, palabras, en fin...

Sí, piensa desesperadamente recuperar palabras, aunque todo se ha ennegrecido, dilapidado ya a través de la palabra.

—Las palabras, claro. Y más allá de ellas el comentario inherente. El hecho de ser generoso y hacer algo por ciertas personas ya es motivo para obtener, como un derecho, imágenes distorsionadas que te convierten, de la peor forma, en el centro de la conversación...

—Bah, es un problema de generación, dijo E. suspicaz, dejándole un puente tendido hacia una reflexión de serenidad.

—Ya está... la generación, siempre el mismo recurso... En la mía ninguno se escapa, todos son iguales de oportunistas, interesados, hábiles, fabuladores... Si su obra queda habrá que aclarar muchas cosas oscuras sobre las generaciones... Pero no sé si quiero hacerlo ya, añade concluyente.

Los discos caen unos sobre otros. Por ahora es Bethoven con *El arte del clavero*. Su armonía puntualizadora desciende lenta, vital entre ellos como una catarata, voraz, refrescante, orientadora.

—¿Qué interés despertaría en ti aparte de eso?... Aún tienes mucho que hacer como escritor y que aclarar como identidad...

—¿La identidad?...vaya una clave. A través de ella todo se ha ido desplomando: cada vez que te reclama es como si tuvieras polvo en la cabeza... Y qué náusea si miras las otras generaciones: la mediocridad de esos amparándose en el Tercer Mundo tomándose por genios y por el centro de la cultura, con toda la falta de modestia que eso implica en tanto que hombres politizados, vendidos, sin punto de referencia humano alguno,

incapaces de tener un mínimo de afectividad, enormeciendo sin cesar los hechos en el hueco de su cabeza...

Su voz enronquecía alterada por el escabroso tópico y sus ojos se agrandaban como tirados por el espesor arrugoso de la frente, como si el rostro se concentrara únicamente ahí.

—Sí, insiste reticente, también es necesario un poco de nobleza y de afecto en los cerebrales. Y el peso de los actos, como en la antigüedad... y en la poesía...

E. recuerda que sus reacciones se basan en elementos «de pronto» sujetos a cambios de circunstancias. Y propone, muy por lo bajo, templarla.

—Ya ya... que estás harta de todos ellos y sólo ves su lado negativo. Has de hacerte fuerte desde tu centro cualquiera que sea el medio. Ante el adversario, lo sabes de sobra, al diablo con las maneras. Que para eso tienes tus demonios y tus ángeles...

Ella le mira con cierta sorpresa, los ojos reverdecidos por esa transparencia que desprende la franqueza lisa, abierta, sin trabas.

—Me siento utilizada en tanto que parte de una generación que a pesar de su desgraciado exilio continúa creyendo en su regreso allá... como si el tiempo no hubiera pasado...

—Es cruel de tu parte pensar que te han utilizado y los demás son unos simples por creerlo... Yo veo que tú has caído en una cierta demencia, una quimera emocional que no se cifra en cosas reales, mientras los otros de tu generación traspasan cuanto viven, van a lo tangible... Tienes que verlos así...

—Lo sé...lo sé... Se les hace todo muy difícil desde la paranoia que los domina y ésta los ha vuelto cínicos. Porque son muchas cosas juntas, mucho desconcierto, mucho desorden. Y sin embargo éramos tan inocentes cuando ocurrió el gran cisma

que a poco creíamos que nos iba a beneficiar por ser jóvenes... Y vaya, cómo no: fue lo contrario. Conozco a gente de un talento enorme que se ha frustrado integrándose poco a poco a esos galimatías sociales y políticos, y ahí siguen atados, destruidos. Aparte de algún caso que ha podido publicar, los otros andan metidos a eremitas, yo en esta Babilonia y el resto en la isla cortando caña o lo que sea, traficando como pueden, vigilados y condenados al interior mismo de su vida privada por esa intrusión inadmisible que conoces. Todo estalló, voló en pedazos... nos fuimos al carajo...

—Yo por mi parte, replicó E. con aire distraído empuñando la copa y alzando la cabeza con aire cómico, sonrío sabiamente y me siento a ver el incendio de Roma, queriendo salpicar de bálsamo la herida bien abierta... Ahora él sabe que poco más puede anadir para lograrlo. El intenso dolor existencial ha de calmarse por sí solo ocupando otros volúmenes, consumiéndose en su propio exceso. Acertó a decir aún... Es difícil nadar contra la corriente...

—Sí, claro. Olvidas que a nosotros nos pusieron contra la corriente y ahí seguimos, aunque nos convirtamos en indescifrables momias egipcias. Lo de Cortázar es un ejemplo más de estas cositas, de estas reputaciones que hay que guardar, de la imagen que hay que conservar... Los iconoclastas tiemblan ante un ídolo de madera que se hace pasar por heresiarca... ¿No es esto contradictorio?

E. comprende a fondo, pero aunque comparte su opinión no quiere mezclarse demasiado a esa divagación generacional que va a intrincarla más en su laberinto. Es un terreno demasiado estriado por vaivenes ambiguos y de cada estría surge un tirador al blanco que acorrála. Observa sus ojos girando por los

rincones buscando una salida al atolladero. Su brazo se zanja entre las dos botellas...¿whisky o vino?.. pregunta qué más da y sirve al azar gota a gota. La porción de turno cae en los vasos como un coágulo de su sangre.

—La generación, la generación... habría que decir la degeneración... Ves a los de allá ocupando puestos, burocratizados de pies a cabeza y publicando libros halagadores con los que aspiran a una fama que los sitúe dentro de ese mundito de congresos blablablá en los que sus «yos» supremos se levantan como columnas de bases dudosas. Los poetas han dejado de serlo para orientar los cuatro puntos cardinales de una dictadura organizadísima, temerarios temibles frente al Poder criminal que los protege, y, hasta no hace mucho, apoyados por el «boom» latinoamericano... Ah el boom... ruido de viento del cañón, ronquido del órgano, zumbido de insectos, bombo... Ya sabes que en Cuba se llama así a los frutos secos; o «bojiganga»: compañía de farsantes que iba de pueblo en pueblo; o «bunga»: orquesta de muy pocos instrumentos»; o «bombe»: carruaje ligero de dos ruedas y dos asientos»... ¡boom boom boom!... estruendo de cañones y soldaditos de plomo... «batage mecanique»: demostraciones exageradas para engañar al público...» boa constrictor, el boom boga... Trade es booming...

E. sostiene su vaso en alto como para protegerla de aquel derrame inconsciente de resentimiento y recoge la gota a gota de la botella queriendo darle otra forma dentro del vaso. Si pudiera desviarla sin tanteos golpeando duro contra su tema preferido...

—Yo considero que ese grupo ha existido como cualquier otro anterior. No creo en los grupos porque como en las plantas angiospermas el embrión contendrá siempre dos cotiledones opuestos... Mira, lo que tú tienes es que extirpar de una vez esa

piedra de la locura que es Cuba, y la única arma válida para ello es tu vocación: utilízala, recanaliza el lenguaje en tu cerebro, libéralo...

Las copas se juntan en un brindis automático de estallido seco, desliz del pensamiento sondeado más allá de la muralla invisible que parecía distanciarlos momentáneamente. Ella se deja guiar, resbala por esa pendiente a reposarse del tam-tam de los tímpanos que amenaza tomar el rostro por asalto y aplastarlo.

—A veces quiero creer, sí, que hay un escape a través de la vocación, como tú dices, y que existen cosas que esa fuerza reprimida va conformando tales como madurez, contorno, comunicación. Pero ya sea por mí misma o por una circunstancia imprevista que los demás provocan, siempre me cojo la mano con la puerta. Como dice Nathalie Sarraute en una de las tantas páginas de ese libro continuo que constituye su obra «*petit à petit nous perdons courage: nos voix sonnent de plus en plus faux. Nos mots de plus en plus frères, légers, sont escamotés aussitôt; nous les entendons à peine. Enfin nous nous taisons! Il ne reste plus sur la place vide, se répandant partout; l'occupant tout entière; que son silence*»... Una sonrisa apretada (a lo Sarraute) iba naciendo del escorreo de estas palabras citadoras... ¡Habría que esperar a la vuelta de veinte años! Y ya para qué: estará uno medio terminado, medio muerto, se habrá quemado todo... Apura el fondo de la copa y mira a su amigo en los ojos... Pero dime, ¿no es un suicidio esta forma letal de no creer?

La voz había cambiado de entonación, como si matices vedados zigzaguearan desde su interior coloreándola. Articula-ba dando tumbos serenos hacia lo sustancial y más secreto que

la tiranizaba, tendida y asequible, abierta. E. aprovechó para filtrar el eco.

—Pero confiesa que siempre te queda la escritura. Ella es siempre la mejor salida, si no la única... Hay que echar palante ya que te ha tocado vivir esto de vérselas con la condición hombre-poeta. Es espantoso, y a la vez forma parte de la más real continuidad...

—Sí, ese despertar ciego paralizado uno por el miedo intrínseco de ver la nada subiendo como una marea... la náusea sartriana... la escritura... No creas que su vía está exenta de dificultades. Al contrario, cada solución esperanzadora al doblar de una página parece derivar en laberinto. Hago lo que puedo por despejar la perspectiva en este sentido, pero sin ansiedad, sin prisa, quiero decir sin ambición. A cada desbrozo descubro más lejanía, más incógnita, y acabo engavetando hojas hasta ver si ellas mismas revelan otro rumbo. Me empeño de repente en decir cosas objetivas, hechos que por un lado salen bien al pensarlos pero no al pasarlos al papel... Hace poco mandé un libro a un concurso latinoamericano y lo rechazaron «porque no era novela»...

—Describir el personaje que eres resulta complejo, dijo E. con aire aturdido...

—Si mi personaje te resulta complejo, ¿qué decir de los demás, si hay que darles forma y contenido?... Los personajes se me van de las manos, acaso porque persisto en reinventarlos más allá de lo que son realmente. Aunque se ha dicho que hay que sacarlos de un tirón y después acotejarlos... Cerró los ojos un instante buscando un más certero equilibrio a su frase... El problema es que me va más bien la elaboración de un misterio, la sintetización de las imágenes...

—Lo más ajeno al lenguaje coloquial... Y te encuentras, claro, que ya eso no es novela sino poesía, añadió E. convincente. Y te sientes atrapada, como si en vez de un momento creativo fuera un momento emocional...

Una carcajada llena de augurios se alzó desde las sombras de la habitación.

—Creo que voy a ponerme a vivir como los romanos... De pronto me interesan como una enfermedad los *Idos de Marzo*, el *Yo Claudio* y *Claudio el dios*, Suetonio, la poesía de Catulo... Seguiré luego con los *Anales de la Roma imperial*, de Tácito... Creo que en ellos hay márgenes parecidos al momento que vivimos...

—Haces bien... Puesto que la decadencia intelectual es ya algo generalizado en su misma ética, mejor continuar viviendo y pudriéndonos en la poesía... Aunque sea con el análisis exhaustivo del torero, que no resuelve nada...

SE NOTA que comienza otro año. Todo brinca y canta afuera con un júbilo aparatoso que le crispa los nervios. Por el postiguito ve pasar a la gente soltando globitos rojos por la boca, simulando sobrevivir en saltimbanquis al año que se va.

Ella se pone a dar vueltas en la pieza tocando los objetos, revelándolos. Él la mira como en un sueño, como algo que se le escapa. Su cuerpo es como un muñeco funcionando a base de resortes, mientras que su mente parece buscar acomodo en una nueva superficie. A pesar de los claxons en fiesta el silencio aquí dentro hace crujir los muros. Las tuberías van a estallar. El cielo, todo esa masa con milenios de antigüedad, sigue ahí, impasible. En su irvenir por la habitación ella recuerda lo



que leyó hace poco: «si la contaminación del aire continúa dos mil años más, el hombre no vivirá... la tierra va a agotarse... el mar se explotará para extraer aceites, petróleos...» Y piensa que uno debería morir cuando se producen tales cataclismos. ¿A qué nos reduciremos dentro de tantos años? ¿Lo que hacemos al escribir es un testamento, una memoria? ¿Y qué objeto tendrá la literatura en medio de esas evoluciones? ¿Por qué andar entonces con conflictos que no pueden ser verdaderos porque no son absolutos y no nos destruyen...?

Siente que el tiempo pasa y esta sensación la abruma apremiándola a no sabe qué. Es una gangrena galopante que le devora los miembros uno a uno impidiéndole planear, recuperar, pensar. Desde la primera educación su propia forma de supervivencia, ya fuera trabajo, recreo, política, estaciones, todo ello fue factor condicionador. Imposible escapar a su destino de mujer enclaustrada en una sociedad de hombres entrenados por muchos siglos, una sociedad de simios entrenados, de mamíferos entrenados, sociedades paternalistas, maternalistas...

Quizá la angustia sea Europa, ese entumecimiento en el que nos atrapa.

E. la sacude del monólogo con el sonido del licor cayendo en los vasos y murmurando esas verdades temidas con las que pretende dar a veces en el blanco. Recoge el vaso que ella le tiende y se sienta enfrente, a la expectativa.

—Hace años tú proclamabas vomitar vida pero te equivocabas: aún hoy la devoras... Tienes una necesidad ingente de devorarla...

Ella bajó los ojos como avergonzada por tal evidencia. Él hizo una pausa y continuó, entrecortado pero voraz, al grano.

—Tu niñez así lo marcó al dejarte irremediamente tirada en el vacío, con la prision de tu padre. De ahí ese deseo o necesidad de nunca estar satisfecha. Sólo cuando comprendas esto y dejes de buscar estímulos (que muy pocos saben dar) lograrás la serenidad, amiga.

Ella hizo un guiño de ojos para darse por aludida. La infancia: evocarla, tantearla, manosearla, eran inclinaciones tan naturales en su psiquis que cedió sin trabas a la invitación.

—En el proceso de aquella tragedia infantil comprendí que la comunicación entre los hombres es casi nula: muchos amigos le dieron la espalda, es más, le delataron. Sus palabras, sus símbolos, sus señas eran incomunicables... Fíjate que hasta André Breton fracasó en sus intentos mayores... Para enmendar aquel recuerdo antiguo yo he buscado en los demás una reciprocidad, que podamos escucharnos, que seamos verdaderamente generosos...

—Pero tal vez no has entendido que cada persona tiene una formación distinta por su niñez, y la correspondiente adolescencia imposible de evadir. Para que los seres se comprendan, sin equívocos, es imprescindible que hayan tenido esos dos elementos en común...

Se siente indefensa contra las fuerzas de dependencia que ella misma despliega, que la ponen al descubierto ante el otro... Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo no le hiera la sinceridad de alguien, su transparente firmeza. Se siente con la cabeza llena de agua, con las manos cortadas... y quisiera, gracias a él, deshacerse de esa abulia que la carcome toda. La niñez, la adolescencia... ¡qué memoria del horror le devuelven!... Recuerda sólo hechos aislados, incongruentes, y, fantas-

magóricos, sus consiguientes secuelas... Como, por ejemplo, el día que trajo un reverbero al comedor del colegio y poniéndolo sobre la mesa gritó en medio de la conmoción general: «aquí hay que cocinar con reverbero»... O también, en sordina, los anocheceres escuchando música con algún amigo sin pronunciar una palabra durante horas, por considerarlo inútil y ridículo. Y siempre, desgarrador, aquel puño pétreo en medio de su pecho frente a la pasión más exaltante o la relación más salvaje... o, en medio de un nihilismo creciente que sólo el sentido del humor compensaba, queriendo transmitir su devoción por Quasimodo, por Rilke, por St-John Perse, mientras soplabla una flauta distraídamente o miraba el cielo azul preñado de tenderas de ropas avanzando en la brisa de edificios grises, como perros comidos por la lepra... Hasta que poco a poco fue descubriendo lo que era: alguien que tenía un problema con la percepción del mundo que le rodeaba...

—Quisiera aprender lo que dices y llegar a madurar como carácter, como persona... aunque me pregunto si, realmente, alguien logra esto... La densa atmósfera de humo, de notas musicales, de embriaguez solidaria, los protegía, reanimadora... Aunque en definitiva me quedaré en poeta... no puedo ser otra cosa aunque trabaje en la «Compañía de Jesús», concluyó riendo con ganas por primera vez... Y esa hilaridad imprevista invitó al amigo a escoger derroteros menos escabrosos...

—Justo ahí nace tu independencia: un poeta no tiene que dar explicaciones...

—Por tanto, he ido constatando que el ser artista no lo define a uno intrínsecamente, exclamó con un dejo adolorido...

—O sea, ¿el ser poeta no tiene que ver con la circunstancia existencial... también él ha de someterse a las reglas del juego: conducta humana, ética, etc...?

—Es lo que pienso... Y es en esa sumisión donde todo ser humano falsea... Cada cual trata de asimilar el mundo en el entreverado de una ética conveniente...

—Si no hay excusa no hay arrepentimiento, acentuó él. La acción de vivir es irreversible...

—Sí, todo es muy razonable, pero los imprevistos abundan a lo largo de nuestra vida, y sobretodo en el exilio. Las convivencias que él impone, con su pluralidad de concesiones, el carácter siempre a prueba en el afrontamiento racista de los autóctonos, las inapetencias inherentes a tantos desquicios, altibajos, sus acorralamientos...

—Ya sé que París es una fiesta de disfraces, de bellísima arquitectura, de puentes fraternizadores, de nombres y alquimias infranqueables, pero no es necesario pasar hambre. El hambre es nociva a la madurez, crea resentimiento, juicios a priori...

—En fin, sobrevivir como si nada y escribir entre estas murallas de silencio por las que estamos rodeados... Llega uno a dudar de existir en virtud de la poesía o de lo que sea. La motivación en el fondo es sencilla... No es la propia obra sino su trabajo lo que está ligado a lo demás...

—¿Pero no es gracias a esa visión particularísima que tiene uno del mundo, de su caos, que se escribe?

—Claro... Y es por eso que resulta importante publicar, ver el trabajo impreso. Hay algo de final en él, puede uno seguir luego más libremente, más obligado también... toma uno conciencia de que el milagro creativo ha ocurrido, que los demás lo perciben... se constata su existencia que es como decir la existencia propia... ¡La vida toma un sentido!...

—Ya verás que poco a poco irás cayendo en los sistemas de publicación... Tu búsqueda y el lento trabajo del lenguaje que te desolla el cerebro lo garantizan...

Otra oleada de ruidos de claxons (mezclándose a la angustia que emergía del disco de Berg en turno) preconizaba no se sabe qué de un viraje en el diálogo cerrado y a puro pulso que los había ido metiendo en una espiral acelerada, donde la palabra parecía extraer de ellos la nada como una totalidad, y aplastarlos.

De pronto, ahora, todo les es ajeno. Permanecen ahí arremolinados en sus asientos respectivos, cada uno alertando al otro (a través de las tensísimas notas de Berg) de la soledad pavorosa que los une. Se diría dos cuerpos deshidratados, consumiéndose por dilatación.

—El lenguaje, el lenguaje... exclamó ella quedamente... ¿pero crees que estamos todavía con *Los frutos de oro*?... Se acabó, no se puede ya crear un lenguaje, no se pueden crear nuevos símbolos y señales, no se puede comunicar más de lo que se ha comunicado... no se puede más volcar el cerebro y los sentidos, explicar todo ceremoniosamente y con significados... Nos arrastran cada vez más las arenas, querido amigo, ya lo verás... y debajo de las arenas te encuentras lo mismo una botella de coca cola que un papiro de Amenhotep IV o de Tutmosis III, o una colilla de Newport... ¡Todo lo encierran las arenas! Además nosotros, increíbles criaturas, seguimos tratando de comunicarnos en pleno siglo XX con un lenguaje derruido, adulterado por el tiempo...

El tono había subido y la estrangulaba de nuevo.

—Pensemos que es el insularismo, espetó él desviándola, mordaz... la invasión de los idiomas... Según los filólogos, los lingüistas, los descendientes de la sabiduría de Nabrika...

—...Sí, haciéndonos señales como los boy Scouts y sin comprendernos... ¿Pero qué nos ocurre?...

—Bah... todo eso son percepciones, vacuidad, materialismo dialéctico...

—¡Créetelo!... Qué hacer de todo ese polvo acumulado, toda esa sabiduría, estas arenas que cambian de lugar, que revelan y sepultan...

—Bueno, oye... ¿qué está mal en eso?

—Pues mira: todos los faraones están sin nariz y los dioses con cabeza de balcón y carteritas de plástico, dijo ella con aire sarcástico.

—Escucha, reclamó E. sardónico, enfático... nos morimos a cada minuto, y eso es casi una gloria...

—Eso es una cantata bizantina, una obra maestra del barroco, una joyita culterana, dijo ella reavivándose mientras aceptaba el trago que él le servía y fijando con fuerza la mirada en la caída del disco.

—Claro... hay que reconocer también que es un privilegio raro estar en Europa...

—Sí, ya... ¿pero no sientes como si Europa hubiera equivocado el camino? Los europeos viven en el rol de hacer Historia, no viven para sí sino para hacer... Sus baños cíclicos en la violencia son algo espectacular y terrible, pero nada más... Yo no los entiendo del todo... Odian el capitalismo pero viven inmersos en los bienes de consumo... Son izquierdistas, hacen mayos 68 y reniegan de ser burgueses, pero están rodeados de esos mismos bienes... Son bohemios, artistas, pero les gusta comer como reyes, se compran abrigos de pieles, representan

la última moda... Yo en mayo me hubiera vestido de arlequín y hubiera salido a la calle con una planta en la cabeza... La Comedia dell'Arte era más específica...

–Uno es un producto, un ente dependiente, no un anarquista...

–Sí, porque no existe ese margen de libertad, de verdadera liberación micro-social.

–Así nos han educado y así insiste en propagarlo el marxismo...

–Sí, como no. Es una lástima que nuestra cultura y nuestro conocimiento antropológico no nos hayan cortado ya las amarras...

–Querida, el hombre nace esclavo para siempre... ni siquiera puede responder a su pequeño animal...

–Sí, todo anda condicionado de tal manera...

–Es que también estamos condicionados a no serlo...

–En fin, que aquí en Europa se vive en una parsimoniosa hipocresía, una enorme falta de conocimiento de sí mismo y un resentimiento de clase... lo demuestra su creciente imitación a Norteamérica y, por consiguiente, su profunda ignorancia de lo que les está ocurriendo...

El tema, los temas iban alargando las aristas y desviándolas de aquel sonambulismo doloroso que derrumbaba los esfuerzos de tantos años distendiéndolos en fuerzas mal repartidas, en crisis de impotencia que se revierten en esas pesadillas que la hacen temblar a ella, que le revelan todos sus esquemas ridículamente y ponen sus manuscritos a flotar por el aire como si no tuvieran peso de páginas. E. sentía filtrar en ella ese monólogo

y calcarle una exhausta voluntad de inutilidad que la ponía a merced de cualquier avatar. Frágil, frágil criatura de fuego...

–En definitiva tú quisieras dejar de ser cubana, dejar atrás todo todo todo...

La sinfonía póstuma de Mozart (apagado de inspiración, cayendo en el vacío hacia los años 1780), despegaba alas en todas direcciones esparciendo sus últimos instantes de vida. Los ojos de ella parecían retener nota a nota, como si cada una desanudara las espesísimas lianas de su jungla para descubrirle un paisaje de transparencias inéditas.

–Soy un testigo casi inerte, casi momificado por todos los sistemas operacionales del hombre... Quisiera salir de esta trampa de la monotonía en que he caído. Aunque a veces pienso que no es tal, que soy yo quien ha vivido afuera de la monotonía...

Los ojos de E. brillaban a media asta bajo al influjo de tanta densidad. Escrutaban en la concavidad de sus ojeras de clown extático perdido en una selva.

–¿Pero en qué crees entonces?...

–Díme tú, ¿en qué quieres que crea? Ya hemos oído demasiado las cancioncitas de «paz, libertad, amor entre los hombres» y todo va a parar siempre en lo opuesto... Cada vez que alguien se levanta para construir, destruye, para amar, odia, para unirnos, desata guerras... Esta dialéctica me tiene bien harta. Así que cuá cuá cuá...

–Resumiendo y resumiendo, como última esperanza te queda el libro, dijo E., lo que escribes... esa novela...

–Ah, la novela... durmiendo anda en el rastro del olvido, como dice la canción. Mira por los rincones y verás... Estoy con el estado creativo encima y es como estar pariendo sin poder...

—¿Por el momento dónde anda?

—Por el momento estoy dividiéndola en tres partes: el objeto, el sujeto y el macrocosmos, conciencias que reflejan la realidad pero no a lo «nouveau roman». Es un triángulo equilátero... y empezaré por la punta... El macrocosmos cerrará con una línea, de golpe, la figura geométrica.

—¿Y cuál es el sentido?

—¿El sentido? Pues mira, es problema de escribir y escribir, como tú dices. Investigar mientras no te trague la tumba... descrifrar y descifrar el universo y su espectáculo enloquecedor, su nada sin fin, desde estos ojos que los gusanos se comerán... Y mientras queda aún tiempo...

Horas y horas, siglos duraba este debate catalizador de secretos, de dudas, de vacíos, de plenitudes, de soledades que únicamente la fuerza de la amistad puede imprimir con su galaxia de oxígeno dejándolas impresas para siempre en el espacio. Transcurriendo en su azarosa plenitud, esta noche había separado dos años en un instante... instante que perdurará intensamente en ellos, a causa de ellos, entre ellos.

Nada los había preparado para renunciar a este fin de año ni aceptar el comienzo de otro. Los dos años seguían ahí burlando con su linde divisorio mientras las palabras reinventan el tiempo en su memoria.

La calle había desaparecido en el torbellino y también la algaraza en la sinfonía de claxons. La buhardilla, al contrario, cobraba volúmenes imprevistos y crecía, crecía en medio de tambaleantes columnas de humo cargado de llamas aún, de botellas hendidas de ecos, de discos desempolvados de sonoridad arrastrando aún, por los rincones, su invisible masa de arpegios.

Ella da unos pasos hacia el postigo, echa el aliento sobre los cristales sucios, pasa los dedos temblorosos a un lado y otro...

Increíble la intensidad persistente de esos prematuros rayos de sol.

La luz, el día recomienzan.

Ahora mismo la vegetación entera estará abriendo de par en par sus secretos laberintos.

Lejos de los hombres y su desvarío.

¡ROMA AH Roma!

Cuántas cosas reunidas para exaltar la creación: mil nomenclaturas del misterio al alcance de los sentidos, tanteándolos a cada paso por callejas empedradas de un azul-rosa pompeyano que realza el desviado relieve de sus ruinas de eterno pasado-presente, como en Alunsia, Zunzu, Alheff... Roma laberíntica y secreta, despampanante, clamorosa, clarividente... desamparada también su sólida rompiente de columnas preservando todos los mitos, todos los ritos... Roma, una topografía sin puntos cardinales que la ciñan... Roma, balcón abierto al infinito... Roma de claves legibles en cada frente. Su incesante meta emana de los encuentros: dar y recibir, sembrar y recoger, contemplarse en ellos, más allá de uno, y sumergirse más tarde en la savia que desprendieron.

Sin ser una ciudad extensa, Roma es intrincada. Su Tíber quebrado en zonas separa en una orilla la ciudad milenaria, que conforma las arterias de la ciudad, y en otra orilla la Roma

secular del imperio vaticano, domina el río entre Santángelo y el barrio trasteberino, «passoliniano».

¿Quién presenta a quién? ¡Misterio! Desde la llegada a Roma una mágica madeja de circuitos se enlaza alrededor de uno... Del aeropuerto al albergo, del albergo a la trattoria, de la trattoria a la Apia Antica alguien aparece, desaparece y reaparece con alguien que es un conocido, hasta que, atrapado por esa danza invisible, surge naturalmente el «ciao», como en sordina ante cualquier sombra que sonrío. Y sin saber cómo ni desde cuando, las afinidades te asaltan y realzan creando una amistad que se improvisa latente, intensa, selectiva, esencial.

Dando vueltas en ese laberinto romano conocí a Giorgio Pirandello, (sí, el nieto de Luigi, el reinventor de la verdad)... De su serena amistad, de su extrema discreción (nunca indagó de mi real posición ideológica, que tampoco limitó al cargo que ocupaba en la embajada), de su compromiso humilde e intenso con el arte que, no en balde, abarcaba el creador indomable que le precedía, nació entre los dos una relación sin límites que estrecharon las reuniones en su casa de las afueras de Roma, animadas por las «colazzioni» fabulosas de Adriana, arrosadas del mejor verdichio, sublimadas todas por las rigurosas audiciones del último registro serial de Giorgio –pasaba de Maderna a Berio, de éste a Nono, a Gelmetti...– que él combinaba con seleccionadísimos registros clásicos, que se revalorizaban mutuamente. De estas sesiones cumbres salía más que enriquecido, buscando a tientas un tono afín a aquella orquestación creativa que ponía en relieve las áridas perspectivas de mi ser empobrecido por un pseudo trabajo revolucionario.

¿Quién ha olvidado su «guida per ascoltare musica», transmisiones histórico-analíticas de cada conjunto de cámara conservadas en matriz de discos y revisadas por el maestro? La densa sombra del genial abuelo Luigi se había desviado en su propia búsqueda electrónica y sus técnicas diversas. Mi interés por ellas le llevó a presentarme a Luigi Nono y hacerme invitar al Festival de Música Contemporánea de Venezia en el que se me revelaron, en carne y hueso, Berio, Maderna, Scherchen, además del flautista Gazzeloni y su figura alada estriando en la penumbra de La Fenice cada nota, cada frase, cada gesto que Maderna o Berio frenaban de un trazo estilizado. El poeta que me acompaña intentaba su más aguda concentración frente a tanta novedad, completada por la enorme maquinaria del Teatro del Espacio (cuyas danzas y mimos aludían a los excesos de un país totalitario que, contra un vago empeño de repudio, yo empezaba a reconocer como una parodia del mío propio), todo enfatizado por las trágicas entonaciones de un increíble contralto extrayendo aún secretos al texto de Hyperion por la vía de escape del ingrátido Gazzeloni. A sus pies, el Conjunto Instrumental de Kammer-Ensemble de Dermstand navegaba, góndola desbocada.

Era la primavera de 1964.

EN NATURAL proyección evolutiva, mi paciente batalla contra la apatía revolucionaria continuaba su curso. Seguía preguntándome cómo conjugar una vocación creadora al margen de la imposición burocrática, orientada a implantar la hegemonía popular a través de un lenguaje inflado, banal, dominado por el cacareado slogan patria o muerte.

Patria o muerte: sístole y diástole de tantas fantasías de pomposa emulación que premiarán miles de botones dorados: gallardetes, certificados, diplomas, banderitas multicolores que empedestalan a aberrados jefecillos. ¿Y cómo hacer entender a tan insulsos elegidos y sus mutiladores organismos que la sensibilidad auditiva se anquilosa con himnos patrioterros y, en cambio, se aguja descifrando a Hölderlin con la batuta de Maderna, conjurador de raros sonidos y sombrías palabras... precisamente porque, al contrario de los himnos, aquéllos excluyen la anécdota y se bastan a sí mismos en su fonética, en el mensaje visionario, en su discontinuidad?

El instinto me ordenaba, contra viento y marea, persistir en esa vía de rícherca tentadora. Y a fin de redondear un proyecto sugerido por Giorgio Pirandello que yo propondría febrilmente a Cuba, me acerqué a Firenze a presenciar una audición algorítmica en el Estudio Fonológico que dirigía el violoncelista compositor Pietro Grossi, a fin de tantear de cerca el rigor de los procedimientos que regulaban las estructuras y controlaban los medios electrónicos. La audición comprendía cinco estructuras nominadas: R B I, G II, 7, 5 3, 5RI, 01) P5, R L 1 0 1, realizadas en equipo. La orientación de Grossi hacia los medios electrónicos (que le proporcionaban de manera ilimitada –y no temporalmente– nuevos instrumentos) se me revelaba necesaria para desarrollar las posiciones estéticas tradicionales. Su experimentación me llevó a la convicción de que existe un condicionamiento histórico que impone (como en el pasado) un nuevo valor semántico a la expresión obra de arte.

Y me puse a soñar, con el entusiasmo de Pirandello y Gelmetti, con su cooperación, en la creación revolucionaria de un Instituto Superior de Música Contemporánea cubana que

impulsaría la formación del «hombre nuevo» ambicionado por Ché y que el Líder Máximo había reducido al

un dos

tres cuatro

un dos un dos

de la tristísima marcha de las brigadas que día y noche invadían –imberbes autómatas– la isla entera.

Este utópico plan señalaba su carácter de urgencia sobre la base de que «en relación con el capitalismo hay sectores donde la situación es confusa o, peor aún, donde el socialismo está en desventaja... (como era el caso de algunas zonas que conciernen «la producción cultural») desde la ideología a la crítica y al arte, cuyas concepciones derivan de una visión de retaguardia... porque en esencia no se ha comprendido que los artistas, como los ideólogos y científicos, tienen la necesidad, el derecho y el deber de ser revolucionarios en su labor, vivir a plenitud su vida compleja, sus contradicciones, a fin de crear algo nuevo... independientemente de que los miembros del Comité Central lleguen o no a comprenderlo, independientemente, incluso, de que no lo comprenda el último campesino del país... En su vanguardia revolucionaria tan proclamada, Cuba podría así imponer otras vías liberadoras, ya que los países socialistas sólo habían desarrollado hasta ahora una actividad decadente y tímida produciendo un arte enfermo, privado de garra, exento de actualidad, de interés real y, además, de un nivel de creación inadecuado para nivelarse a la actividad moderna... etc, etc, etc...»

Pero este concienzudo proyecto de Giorgio P. (que anunciaba ya la futura deserción en masa de los intelectuales italianos), sus hipotéticos cursos de análisis técnico-compositivos, histórico-críticos, interpretativos de música electromagnética, estocástica, de serietá integrale en su extensión de elementos científicos fue a parar, como podrá imaginarse, a la papelera, así como mis mensajes transmitidos a directores responsables, ministros y jefes correspondientes para facilitar la comprensión del mismo, la enorme perspectiva que abriría al país tal Instituto y los festivales que le serían inherentes como un desafío al mundo occidental. Mundo occidental –insistía yo en aquellos años sesenta y tantos– al que habría que acercarse por el único acceso al que ese mundo es sensible: el de la cultura entendida como novedad artística...

Naturalmente no hubo respuesta. Y aquel sueño quedó encastrado con otro rictus en la velada sonrisa de Pirandello, también en mi cabeza desvelada de poeta; y en la sordomudez oscura oscura oscura de las gavetas burocráticas.

Roma fue también el zig zag castrador de noticias caídas de no sé dónde en los oídos a contagotas para filtrarse adentro y amazacotar el ser con un terror desafiante. Ejemplo: «Calvert Cassey se ha suicidado... pero se ignora si se envenenó o se pegó un tiro»...

Tenía mucho talento nuestro Calvert... pero era irrecuperable, se comentó.

¿Lo recuperarían, ahora, con la muerte?...

¿Que se suicidó Calvert Cassey? Leía y releía la noticia en el periódico de la tarde como si fuera la noticia de mi muerte. Esta muerte no era el primer crimen disimulado, sino otro

crimen real sumándose a la misteriosa desaparición de Ricardo Vigón (con su sonrisa de porcelana) que abandonara París para caer de sopetón en la isla: prematuro regreso con el que aspiraba, inocentemente, a integrarse al nuevo destino... Desapariciones precoces éstas, solapadas manipulaciones terroristas –inherentes a ese nuevo destino–... las mismas que justificarían, más tarde, el pertinaz allanamiento, la lenta demolición psicológica, la muerte, en fin, no menos enigmática de Virgilio Piñera, no menos tenebrosa de Lezama Lima.

¿Que Calvert Cassey se suicidó? Nadie se enteró en Cuba, es claro. Acaso algún funcionario intelectual amigo que huye, culpabilizado, de la noticia... el que primero escondió sus escritos y los trocó luego por una señal protectora del Servicio de Seguridad del Estado.

¿Dónde mataron a Calvert Cassey? Lo mataron donde él se retiró a ocultar su sodomía, a esculpirla, como siempre había hecho en sus cuentos, escurriéndola ahora en el laberinto de ruinas de la Roma Antica, consciente de que era insulsa aquella miseria de nuestro propio suelo, insulsa también la rebeldía que ella engendraba, insulsas las soluciones que ya en lejanos tiempos reclamaban una revolución –sísmo que, como todo en nuestro continente, sería utópico... sostenida sinrazón que le hizo escoger ese traspaso universal que el exilio exige para romper el círculo vicioso: escapar sin retorno, es decir, renegar de sí mismo. Y, en los sueños que este forcejeo pulula, dilucidar y descartar las múltiples relaciones del Poder aparente con un Poder más ignoto aún capaz de tramar y consumir, a distancia, su muerte.

Sí, amigo la interrelación de poderes acelera secretamente las muertes. Y ni el vocabulario que tú inventabas detiene sus siniestros encargos aunque te ocultaras entre columnas salo-



mónicas, torres albarranas o cúpulas, todo ese maravillado desconocido de una ciudad que te protegía con sus volúmenes continuos y Discontinuos, métricos y asimétricos, disimulando la arritmia de tus cautelosos pasos que acarreaban delirios que son compases que carecen de Orden.

¿Y cómo no temblar yo, escritor como él, entre las dudas que avivaron su desaparición? ¿Por qué él y no yo el escogido si, como él, soñaba por igual en aquella ciudad bajo las mismas cúpulas protectoras, apoyada en las mismas columnas que, reanimándolas en su proximidad, alargaban nuestras sombras? Caminando a la deriva, mi automatismo combinaba la castración y el desahucio. La estratagema de un elucubrado suicidio culebreaba a mi zaga...

¿Pero cómo destejer la malla de estos crímenes para denunciar al criminal? Imposible, puesto que la ley del Poder es la denuncia. Provocación, hecho, denuncia, tribunal, ejecución. Ejecución enmascarada de tribunal. O sin correlación: denuncia, ley, hecho, provocación: igual da.

Desde cuándo había que desanudar el enigma, desenmascarar el culpable, acabar con la desaforada arrogancia del criminal, acorralarlo, estrangular su absurda jerarquía, revelar el raquitismo de su cerebro, su anquilosamiento y, por eso mismo, condenarle a muerte. Desde cuándo había que dismantelar el enorme aparato represivo que sostienen sofisticados armamentos y caducas ideas—bien pulidas por el uso— oscilando siempre entre lo justo y lo injusto, los derechos y los no derechos, la patria y la no patria, la producción y la no producción: toda esa pseudo confraternidad de consignas resguardada por medallas, himnos, desfiles, conmemoraciones, mártires. Sometida al contoneo de estas frágiles rampas, la Ley se impone. Ley justificadora de provocación-delación-represión: polos— pilares

básicos del Poder, sostén y carga, enormes, pesados bloques donde él subsiste apoltronado, torniquete reductor de la imaginación, demoliendo ese compás de espesores detector de la relación — y la creación— entre los hombres.

El artista considera el arte como su única identidad, contrario al Poder y sus maniobras especulativas sobre el futuro, como si él suplantara el presente. Oficializándolo, es decir inventándole un producto manipulable del que él se sirve para ofrecer masivamente cultura, el Poder provoca, delata y reprime al creador. ¡Y en esta ratonera han caído tantos!

Para el artista sólo existe un presente que, instante a instante, reforma su conciencia, impidiéndole estar sujeto a comportamientos limitados. Su flexividad, su vaivén constante justifican, pues, la continuidad de la obra, ya que ella se nutre de lo irreprochable, de la fuerza del pensamiento que transforma en materia rara de signos su sed, sus vehemencias, sus obstáculos, sus esfinges, sus atavismos, ampliando los espacios solitarios de la vida fuera de sistemas estáticos...

MI INTERPRETACIÓN es errada. No he seguido una filosofía coherente sino que he admitido sofismas, peligrosos y traicioneros sofismas. ¡Qué horror!, no hay nada más terrible que un sofisma... Trastorna los mejores sistemas, pone en ridículo a Sócrates y hasta a Plotino, que negaba la superstición... aunque admitiera la astrología...

Ahí estamos, te preguntarán... ¿y a mí qué me importa todo eso? Indaga, indaga... Es un estado de cosas lo que te comunico...

Porque no es todo un higo, entérate, no es todo un higo... Aunque él esté ahí triunfante y, si afinas un poco el oído, dirías que hasta recita. Se atreve a existir esa criatura, a abrirse en dos enseñando su barriguita autopsiada. Vaya, un higo, dices tú, es fácil de despreciar. Pero derrama su baba de Pavlov, te entinta, se instala, te muestra sus granos y esa masita híbrida y aceitosa. De ese modo él nos transmite su sabiduría del desierto en una cierta sonrisa y suprime sus ojos en una muestra de olvido o falsa modestia, quién sabe. Muchos hemos sido trastornados por la existencia de este higo de apariencia inocente. ¿Cómo verificar sus fuentes? ¿A qué libros de consulta acudir para constatar sus tesis? Porque un higo ha de probar racionalmente su necesidad de existir para que se le permita tamaña superficialidad. ¡Un momento! que ya empieza a expresarse esta criatura, ya se justifica —¡gran discurso!— ya cumple su función social (oímos y aplaudimos). Una oportuna pausa en el atropello de sus vocablos nos aclaran el laberinto. Nuestro higo esta justificado por la dialéctica de la Historia, por los procesos socio-económicos que sirven de infra-estructura a la maquinaria sofista del Humanismo. Por momentos, la ceremoniosa fruta interrumpe su vocerío con un denso suspiro de cortesía que viaja —de izquierda a derecha— apoyado en la barba para extinguirse luego, al acoso de otro remolino demagógico, en el inmenso espacio soleado a fin de recordarnos, de este modo alegórico, que es un producto del romanticismo revolucionario. Acogemos este gesto de instructivo abandono con una sonrisa de complicidad militante. Sobre su pedestal, el higo parece refrescar su epidermis frutal mientras un cielo nacarado cada vez más negro, de un negro que desafía los símbolos, se estremece, sale despedido de los techos de las casas, coge los primeros puestos en el vacío de la plaza...

Ahora el higo canta un remedo de Wagner en el himno (¡así nos descubre que es wagneriano!) y quitando y poniendo calderones improvisa un Picasso musical muy del gusto de la época...

Al final, descubrimos con horror que los higos no necesitan votos... y que se esmeran en ignorar la ortografía... Sólo les interesa oficiar el sacrificio nocturno de la razón (ese triángulo tenebroso como un murciélago suspendido en la noche) clamando sangre y locura.

Detrás de esta higomanía significadora, dentro de la barriguita autopsiada del indefenso símbolo, incólume, ajusticiador, el monólogo y su vorágine vomitándonos entrecortados enigmas, protestas incongruentes, letargos, deserciones, cuerda tensa del lenguaje que maniobra a diario entre los actos de cada individuo emitiendo, en clave cavernaria, indescifrables mensajes de la opresión. Desde estos mensajes del espanto, el monólogo —no menos indescifrable— argumenta posibles análisis que equilibran hilos conductores de otros campos magnéticos, introvertidos, atérmanos, por los que el cerebro angostado oscila como una aguja imantada: oteando el punto opuesto de la conciencia que engendra vida.

Contradictoria soledad. Rara vicisitud. Los unos ahogados al interior de la isla, los otros ahogados al exterior. De ambos lados el vacío amenazante coartando la disposición natural de un hombre a la adaptación. Allá y acá, todos condenados por el mismo sistema represivo. Y cubierta por sutiles velos la armazón de su Imperio atrofiando los sentidos, adosándolos a la muerte...

Es el caso de A., de U., de B. Incesantes peripecias –dignas de un folletín de suspenso– amenazan su cotidiano desde el momento en que cualquier sospecha sobre su vida íntima, sus ideas, su escritura, sus relaciones, los convierte en blanco de acosadoras vigilancias. Especialmente si osan dar curso burocrático a su decisión de abandonar el país.

Arranquemos unas hojas al diario de U. disimulado debajo de los ladrillos apilados de su pequeño patio... páginas que, solapadamente, se colaron en las maletas de uno que otro turista insobornable.

«Me extraña no haber recibido otra carta desde la llamada telefónica interrumpida por voces de fondo entrecadas. Necesitaba saber si N. me había escrito o si es que alguien está interceptando el correo, comprobación inquietante que significaría que mi situación está a punto de hacer crisis pública... Cosa que habría que saber para intentar defenderse...

Espero el golpe de un momento a otro y me siento aniquilada, pues lucho entre una cantidad de graves exigencias objetivas –indicadoras de que estoy siendo investigada, bloqueada, cercada– y un rechazo emocional a dejarme caer en un delirio paranoico de persecución. Hasta ahora ser confiado en estos asuntos sólo me ha causado problemas, fundamentalmente por no tomar las precauciones que cada habitante de esta isla debe tener en cuenta para no caer en abominables trampas. Me siento incapacitada de contarte con exactitud qué es lo que está sucediendo en los últimos tres meses, en medio de una gran confusión mental que cede a ratos, pero en la que no sé ni lo que me perjudicará ni lo que va a beneficiarme. Sin entender nada de nada me cruzo a veces de brazos a aguardar mi propia destrucción. Y miro de cara al suicidio.

Te doy ejemplos:

el lunes un viejo amigo me pasa por delante sin saludarme por miedo a comprometerse...

el martes alguien se acerca a decirme que un tal LL. no me incluiría en su antología desde un estricto punto literario...

el miércoles al anochecer dos personas tocaron a la puerta para decir luego que se habían confundido de piso...

el jueves otra cosa...

y el viernes también...

¡Toda la semana!

Siento rodearme de una atmósfera cargada... Por todas partes la gente me sale al paso preguntándome cosas. La siento agruparse alrededor como en un circo romano esperando que la víctima se desangre al centro.

En La Habana de hoy lo importante es el cargo que uno ocupe o las veces que *El Gramma* o *El Caimán* te mencionen. Lo demás es sencillamente lamentable, una palabrita de moda. Hay un acoso, una presión psicológica intolerables. Aparte de lo más grave, es decir las cartas perdidas, los teléfonos interceptados, los meses y meses que hay que esperar la salida del país, los horribles trabajos forzados que ella exige para muchos: todo ese horror que le impide a uno pensar, respirar.

Y lo peor es que esta lenta destrucción del hombre provocada por tales presiones no puede ser fotografiada ni grabada, pero sí hay miles de evidencias circunstanciales que cualquiera de los que están entrenados en los sutiles mecanismos que exige el sobrevivir aquí es capaz de detectar y saber que esto y esto otro sí le está ocurriendo, que aunque sea transparente como el humo de su cigarrillo, tan inapresable, tan imposible de transmitir en palabras, sí existe esa presión, sí siente uno que hay un aparato de seguridad trabajando subterráneamente en

torno de su casa, de sus cartas, de su teléfono, sí se nota la desconfianza en todo el mundo. La experiencia de varios años viviendo en esta presión le agudiza a uno los sentidos. Estoy segura de que en otro país no podría percibir ni la mitad de lo que percibo aquí...

Sin embargo los extranjeros que llegan no ven nada; no hay forma de explicarles que aquí se vive sujeto a una forma monstruosa y deformada de la presión social, presión que en este tipo de sociedad se supone que sea la barrera moral, preventiva por excelencia, que evita la represión. Porque no es una presión sana, como teóricamente se propaga, motivada por una ideología o un modo de vida. Se trata de una presión ejercida como mecanismo defensivo de miedo a las impurezas políticas. Es decir, defensivo no por convicción sino por miedo.

Y es que no hay márgenes definidos para lo que puede ser considerado 'contrarrevolucionario o inmoral' una vez que las leves disensiones ideológicas, morales y hasta sexuales han caído en el campo de acción de aquellos dos calificativos... Y llega un momento en esta opresión que uno cree enloquecer, perder lucidez (ayer me pasó algo de esto) y se deja arrastrar por esa lógica del oportunismo y el miedo... y hasta duda si uno es lo que es o lo que ellos sospechan o lo que uno sospecha que ellos sospechan, etc. Las combinaciones serían infinitas... Y si uno quiere mantenerse vivo aquí tiene que consumir la mitad de su tiempo en especular, en maquinarse '¿qué me sucederá si hago esto?', por ejemplo, '¿o si digo que pienso esto otro?', y obrar por cálculo...

No, que no. Yo quiero marcharme para no entrar en ese juego siniestro. Además, la alternativa no es de entrar en ese juego o quedarse escribiendo tranquilamente en su casa, sino entre aquello o condenarse a muerte haciéndose sospecho-

so... Y, claro está, convertirse en el blanco de todos los reflectores, de todos los cañones... Si resisto es porque tengo un compromiso, más que individual, de resistir, aunque ciertos días daría aullidos porque esta angustia concluya. Es una real tortura.

El pasado año, cuando decidí por primera vez irme, no sentía esto: existía aún la solución de alejarse, de retirarse uno en sus propios asuntos en su casa o de ir al campo a escribir. Pero racionalmente sabía yo que era una falsa solución, una evasión: como dejar de existir ante todos...

Ahora ya tengo en mis manos no la convicción racional sino una abrumadora evidencia de que continuar aquí discretamente sólo es posible para un Lezama, viejo y reconocido. Pero no para mí. No me dejarían vivir en paz conmigo misma, no me dejarían vivir, a secas...

Primero se conforman con el silencio.

Luego quieren también la vida física de uno como escritor y ser humano.

O ceder.

O arrepentirse.

O cambiar.

A los veinte años me habían propuesto ser militante, y ya entonces, medio ciega, lo rechacé. ¿Qué tenía que ver aquella palabra babosa que asociaba a las masas de plastilina blanda con que jugaba de niña o a lo que para mí significaba y significaba el marxismo: un reto a la lucidez?

¡Imposible aceptarlo ahora!

Hoy hace treinta y tres días que me hicieron la segunda entrevista y presentación y no he vuelto desde entonces a Inmigración. Iré la semana próxima. Como le dije a N. en mi

carta creo que están dilatando mi salida, entre otras cosas que para ver si encuentran algún motivo para negármela. O incluso por cosas peores ante mi osadía de persistir en irme (el interrogatorio, la cárcel). Motivos no hay, no habrá para ello. A no ser que se considere un delito ideológico todo lo que escribo en algunas cartas enviadas, mis opiniones sobre lo que me rodea, como ahora, o que esgriman contra mí «the sexual issue»...o acaso, por añadidura, las rarísimas cartas que recibo, siempre abiertas... Tendré que buscarme otra dirección (¿crees que habrá alguna a mi disposición...?), pues mandarlas a la mía es como botarlas. Sería por un lado una tranquilidad y por otro el final de mi resistencia...

Con lo importante que es escribir... Cada amigo a quien escribo tiene más realidad que yo misma»...

Etcétera, etcétera...

PERO QUE esperar de un Máximo Líder que no pensó en el movimiento demográfico de su país... y se queja de que el nivel de consumo ha aumentado... (¿qué consumo?)... «desde hace veinte años– vocifera en el discurso reservado a los cuadros del Partido en 1980– continúa la tragedia de la revolución cubana... Con una diferencia: que en los primeros años el nivel de consumo era muy bajo... había menos de siete millones de habitantes en Cuba... Somos ahora más de diez millones y los gastos sociales se han multiplicado en la educación, en el sistema sanitario... gastos a los que no renunciaremos»... (omite, naturalmente, los gastos militares, policíacos, y los no menores de la inoperante y extensa burocracia generadora de lo que el

clásico humor cubano denomina «sociolismo», –de socio, protegido o protector, mediador– que interviene para adquirir las carencias de consumo de toda la isla. Ni tampoco habla de los costos de la insatisfacción promotora de esa girovagancia que ninguna tortura psicológica logra agotar. Y desde luego, su discurso no menciona los millones de exilados y su descendencia, lo que da una cifra aproximada de los quince millones de habitantes que su demencial sistema debería, lógicamente, contentar.

¿Qué pensar de un dirigente que se alía por su voluntad, incondicionalmente, a un bloque de régimen totalitario (ese Kremlin que el tiempo no logra sacar de la crisis permanente) y que más tarde, para justificarse de tal negativa influencia, declara que «Cuba no beneficia de los créditos atribuidos por los organismos internacionales de financiamiento»? Omite que el 60% del comercio exterior del país lo ha realizado él con la Unión Soviética dejando muy poco margen al libre comercio... Resultado del castrador castrismo, pues, comercio castrado, envenenamiento de la vida social del país, paro masivo, leyes represivas justificadoras del desastre, éxodos masivos, todo ello justificado por el Líder Máximo en su discursera verborrea...

Todo, menos abdicación y renuncia... Todo menos una autocrítica marxista, esa que durante decenios él ha exigido de cada cual, autocrítica reservada al condenado inconforme del régimen, al rebelde; autocrítica perpetuadora de dogmas, de vocablos y conceptos inadmisibles: la palabra libertad reemplazando la libertad misma, un simulacro de bienestar colectivo, renovadamente prometido, reemplazando la creación individual. Autocrítica tejida con alambres de opresión y aplicada a la realidad cotidiana, aplastadora. Sí, todo menos su autocrítica, que significaría fracaso del régimen, la abdicación obligada, la

renuncia a ese Poder omnímodo que en Máximo Líder él ha asumido y que desembocaría en la posibilidad real de una Democracia. Pero el dictador cimentó su reino sobre una concertación rimbombante: la Declaración de La Habana de 1960; evoquémosla... «la Asamblea General Nacional del pueblo de Cuba (de la que él se arrogara voz y voto) expresa la convicción cubana de que la democracia no puede consistir sólo en el ejercicio de un voto electoral que casi siempre es ficticio».... Y desde entonces, el dictador no se planteó más la Democracia como diálogo desechando cuanto desemboque en ella, desechando el ejercicio electoral, desechando otro albedrío que no fuera el suyo, desechando la mutación del pensamiento: es decir, todo eso que comporta mayorías o minorías, equilibrio colectivo y selectivo, estado de opinión. El dictador se impuso, impuso el contenido demagógico de su discurso, impuso y sigue imponiendo sus convicciones anacrónicas, las equívocas exposiciones de sus proyectos sin consistencia, su jefatura absoluta, su caudillismo de risible Líder Máximo, su vergonzoso concepto del mando a perpetuidad... Él asume todas las cargas y cargos del Poder: realiza cada mañana su proyectoidad de Líder Máximo dentro y fuera del tiempo, deletreando la biblia de su parábola: «porque así estaba escrito» en el babero—pergamino de la hoja de tabaco enroscada en habano... Y es que nunca se escribió en pergamino la marcha atrás del Elegido, la decadencia del Elegido, la extinción del Elegido...

Todo maniobrado a través de piruetas de salvaje depuración de su caos. Si las crisis de la energía «castiga duramente todas las naciones en vía de desarrollo, de las que formamos parte»... como dice el Líder, entonces Cuba seguirá condenada por subdesarrollo y por las cortas miras del mimetismo de un sistema opresor. La facilidad que le ha hecho dependiente de la

Unión Soviética no es el extravío de un error ni la sazón de una coyuntura histórica: él operó con idéntica falta de imaginación que la dictadura que precedió a la suya. La aparente elección de otro bloque no encubre la supremacía militar que domina y aniquila por sus mismas mecánicas, bloque además que, por su despachurrante burocracia al servicio de un Partido Único, arruina la economía, bloque sobre el cual el Líder Máximo se ha sostenido, bien enhiesto, y el que, por razones estratégicas elementales, le ha apoyado. Eligió él, pues, el «bloque protector», el fatal fanatismo que lo engendra, como un producto a explotar, a cultivar, a exportar: decisión drástica, cómoda, cobarde, sin soluciones de diálogos que conlleven posibilidades de apertura. De ahí la parálisis en que yace el país, postrado ante el miasma de esas inamovibles doctrinas que él representa: hidras ideológico-financieras que reproducen, indefinidamente, estos cabezudos del Poder.

HABÍA RECIBIDO otra carta de Norteamérica que la dejó crispada. Nada de lo que planteaba allí le era desconocido. La edad ¿qué ilusión es esa? La edad no existe. Sí existe el horror de anoche buscando un sentido al sin sentido. Y, al final, otro año pasado. Una broma tan simple que sólo la entienden los tontos.

La carta y su estado emocional en relieve la pone en desacuerdo consigo misma. Toda esa ideología de la represión, del control. Ella es también producto de la misma cultura de la isla, del Demiurgo y su taller renacentista, de esos excesos, de esa teoría del poema diario. La profundidad, el rigor, la alquimia, los símbolos, de acuerdo. Todo esto sigue ahí a lo vivo y no sin

fuerza, si bien ya ha perdido su valor real. La cansan, la aburren, aunque no renuncia a esta manera de pensar, de clasificar.

Por ahora le interesa la vida, su mediocridad desquiciante, sin tanto mensaje. No se refiere a nada ni a nadie. Es una óptica, un punto de vista. Es todo el gran vacío que la traga en su torbellino.

Quizá mañana pase por Europa de repente, dice la amiga, pues todo se amontona y le parece haber perdido la línea del horizonte. Ve como se juntan cielo y mar, llanura y cielo. Lo que toma como una corroboración más de su muerte inminente, de ese fantasma en que se ha convertido con apariencia de cuerpo vivo...

A pesar de haber vivido como ella en Norteamérica y de haber pasado por idénticas pruebas, reconoce que absorbió aquel mundo de otra manera. O se convertía en un vegetal y dejaba que las cosas pasaran alrededor sin rozarla o se sentaba a filosofar, a abrazar a la gente o a dar saltos hasta el techo como un Watusi, ajena a la aridez de las relaciones sexuales sin sentimientos ni ideas, al juego de la pelota, a las sillas musicales de la mana: todo ese horror hastiante, toda esa mascarada de sufrimientos e insatisfacciones. Lo sabe. Ha visto amigos romperse desesperadamente, caerse a pedazos con las drogas.

Comprende cuanto revela esa carta: pensar que no está inerte en medio de esos edificios («montañas construidas por los hombres»), tumbas soberbias que ocultan el sol. Y uno sentado frente a la ventana de una torre gigantesca sin persianas, ventana que no se abre ni se cierra jamás, donde se ve y se puede ser visto sin cesar, así, radiando. Imposible, dentro de esa fragmentación caótica, mantener correspondencia ni nada que comporte lo ordenado, lo progresivo, lo continuado. Entonces nos ponemos a contemplar la raíz de cada gesto, de cada

palabra, ese florido principio del abismo... Es el silencio del vacío clamando voz... ¡voz!...

El corazón no da para tanto ruido, tanto tren, tanto espantoso progreso de fábricas creando el símbolo que será New York para la civilización del futuro, como lo fue Babilonia y Nínive para la del pasado. Igual que su gloria será su destrucción.

Indescifrable país. Enfocándolo a través de los silogismos inmanentes de los anatemas y de la tropicalidad que van convirtiéndolo a uno en agente catalítico con ocultos mensajes para algunas antenas, fantaseando, por estar más cerca de su desconocido cotidiano, pudiera uno conocerlo mejor que muchos profesores, doctores, especialistas eminentes de todas partes del mundo que los juzgan con tiralíneas.

Porque América es una experiencia como el marxismo. No se puede explicar, tiene que sentirse durante mucho tiempo para asimilarse de ella, para aceptarla, y no con la cabeza sino con los nervios, con los músculos, con el esófago. Son tantas cosas que irritan hasta odiarlo, pero como Proteo ese país cambia constantemente.

Se impone vigilar su magia instantánea, atraparla, fusionar los contrarios, aunque de acuerdo con la lógica esto sea inadmisibles. Y es que todo allí está increíblemente vivo, muriéndose de vida.

Son demasiadas cosas a la vez y uno ahí con los ojos bien abiertos, sin comprender. Mientras se pasea por la Tercera Avenida, su amiga cree ver torrentes de sangre caer de los edificios, sangre que irá a enrojecer los ríos de esta ciudad, entre dos ríos como Babilonia. Y entonces le asaltan lúgubres visiones sobre su destino. Exangüe en medio de tanta brusquedad de acción, cargada de tonos demasiado agudos que han ido fragmentando su cabeza en el exilio, la amiga se encuentra

detenida en ese espacio nauseabundo pateando el vacío de una inexistencia que le reclama la baraúnda caribesca, los subterfugios de Yemayá.

Esa ley de compensación universal es su drama.

SOLEDAD. SOLEDADES. Todo soledad. Adentro y afuera de la isla. ¡Qué agotamiento el mundo! Su amiga anda ahora bajo el impacto de la toma de conciencia viéndose perder el tiempo con criaturas vacías, transparentes, cuyos ojos son como asomarse a los que pintaba Portocarrero, con cielos alrededor de la pupila. ¿Pero cómo se puede creer todavía en lo exótico de las nacionalidades si la técnica nos ha reducido a una bolita de mierda girando en el firmamento? A pesar del glamour de Suecia, de Constantinopla, de Francia.

No, la misma historia no. Esto a contrapelo recuerda una película gastada, esa copia fatal de 8,9 y rayitas en la pantalla. Uno se revuelve en la silla porque ya la vió, y es como mirar eternamente la proyección del carnaval y estar pegado con cola a la butaca...

Hay que imponer ser contra existir... Porque la vida es tan compleja como lineal. Hay que provocar la vida para que sobrepase el límite angustiado de los sentidos, del cerebro y su interpretación del mundo, hacerla vibrar en una aventura desquiciada que alargue sus extremos en tensión. Y que esta tensión la obligue a revelársenos.

Mira el horizonte a través de esos recuerdos lamentables y perdidos. Se diría que sigue ahí con la misma cara, con el mismo cuerpo, pero no. Su rostro, aquella risa que abría en dos

ese rostro se ha transformado. Se lo revelan las paredes, la asimetría de su cuarto, la penumbra que ahí reina. Es algo así como el silencio que dejan los cuerpos cuando desaparecen... Todo toma un relieve en ese silencio. Sus manos, su esperanza, el pedazo de cielo que penetra por la ventana también se vuelven objetos.

La carta de su amiga realza un vacío común que nos encadena. Pero ella se pregunta en qué medida estas vidas paralelas se acompañan... ¿Se escucha la otra voz como la propia, en esta comunicación fantasmagórica en que el miedo de unos engendra la escalada del miedo o del desafuero egocéntrico de otros? Extraña corriente la soledad del exilio, esos cien años de Macondo elevados al cubo en los que todos acaban resquebrajándose, enrevesada corriente en la que ella va rodando como un símbolo errado... En este instante sueña con ser la estrella de la mañana o el ángel exterminador...

Le parece que la clave del mundo sólo se nos revela sólo en el mar. Sí, sólo va quedando el mar. Anoche hubiera llamado a sus amigos, desde América del norte hasta América del sur para que oyeran una grabación del mar que posee desde tiempo inmemoriales. El mar disipado en la distancia, aquellos arrecifes, aquel reino de espuma, aquel intenso azul que el eco reproduce, aquella crueldad del esplendor, aquella violencia de la naturaleza despiadada mezclando su desprecio a su estentórea magnificencia.

Escuchándolo, volvió a ver la isla: sus trajines, sus hombres con la camisa por fuera en esa gran sala-comedor que era Cuba, donde la gente andaba por la ciudad como en su casa... ¡El exterior no existía sino más allá de aquel mar!



Borradas hoy, sin embargo, tajadas por el garrote vil del régimen, la flora y la fauna de la isla. Aherrojada por eslabonadas prisiones y prisioneros, borrada la naturaleza chorreando su cornucopia, borradas las mestizas legendarias cargadas de frutas carnosas y sus caras dormilonas veladas por el trópico batiente. Y borrada también ella, celulilla del universo bañándose en aquel mar de inmensidad violeta lila azul verde (verdecito con piedras azulito con nubes) color arena color mamey color esmeralda acuamarina caprichosa. Todo naufragado en la enorme profundidad de las sombras oceánicas...

Porque al otro lado de esta barrera del exilio el terror castrista ha instaurado las dos alternativas que cierran el mismo círculo del infierno: el miedo a ser perseguido o el miedo a ser olvidado. Sí, otro lado de esa barrera todo parece haber muerto hace siglos. Y si la isla persiste en su luz es únicamente en razón de la distancia, del espacio liberado que los campos magnéticos del sol erradican, en el que sobrevivimos todos imaginándola.

...Incapaz que es el sol de contener su extraversión cada día...

—ME NE VADO...

—QUE COSA DICI?.....

—IO ME NE VADO...

Te lo digo a ti, el espía, a ti que vigilas de soslayo mis pasos: ME NE VADO. No más siniestra complicidad, no más ocasión de desbocar tu lengua avasallando los secretos de mi escrutadora mirada: quédate solo con tu argolleta, con tu dogal, con tus buenos días autómatas dando tumbos hasta el próximo

pasillo donde te cruzaré aún olfateando mi huida, mi indisciplinado destino. Y entonces te estoparé en el hocico porcil que jamás tu cadena cercó mis pasos porque tú siempre los has desconocido, que tus fustes se disuelven al roce de mis sueños, que tu armadijo no emboscará mi fuga. Sin embargo, Juan Sebastián, a cuántos viajes me ha llevado tu libertad sin derroteros devolviéndome cada vez a ti, aún vigilada por estos carceleros. Al levantar una mano sobre el clavicénvalo has tomado con la otra la mía, a fin acompañar tu lucidez. Y todo mi ser te seguía, ciego.

El día espantará tu tropel, espía. Esperaré la noche para ocultarme, pues la noche ahuyenta lo numérico por ser única, sola sin nadie, sin nada, como yo en este instante. Apenas soy el hilo de un recuerdo que casi no me sostiene.

—Me ne vado... me ne vado...

Giornata fabulossa esta huida... pero nada extraña.

Palmiro Togliatti ha muerto y su féretro recorre Roma como el de un príncipe. Sí, recorre Roma como un Corpus Christi tallado en palo santo, en palanquín de cuatro ruedas. Recorre Roma como un Papa «espiritoso», un Papa con varias XXX pero no crucificado, aparentando ser canonizado sin embargo. Sí, se acabó Togliatti como se acabó Pacelli, el Pío rígido cortado a pico. Se acabó su entroncada estatura, su cúspide, su remate de consignas, su silla gestatoria que lo trasladaba al Kremlin, que se lo devolvía del Kremlin, en un santiamén.

—Me ne vado, digo, me redigo, a rastras, sudorosa, en medio del enorme séquito funerario que espera aún la llegada

de Brejnev y su mascarón de proa que dará inicio al espectáculo cuyo saltimbanqueo remueve en mi cabeza a Pacelli, el otro Papa. ¿Por Pío? ¿Por momia? ¿Por arrogante esqueleto de una escena de Brueghel? ¿Por su larga mano con afilado dedo acusador, esquivo, inquisidor, lánguido dedo de escamoteador avisado, de charlatán del bisbiseo? Mano sin mácula visible por maquillada, por travestida, por elegida para impartir –tramando– fluidos moldeadores, fluidos de fósiles asentados ya por el polvo y el miedo sin aire, fluidos de miedo irrespirable, de mano que asalta: su zig-zag postraba las mismas masas que Togliatti en medio de la ciudad eterna. Pío Pacelli limpiándolas de injusticia con la «benediccion», Togliatti con la absolucion de sus discursos demagógicos. Aunque Roma continuara su giro y depositase a diario los mismos sedimentos, sus milagros. ¡Hasta la próxima sacrosanta embestida!...Eterna noria, vaivén insólito y necesario a la existencia de las masas, cuyo nomadismo engendra orgullo como el trueque engendra egoísmo y en los que el individuo no comprende que el tiempo (distendiendo con esas panaceas sus espacios de ambición, como decir sus espectros) les invita a continuar el canto de esperanza en el próximo vinaiolo canturreando «Roma, non fai la stupida questa sera», a fin de apisonar sus pasos marginales lejos de esta imponente despedida al Capo del Partito...

–Me ne vado, digo remachando las letras, meee neevaaaaaddddooooo!

¿Pero cómo huir entre este gentío apelonador que me empuja desde su alta representación engalonada, enmedallada; cómo desprenderme –sin tropezar– de esas encaracoladas palabras que interpone a mi huida el discurso de Brejnev entre el parón, el aplauso y el sopesado pelotón de sus miradas donde entreveo, al sesgo, un cerebro elucubrando lejos, por pasillos

intrincados de puertas blindadas que, al menor descuido del Zar en funciones, este avezado acechador abrirá para entronarse?

–Me ne vado... repito y repito, pero camino con ellos, mezclada a ellos, acróbata anónimo y atropellado del grosero espectáculo. ¿Cómo escaparme del compromiso oficial que me sujeta a ellos... cómo escaparme de tan absurda militancia, esa mezcla de ceguera e intolerancia... cómo desligarme de ese rango de elegidos?... ¿No aceptamos ser cuadros en ángulos obtusos pagados por el dogma? ¿No validamos el sueldo-saldo de un desastre? ¿No formo yo parte de esos funcionarios que izan planes igual que banderas, planes que la realidad desmiente? ¿No somos los acomodados del régimen, los domados del régimen, los envidiados, los odiados, los ávidos, bajunos galopadores, escaladores, la recién preñada burguesía, y por eso mismo una burguesía del pánico que espolea el Partido?

–Me ne vadoooooooooooooo, digo en voz baja cerrando los ojos, abriéndolos, cerrándolos, abriéndolos de nuevo con la puntualidad del semáforo, imitándolo, sustituyéndolo. ¿Pero cómo esquivar la manifestación-entierro en un momento en que su enorme masa está alertada, endiosada, subida a los árboles, ebria de sus alcoholes alcanforados: Marx-Engels-Lenin-Gramsci como una sola medalla en el pecho, y sobre los hombros el cuerpo de Togliatti ya resucitado, ascensión ya asumida que augura su continuidad? ¿Cómo desertar hoy en que el fascismo parece haberse evadido de la atmósfera hacia el otro lado de Roma, haciéndonos soñar que sus ruinas lo expulsaron para siempre? No, sus ruinas siguen perdurando en este entierro.

–Me ne vado, me ne vado, aúlla adentro, y aflora, al eco, mi poeta... ¿Pero huir dónde refugiarme, dónde, si mis papeles están encajonados y el libro que emprendí hace seis años duer-

me en el baúl de la memoria y el cordón umbilical que me unía al Arte se ha agrietado con la babosa recina burocrática, con la cultura del compromiso que el castrismo propone... todo lo cual me ha ido provocando una bilis garrapata que emboza el organismo?

Ayer mismo no sentí ilusión alguna con el primer Boletín de la Unión de escritores y artistas de Cuba... Qué bien, me dije al recibirlo, al menos mis constructivos compañeros poetas hacen algo para divulgarnos... ¿qué sorpresa encontraré... acaso el último poema de Oráa, de Heberto, de Virgilio, de Lezama? ¿Qué cuento secular me hará Cintio o el airoso Retamar siempre a la caza de novedad... y si pusiera en relieve algún poeta desconocido?...

Despliego el Boletín, hojeo ávidamente... ¡ah estupor!, lo primero que asalta mi vista es este párrafo que sigue y otros que preceden a otros... «Ante el contenido de belleza y emoción... los artistas y escritores han adquirido el compromiso de poner sus vidas y sus obras a colaborar en el progreso y la liberación de nuestro pueblo dirigido por Fidel Castro»... Comprimido compromiso de vidas y de obras: (aplausos y vómito...)

El poeta y la intemperie: todo esto es el planeo del poeta y su muerte. La platitud del boletín anuncia su desvío simbólico, su muerte planificada, perpetrada de antemano para reprimir o encauzar su obra. Entreveo al cancerbero fidelesco olfateando el poema por escribir aún, despedazando el poema, quemándolo, organizando al poeta para que no lo sea, vaciándolo con la sospecha-amenaza de que su profética palabra desafía el discurso pregonero de voz con olor a azufre: voz química, voz oxidada, voz musgosa que taponar cuanta porosa pulsación exhala el cuerpo, áspero resoplido de un ataque de mosquitos, esas vene-

nosas miniaturas que se alzan, van y vienen, molestan, se agazapan para vigilar, pican y envenenan depositando ante las botas del Líder Máximo la inflamable inocencia de la Isla: inocencia altiva y postrada a la vez, ensangrentada por esa bomba de hidrógeno —el discurso— dispuesta a absorber lo que vibre más allá de su perímetro.

¿Cómo no asustarme ante este pseudo contenido anunciado de «belleza y emoción» del primer Boletín, cómo aceptar que un boletín que difunde cultura no me informe de los vaivenes creadores de la isla y del mundo; cómo no esperar lo insospechado revolucionario que anime el compromiso cotidiano, que reivindique el tiempo perdido en tanta planificación estéril, ese tiempo jadeante en mi pecho como un estigma degollador y avalado a contagotas gracias al gargantúa de turno de la reunión? Porque hay que reunirse, muy importante reunirse por cualquier motivo. El reunionismo es el teatro obligado para observarse al milímetro, tomar conciencia exacta uno del otro, acusarse sin piedad para mejor confeccionar una opinión marxista. Ningún contraste o vacilación: todos saltando al mismo toque de clarín, bien embutidos del significado comunista, alambicados, calcándose mutuamente, espadachines, puñaleros al acecho floreado su pensamiento. Es decir pensar sin respirar, excluir la cavilación, sospechar de la idea desviada, de su capacidad ingénita de especulación «aunque mucho vuela el viento pero más el pensamiento»... Y si tú dices por azar «ojo», algún payaso argumenta que «eso de hablar del ojo es un problema personal que ya fue tratado o en el M-18 o en la fracción reviosionista del Partido y que, por esa razón, compañero, atención, ya hubo eliminaciones... (y el grupo en pleno a echar sobre el otro una mirada de marxista connivencia)... y hay que estar vigilantes, compañero, muy vigilante ya que los revisio-

nistas—de quienes aflora el capitalismo— aprovecharán el mínimo fallo, la mínima inadvertencia, la mínima distracción para demoler nuestro edificio construido a base de análisis objetivos... y de ahí sus estructuras bien ajustadas, lubricadas, gracias a nuestras consignas de PATRIA O MUERTE (aquí la voz altera su diapason), nuestro guardia permanente, a nuestra escolta permanente, a nuestro espionaje custodiador, a nuestros fusiles prontos a descargar... por lo cual el más disimulado error queda descartado... Ahora bien, compañero, es comprensible que usted caiga en esa anamorfosis ya que si mal no recuerdo usted no participó en la lucha armada para derrocar a la dictadura...»

(Cállate, Nivaria, decía para dentro, tajante, en su bocal, tu instinto).

Y lees el Boletín Cultural y constatas que «el contenido de belleza y emoción es la revolución cultural en gérmenes que encarna la victoriosa campaña de alfabetización del pueblo con su cultura nacional y revolucionaria»...

¡Cultura nacional y revolucionaria! ¿A qué examen objetivo marxista corresponderá tal denominación? ¿Qué pólipos por gemación, qué aguamala reproducirán esa «cultura revolucionaria»? te preguntas angustiada mientras hojeas el boletín que se va metamorfoseando en un parte de guerra.

«Este año es un año de grandes victorias. Fueron liquidadas las bandas mercenarias al servicio del imperialismo que operaron, cobardemente, en las montañas del Escambray»... «Los escritores y artistas cubanos manifiestan su solidaridad con los colegas norteamericanos que colaboran con sus vidas y obras a la liberación del esclavizado pueblo norteamericano y al progreso de la humanidad. Y al mismo tiempo hacen un llamamiento a todos los escritores y artistas de América para que, en

esta hora dramática para el pueblo y los creadores norteamericanos, expresen su repulsa a los métodos nazis de John F. Kennedy y su solidaridad con el pueblo y los artistas y escritores norteamericanos...»

¿Quién ha redactado ese trozo de panfleto que comienza con «un terror sin precedentes en la historia de América se cierne hoy sobre la actividad de los escritores y artistas norteamericanos...» etc. etc.? ¿Tan impregnados están ya los escritores por el manifiesto del Partido, tan ensopados por los discursos del Máximo Líder? ¿Hasta ese punto llega su mimetismo, a tal grado su castración castrista? ¿No leo en la sección de literatura los nombres de los que se decían poetas: P. A. Fernández, J. Cardoso, Retamar, D. Martínez, el militante hijo del viejo militante, su mano imitando la línea dura del Líder que articulaba los dedos hacia dentro, curiosos dedos acusadores que simulaban hincar el vientre para luego alzarse oblicuos dibujando raras convulsiones: arcos, elipses al sesgo, desordenada gesticulación cirquense del prestidigitador ambulante que enmaraña la atención del pueblo con sus fabulaciones.

—Me ne vado... me ne vado.

De todos modos sea Togliatti o cualquier otro capo todos serán desintegrados, pulverizados, un día. Ningún capo de Partido será nunca un Paolo Ucello, ni un Mantegna, que impregnaban el vértigo dialogando con su obra y retenían el tiempo retrocediéndolo hasta ámbitos donde ni las pesadillas ni los desvaríos de los jefes hallan cobija. Me ne vado, huyo ávidamente lejos de este momento de masiva sumisión, de este entierro en línea recta, del Poder acumulado que él ostenta, de

su bunker de cemento que un día sera descuartizado. ¡Sí, un día!... Me voy porque me digo: qué lento avanza todo, qué lento. ¿No será que el Poder genera una ambigua gravedad que lo estanca, que lo apoltrona, o que él aloja únicamente el caos, la nada indestructible? ¿Será Dios el Poder, ese espejo sin principio ni fin? ¿O el principio y el fin? ¿Será un bichito que al trepar crece, contornea, estrangula? ¿Será una enfermedad? ¿O no será la masa el Poder, y tan es así que los márgenes de imaginación entre opresor y oprimido, dirigente y dirigido son nulos, apenas perceptibles?...

¡Qué lento avanza todo en este entierro del Poder! Y la invitación a seguirlo se vuelve un rígido automatismo. A paso de camello avanza cuanto le rodea, mientras mis dudas encastan su excitación. Y la curiosidad se va limitando... Y uno sueña que sueña que soñó.

Y es que aún nos queda, sedentario, el ojo inocente que mira «un trompe-l'oeil» como si fuera milagro, y del asombro puede aún llegar a surgir el dios Apolón... Entonces, inesperadamente, cualquier evento frágil deviene un presente prodigioso.

Como el propio nacimiento.

O el mar.

O el orgasmo.

Así, en este avanzar a paso de tortuga, entre olvido y olvido, recuerdo que me encaminé a un Simposium a Espoletto... No sé si viajé mucho o poco hasta llegar a la maravillosa Abadía gótica en que nos alojaron. Detrás, en una espesa nebulosa, se borraba de un golpe de látigo la persecutoria aberración

ponzoñosa que día a día viviera en ese territorio libre de Cuba que constituye una cancillería. Y como un oasis en medio de esa nebulosa, vuelvo a revivir el cúmulo de hechos, gentes, imprevistos que constituyó aquel evento. Ya que, en su aparente paz, la Abadía me devolvió íntegro el poeta y la imaginé lejana para tenerla cerca y lograr así memorizarla en aquel tiempo en que un monje, aspirante a Santo, soñó construir el templo que me cobijaba...

Comenzó su obra.

Un primer punto.

La intersección de dos líneas para crear el tramado.

En unos instantes, la intersección se había ya desplazado y la planta se había transfigurado, extendido.

En sus desprendimientos, la intersección conserva el recuerdo de los diferentes puntos donde se afincara, y el proyecto de la construcción (el plano) ya está borrado al absorber la fábrica o cualquier detalle –o pirueta– de un recodo.

Ahora, todo el conjunto se halla conformado, asentado. La supuesta intersección y sus desplazamientos crearon los puntos que afincaran las curvas o las circunferencias que fueran la base del alzado. (Del plano inexistente quedaba la voluntad, su desarrollo, la obra).

Yo no podía saber si al interior o al exterior de la Abadía (desde que fuera construida hasta su actual apariencia, la que yo registro ) los espacios habían aumentado o disminuido o si el tiempo los había detenido en su órbita. Observando nuestras formas físicas, los invitados al Simposium: traductores, funcionarios o poetas, me atreví a pensar que hubiera sido generoso de nuestra parte devolver la construcción, con una mirada maligna, a su origen, a aquel siglo en que arcos y techumbres, bóvedas y cúpulas significaron algo inesperado, ese origen en

que mantuvieron entre sí un diálogo cómplice divinos y terrenales poderes, pensamientos y posturas, simples perversidades...

Sin embargo, ahora, con nuestra presencia, la Abadía parece inhabitada. Y no porque no fuera transitada por el traductor-profesor, el funcionario, el poeta, o porque, sin nosotros, estuviese acaso desocupada, sino por su incapacidad a contenernos, por su incapacidad a retener tanto bizantino diálogo-monólogo en el que una equivalencia reencontrada (agua-acqua, loco-matto) producía esa prolongada satisfacción intelectual semejante al espasmo. En tanto que cada rincón de la Abadía, cada espacio, cada parte secreta de ella, posee significaciones irremplazables como acontece a cada palabra, a cada letra, en un poema...

Pero así como en el entierro de Togliatti todo va lento, muy lento, también la toma de poder en la Abadía, aunque a la manera de una ocupación, de un asalto, conlleva su perversa lentitud... El estado mayor del intelecto se va instalando poco a poco: uno y otro, esgrimiendo el panfleto de la invitación que imprime su nombre de profesor, reemplazan el monje que iluminaba un Beatus (el festín de Baltasar o la visión de Nabucodonosor), mágico incendiario, repleto de grifos y dragones, desplomando tal vez una vidriera, y la luz que ocupa la nutre. Bien instalado, después de haber comido, bebido y dormido, el estado mayor del intelecto clasifica sin cesar la punta de una ojiva, de reojo, sin verla realmente, para demostrar la aureola de su sapiencia...

Y es que todo debe andar lento, muy lento en el festín de la mediocridad, en la pantagruellesca interrelación de lo oficializado.

Me estoy yendo, a hurtadillas y para siempre.

¿Culpable? ¿Es una culpa no aceptar la opresión? ¿Lo es la inadaptación, la insumisión? En todo caso, es culpa de ellos que este presente mío deba improvisar su incierto derrotero.

¿Cómo improvisarlo? ¿Removiendo sus secretos ocultos? Vamos a creer que no lo limitarán mis propios instintos, que ellos improvisarán líneas que no sean rectas y éstas logren provocar transparencias que anticipen un orbe permeable a símbolos afines. Porque la única perspectiva posible de este desafío al poder es la que se oponga al astuto y sucio compromiso: cuanto ausculte ha de quebrar la fijeza del proceso kafkiano que envolvía de telarañas cada paso mío dentro de la algosa, esponjosa galera de la revolución, que reniega de la fragilidad del individuo, de los sueños que la sostienen.

Supongo que parto empobrecida, raquitizada, sin conciencia. ¿Qué soy de lo que era? Un subalterno sin ideas, un rebelde desecado por consignas.

Me voy, pues, sin ideas, espantada de la realidad presente, con una pulsión de muerte y no de vida... y aún esa visión de muerte es difusa pues vida y muerte se interfieren, se confunden, se empotran.

Y para disociarlas me falta una garra, un cabo.

Un simple barandal.

Cuanto había premeditado aparecía ahora retorcido, escamoteador, hirsuto. Los sueños, sin embargo, eran como un primer movimiento y al avanzar en ellos, en su interior confuso, ese movimiento se revelaba ser imágenes distorsionadas. Todo era origen en ellos o tocaba los orígenes. La imagen transfigurada visualizaba el envoltorio cósmico, la totalidad y

sus límites (es decir la muerte) como una pulsación de la conciencia. O un epicentro donde lo más mínimo converge, se filtra, se depura y transforma en preciso alimento motor. Así los sueños resultaban mediáticos, vehiculadores irremplazables entre la totalidad y su ser.

La premeditación quedaba excluida, así como la especulación, y un sistema profundo de relación repudiando como principio lo político, lo sustituía. Sólo podía dialogar con individuos en quienes el espacio onírico había depositado sus laberintos.

Esta resistencia al diálogo partía de una exagerada impregnación del exterior, ese exterior que provocaba en ellos no sé qué rígida forma de estar ahí, vecina del atropello y de la frustración, que los transformaba en saltimbanquis de una superficialidad vecina a la repetición de la naturaleza.

Ella se sorprendía de la curiosidad que le inspiraban aún ciertos rasgos sustanciales del hombre, los conocimientos que de ellos se derivan. Pero los conocimientos (esa plataforma de donde emerge a menudo el pudor de la contención) eran marginados por la intuición y ubicados en su justo puesto como un simple aporte, una herencia, un órgano más de esa frágil morfología que, sin cesar, nos transporta.

No era suficiente observar e intentar definir lo observado. No. El sueño, detector, le exigía una comunicación secreta con cuanto la rodeaba partiendo de su desconocimiento y creando así otra vía que los sentidos convertían en un atento espacio indagador, no guiado por la aparente sabiduría sino por la constante mutación. Porque, se decía ella, basta ya de configuraciones geométricas; basta de dibujar el ser como un poliedro piramidal con base y cúspide y caras limitadoras apoyadas en

las caras del próximo poliedro. Basta ya de norte sur este y oeste, de puntos intermedios, de rutas escarpadas por el éxodo.

Analicemos un primer poliedro, su centro, sus irradiaciones que se detienen en caras-límites para adosarse a otro poliedro imaginario que posee también su centro y reclama sus norte sur este oeste y se incrusta en la forma más cercana, hasta absorberla o atacarla si hubiera resistencia: todo en él es una guerra, un festín, una celebración de progresiones geométricas: lo opuesto al más primario acorde del ser...

De este modo, el exilio parece extirpar de la geografía los espacios que habitará el exilado. Y de ahí que los sueños albergan en esa geografía otras imágenes que irrumpen, despiertan, descubren márgenes inesperados sobre toda cosa, otro tiempo, sensaciones inéditas para el cuerpo contraído, inerte ya a los irresvenires del día, sueños que, de ser interpretados, transmitirían a un punto de ruptura total con el pasado. En ellos los espacios desaparecen, los seres que los poblaron se desplazan o se evaporan o mueren. Una especie de inmensa demolición los suplanta...

—Cada sitio armoniza con una forma de vivir correspondiente... ¡qué quieres!...

—Ya no queda aquella gente que siempre hubo... Todos se han ido...

—Con el último exilado desaparece el paisaje... y nosotros con él.

—El lugar donde crecí, le había dicho Heberto en uno de tantos azarosos congresos de escritores, no reconocerías nada. Todo se desmorona... Cada esquina es un escombros... Olvídate ya de la isla, amiga, olvídale...

Aún aceptando tal o tal concepto, o estando de acuerdo con lo que semeja un análisis certero, los sentidos transmiten al

cerebro una inquietud que sugiere la mecánica del sueño, opuesta a todo orden. Una lucha contra lo heredado se establece entonces, la última posible. Porque el ser ensaya todas las estrategias para desplazar la aceptación de la realidad inmediata. No se trata de acorralar conceptos, de aniquilarlos, sino que los sueños convergen en otras vertientes y su labor consiste en moverlas, desmantelarlas, multiplicarlas dividiéndolas, fecundarlas...

Pero despojarse con un golpe de esponja de la grasa que los conceptos han ido depositando en uno conduciría, acaso, a un vacío tan insoportable como la negación de la existencia. Y es tal vandalismo lo que el exilio impone. El exilio (ese incógnito recinto desplazado) exige a cada cual de manera despótica prescindir de transitorias autodefensas para asumir su vida, del mismo modo —aunque suene exagerado— que se asume una obra imperecedera: la pirámide, por ejemplo. Pues como una momia egipcia el exilado se envuelve de vendajes, vendajes que en sus múltiples y complejos reburujones (horizontales, diagonales o espirales) cobijan, en su cuerpo semimuerto, cada una de las convicciones que le alejaran del país verdugo, convicciones aislantes que a su vez se confunden con las que le unieron al mismo.

AHORA ELLA y los demás iban desapareciendo: todo lo que en un momento de exaltación encandiladora orientaba hacia un confín, parecía haberse disuelto. Se extinguía a lo lejos una espesa multitud de cabizbajos, como de los que se retiran a su casa demasiado tarde.

En su andar titubeante la noche apenas la advertía, aunque su balbuceo «me ne vado me ne vado», cada vez más quedo,

parecía impulsarla. Sentía en esa oscuridad quebrar la sumisión, arrojar a un pozo imaginario las consignas y sus cuentos repetitivos.

Llegó a la puerta, su puerta. Tenía mucho que contarle al amigo, apoyarse en su fuerza existencial, como siempre, vaciarse de todo lo que siente.

Y ahí, al primer paso, detrás de la puerta, supo de golpe que él se había suicidado. La lengua descolgada parecía burlar el universo entero y extraía a su rostro un espeso reflejo grisáceo que invitaba a cincelar en él como sobre mármol. Sus ojos la miraron fijos, como si ella formara parte de alguna ruina abandonada junto al Tébere. A menudo tuvo que escuchar detalles escabrosos cuando él decía que en caso de... «hay que olvidar el punto de mira, el mecanismo de percusión y pum»... apuntando con el dedo la concavidad del paladar, en forma de gatillo.

Al parecer, la asfixia excesiva que hace tiempo él manifestaba lo había conducido (como el poeta Essenin) al estrangulamiento de todo su cuerpo, de todo su ser, de la tensión que lo cercaba. Ella siempre se había negado a poseer un arma, como se negó a vestir el uniforme de miliciano y hacer guardias, con fusil al hombro, para defender el sitio de trabajo del enemigo imaginario, como se negó a formar cuadrillas intimidadoras a lo largo de la ciudad con el «un dos tres cuatro un dos tres cuatro» de la embriaguez brigadera que acuartelaba la Isla de punta a punta...

Fiel a sí mismo, él ahora se le había adelantado.

«car le beau n'est

que l'amorce du terrible;

c'est tout juste si nous le supportons»

dejó dicho Rilke.



Su última frase debió ser eco premonitorio de la tuya ahora:

«me ne vado... me ne vado...»

De ese modo las palabras, las significaciones, van realizando su camino, desplazadas, reemplazadas, sustituyéndose por eliminación, en cuyo traqueteo uno corre de una creación a otra más lenta creación. Y enceguecido por el churrigueresco trayecto de esa vorágine, a veces uno se suicida... O le suicida el desvelo. O la densidad de los sueños que va fragilizando esta caja de huesos que los contiene.

Y si algún día uno se despierta imaginativo, la mente atrae la imagen de un amigo irreal en escriba, en último escriba, o en primer faraón, igual da, materializado en la cabeza del poeta Whitman en granito tallado, policromado con mil almagres, pulido por su intensa vida interior, mostrando aún entre transparencias míticas las casi blancas –por azulosas– raíces de su cráneo cuidado por el poema, en relieve.

Fardo autómatas de sí misma, paso a paso, ella camina ahora lentamente en las calles de París como si éste fuera su primer encuentro con la ciudad. Apenas retiene cuanto ve: todo se ofusca en la memoria igual que el atardecer opaca el día a sus espaldas.

No sabe cuanto anduvo hasta llegar a la Place Vendôme.

La noche cae en la plaza y ella se detiene frente a la enorme columna con pretensión de obelisco a mirar fijamente la efigie patinada de Napoleón, efigie demolida y refundida cuantas veces, según el poder de turno, para conmemorar el Poder.

Avanza algunos metros más allá, hasta donde el río Sena refleja, en bruñida y desordenada reverberación, la fila de lampadarios de sus orillas, fragmentados por la ondulación de las revueltas aguas.

...Y se queda plantada ahí (¿cuánto tiempo?) frente a la imagen alucinante: esa temblorosa hilera de columnas, despojada de todas las efigies del mundo, hundiéndose en los abismos de las aguas, sin cesar hundiéndose en sus abismos... sin cesar hundiéndose... sin cesar hundiéndose... sin cesar hundiéndose...

## OBRA PUBLICADA DE NIVARIA TEJERA

- LUZ DE LÁGRIMA*, poemas, 1949. Cienfuegos, Cuba.
- LA GRUTA*, largo poema, 1952, La Habana.
- ALBA EN EL NIÑO HIDRÓPICO*, poema, 1953, La Habana.
- EL BARRANCO*, novela, 1958, en francés, traducción de Claude Couffon (LE RAVIN). Colección Les Lettres Nouvelles, Edit. Julliard. París. Se tradujo por igual al italiano: *IL BURRONE*, 1960, Collana Narrator, Edit. Lerici; al alemán: *Die Schlucht*, 1962, Edit. Sigbert Mohn; al checo (eslovaco), 1964, Ediciones Slovenské Vydavatelstvo Krasnej Literatury, y otros países del Este esos mismos años.
- EL BARRANCO*, en versión original, 1959. Universidad Central de Las Villas, en colec. dirigida por Samuel Feijóo.
- INNUMERABLES VOCES*, poemas, 1962, UNEAC, La Habana.
- SONÁMBULO DEL SOL*, novela, Premio Biblioteca Breve 1971, Edit. Seix Barral, Barcelona.
- SOMNAMBULE DU SOLEIL*, traducción de Adelaíde Blázquez, 1971, colección Les lettres nouvelles, Edit. Denoel. París.
- LA BARRERA FLUIDICA O PARÍS ESCARABAJO*, poemas, 1976, colección Poesía, Edit. Litho-Arte, Zaragoza.
- RUEDA DEL EXILIADO*, poemas, Portugal, 1976.
- YMARTELAR*, poemas, colección Poéticas, Tenerife, Canarias.
- PARIS SCARABÉE*, poemas, 1994, Edit. Ulysse Fin de Siècle.
- EL BARRANCO* (2 reediciones), 1982, Edit. Edirca, Gran Canaria y Biblioteca Básica Canaria, Tenerife, 1989.
- LE RAVIN* (reedición en francés) 1986, Edit. Actes Sud, París.
- FUIR LA SPIRALE*, novela, 1987, Edit. Actes Sud, París.

*J'ATTENDS LA NUIT POUR TE RÊVER, REVOLUTION*,  
1997, novela, Edit. L'Harmattan, Paris. A su presentación  
en *La Tribune des Livres*, en La Maison de l'Amérique  
Latine, en París, fue considerado como «le meilleur livre  
latino-américain de l'année».

Su novela *EL BARRANCO* será editada este año en Londres  
por la Middlesex University Press, en una traduc. de la  
profesora y traductora Carol Maier, de la *Kent State Uni-*  
*versity*.

Trabaja en otra novela, cuyo título provisional es *BUSCAR*  
*OTRO NOMBRE AL AMOR*.